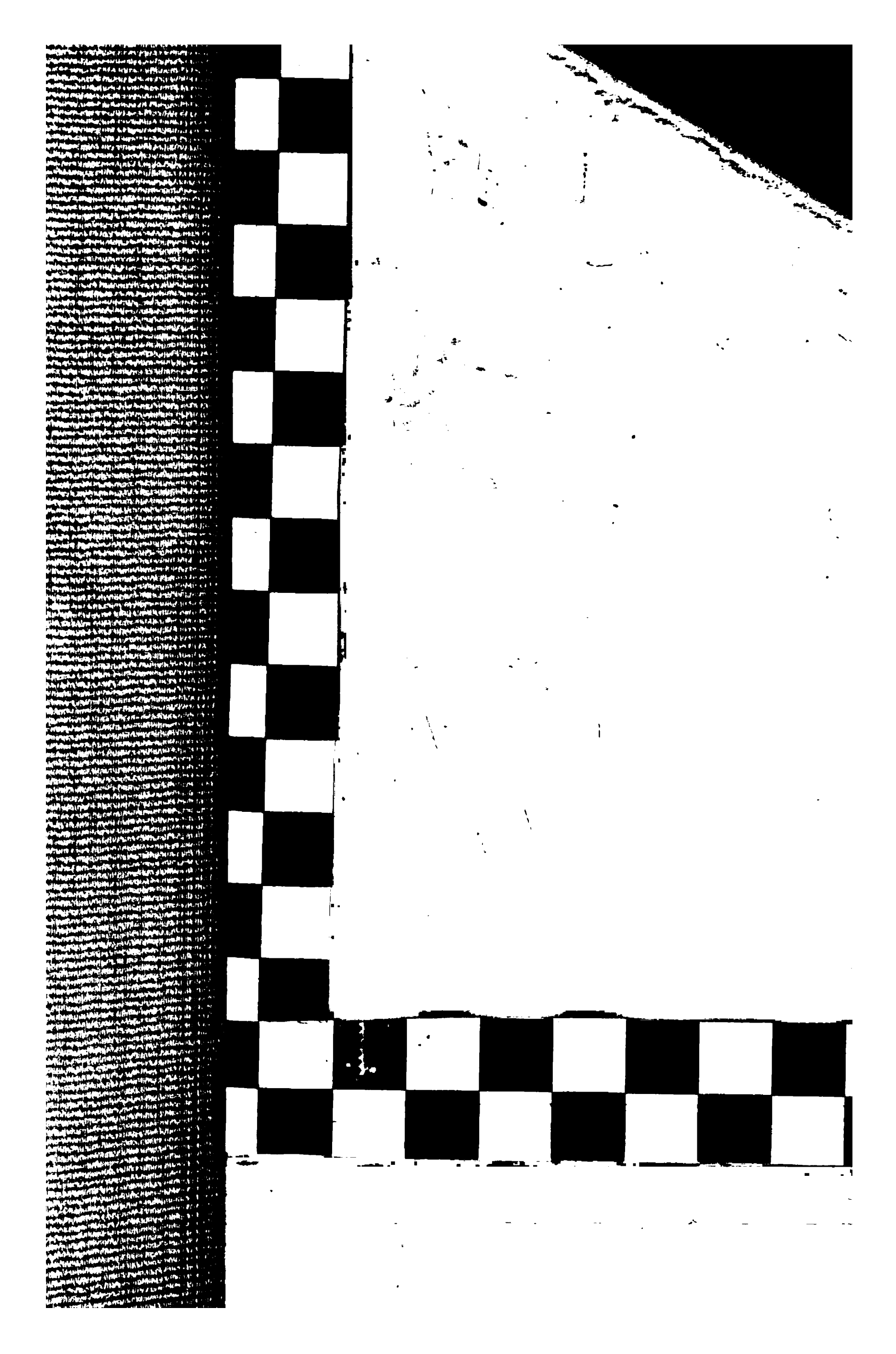
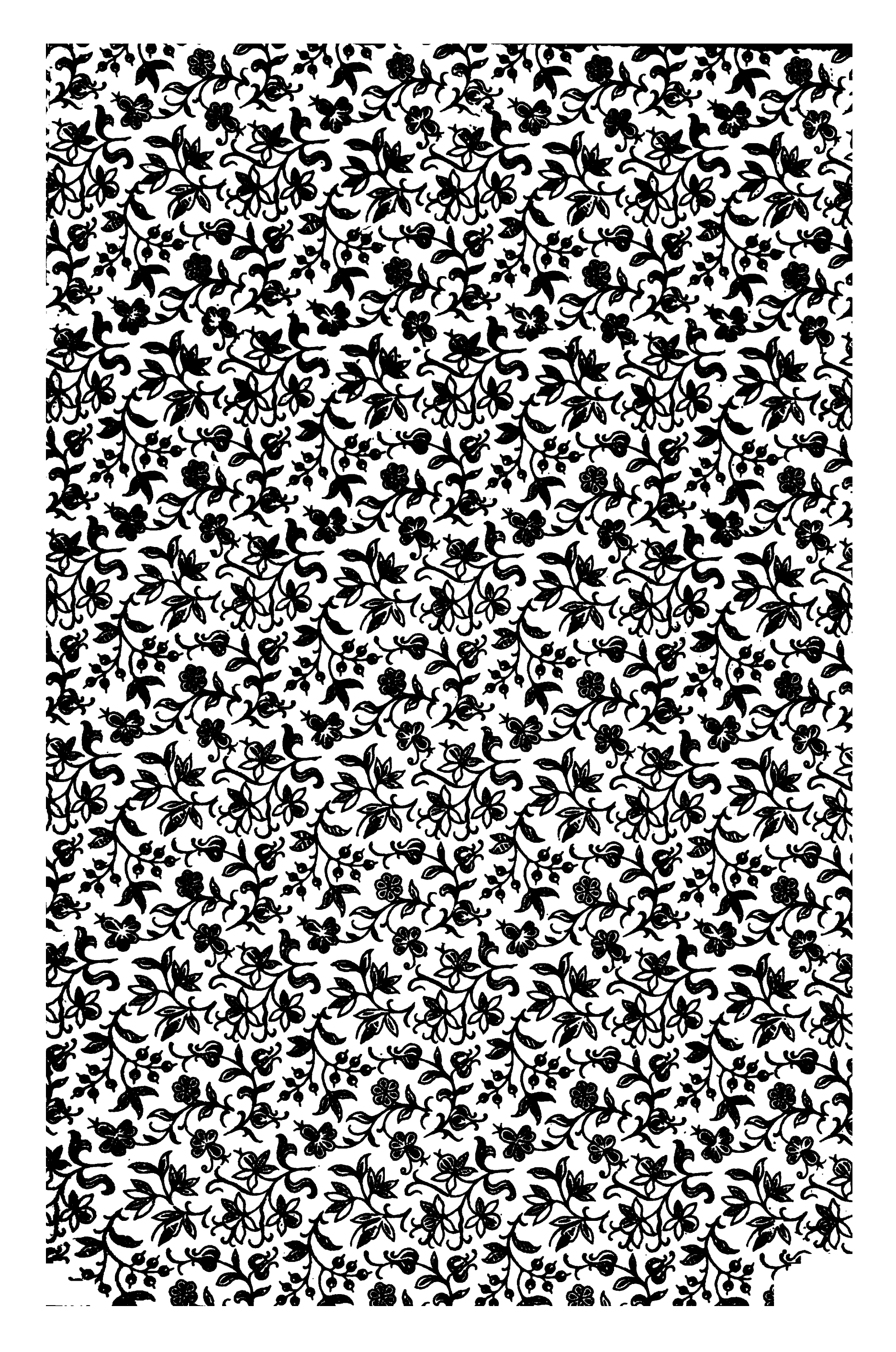
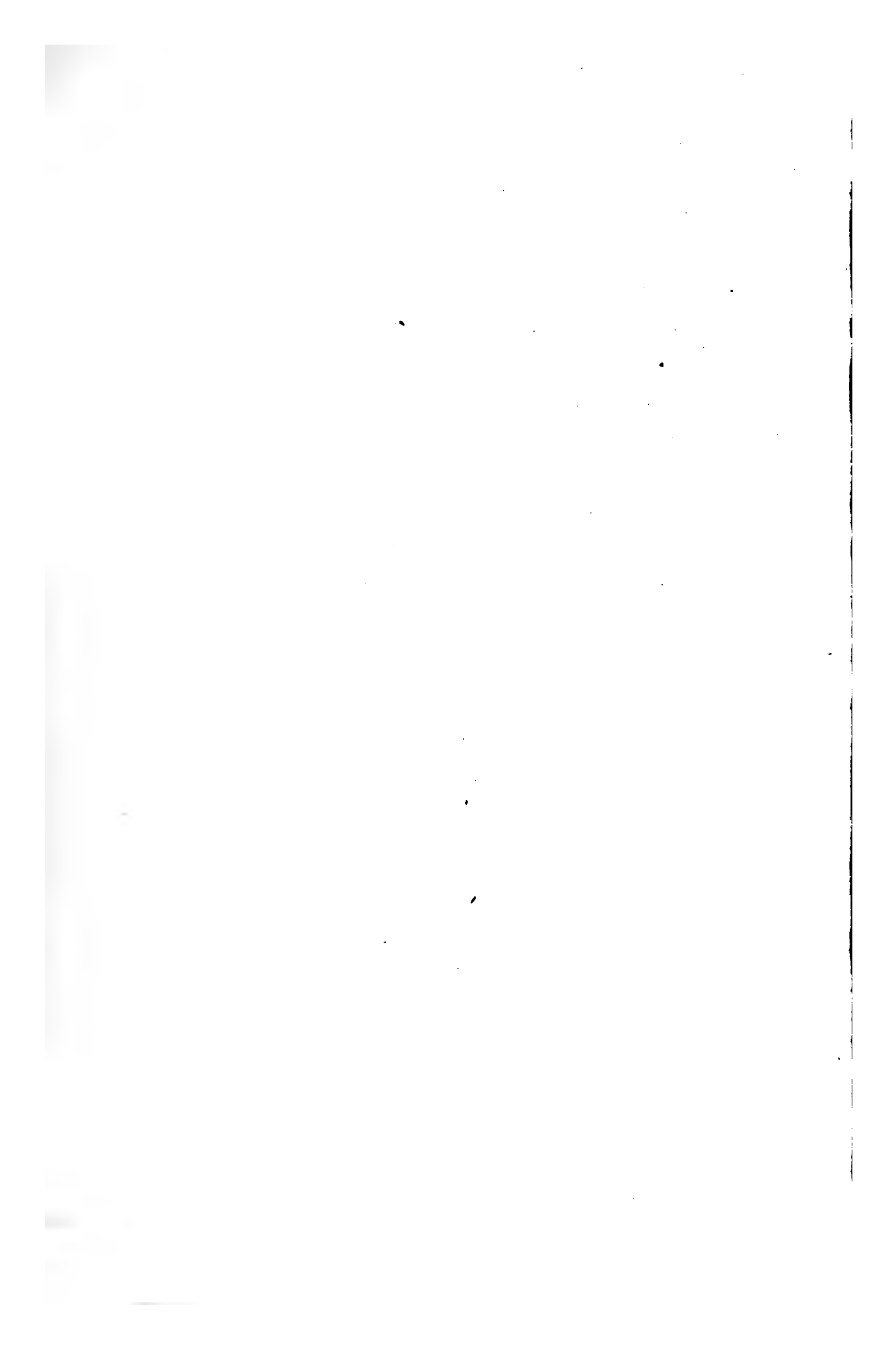






CÁRLOS FRONTAURA

LOPEZ Y SU MUJER

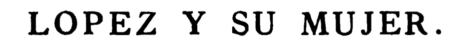
(PARECE NOVELA Y NO LO ES)

SEGUNDA EDICION

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
CAR. S. JERÓNIMO, 2.

SEVILLA
LIBRERÍA DE HIJOS DE FE
SIERPES, NÚM. 104

1881



LOPEZ Y SU MUJER.

Esta obrita ha visto la luz por primera vez en las columnas de la hermosa publicacion semanal *La Ilustracion española y americana*, y ahora se publica en libro para complacer á las muchas personas que se han dirigido al autor en demanda de ejemplares.

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ, COLEGIATA, 6.

CÁRLOS FRONTAURA.

LOPEZ Y SU MUJER

(PARECE NOVELA Y NO LO ES)

SEGUNDA EDICION

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
CAR. S. JERÓNIMO, 2.

SEVILLA
LIBRERÍA DE HIJOS DE FE
SIERPES, NÚM. 104

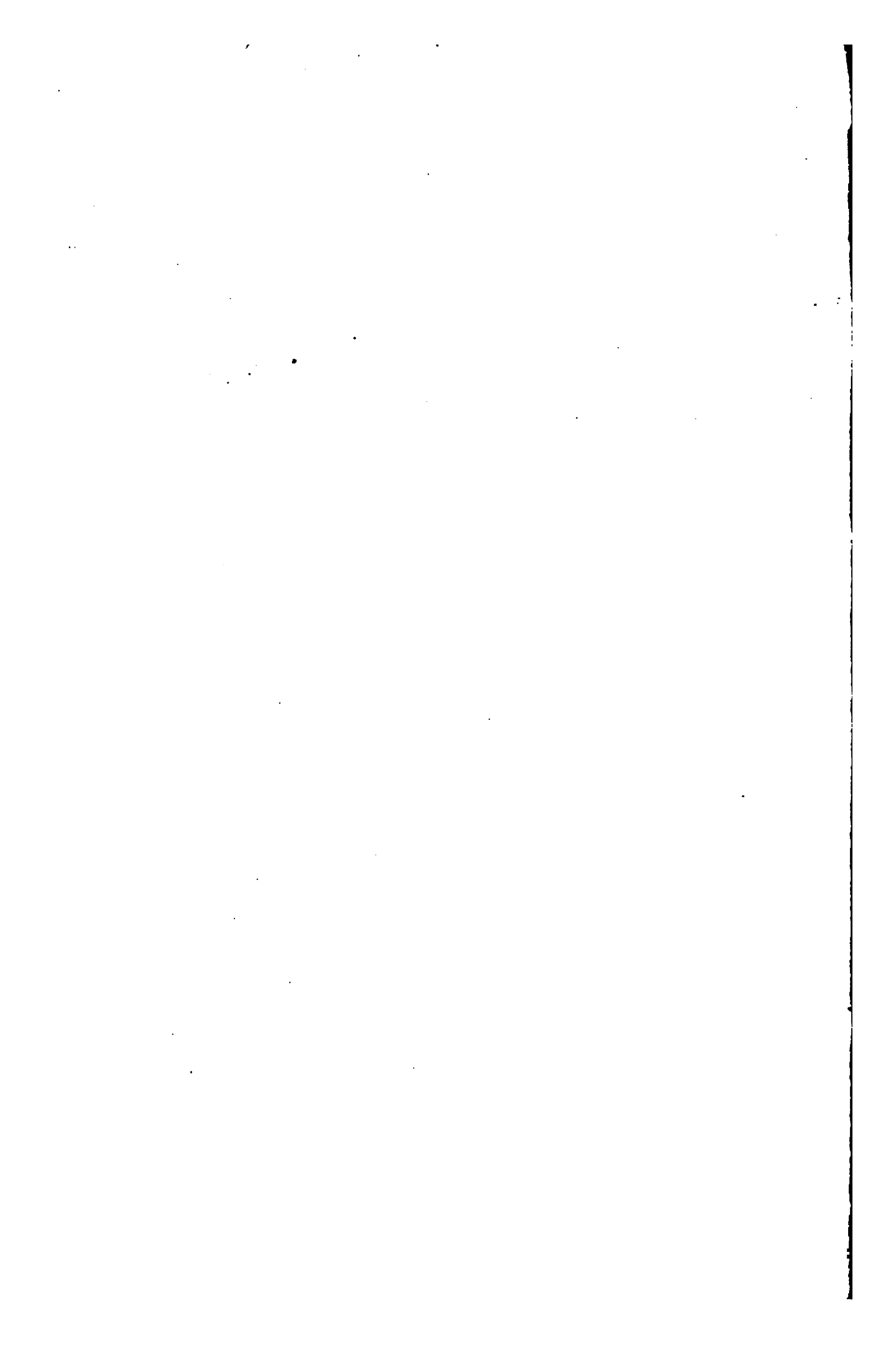
1881


HARVARD COLLEGE
APR 13 1909
LIBRARY.

AL SR. D. LUIS PAGE Y CASAÑA

En testimonio de consideracion y verdadero afecto

EL AUTOR.



LOPEZ Y SU MUJER.

PARECE NOVELA Y NO LO ES.

I.

Cómo quedó viudo el general.

El general Ramirez era un cumplido caballero y un bizarro militar, por todos considerado y respetado; pero adolecia de un defecto de carácter, que consistia en ser demasiado ligero; es decir, que no era hombre de pensar maduramente las cosas y obrar en toda circunstancia con la prudencia y el tacto de persona discreta.

Lo que imaginaba poníalo por obra sin más ni más, á saliere lo que saliere. En

su carrera militar valióle grandemente su arrojo; y habiéndose empeñado en las más temerarias empresas, sin pesar ni medir las consecuencias, favorecióle la suerte y le sirvió el éxito maravillosamente, á la vez que otros jefes sesudos y discretos, y que nada intentaban sin meditarlo mucho, se veian en los más grandes aprietos y eran derrotados allí donde habian calculado matemáticamente segura la victoria.

De estas anomalías suelen verse en el mundo, en lo militar y en lo civil.

Puede muy bien decirse que á Ramirez sus ligerezas le hicieron general, y Dios sabe á dónde habria llegado si no hubiera muerto prematuramente, por haberse aligerado de ropa ántes del *cuarenta* de Mayo. Una pulmonía fulminante le llevó al sepulcro.

El General habia casado con una hermosa y distinguidísima dama, enamorada de su carácter noble y franco y de su valor y gallardía, y ella y él fueron felices diez años. La buena señora murió desas-

trosamente en alta mar. El ejemplo de su marido habíala hecho animosa por extremo, y viniendo de Manila, subió detras de Ramirez á la cubierta del vapor, con la curiosidad de presenciar el imponente espectáculo de la tempestad. El capitan del barco, que la vió sobre cubierta, gritóle desde el puente avisándole el peligro; y cuando la desdichada iba á retirarse, un furioso golpe de mar la arrebató y la hundió en el abismo.

Hubiérala seguido Ramirez si dos marineros no le hubiesen sujetado con todas sus fuerzas, arrastrándole á la cámara, donde le encerraron. Gritó desesperado, forcejeó en vano para abrir la puerta, y habríase acaso roto el cráneo en ella si no hubiese llegado á su corazon el sonido de una angustiosa voz que gritaba: «¡Mamá! ¡Papá! ¡Mamá!» Era su hija Isabel, una encantadora niña de ocho años, que habia quedado en el camarote dormida miéntras sus padres subieron sobre cubierta. Habíase despertado, y llena de miedo al verse sola en aquel reducido

espacio, oyendo con espanto el pavoroso crujir de las maderas del barco, el acompasado ruido de la máquina y el bramido de las furiosas olas, y sintiendo el horrible movimiento de aquella casa flotante, llamaba con desgarrador acento á los dos séres queridos que sabía la amaban sobre todo lo de este mundo. Ramirez, loco de dolor, corrió al camarote, y allí confundieron sus lágrimas padre é hija, y ya no quiso aquél arrojarse al mar, porque su deber le mandaba conservar la vida para consagrarla á la pobre niña sin madre.

No pudo siquiera intentarse la salvacion de la desventurada. Las olas, en un instante, habíanla llevado léjos, muy léjos.

II.

Cómo halló el general su segunda esposa.

Durante mucho tiempo,—más tiempo del que los viudos suelen conservarse fieles á la memoria de sus compañeras,—el General no pudo olvidar á la desventurada esposa; la lloró sinceramente, y pensó que ninguna otra mujer podria llenar el vacío que, en su corazon y en su hogar, habia dejado la madre de su hija adorada.

Pero el hombre es frágil, aunque sea general y tan fuerte como lo era, á no dudar, el general Ramirez.

Una tarde, hallándose de cuartel, porque no mandaban los suyos, paseaba Ramirez por la Carrera de San Jerónimo,

haciendo tiempo hasta la hora de una reunion que iban á celebrar varios hombres políticos, civiles y militares, en la que habia de tratarse de escogitar los más adecuados medios de lograr la caida del Gobierno constituido, inocente entretenimiento en que se ocupan hace muchos años los españoles más distinguidos. Ya se acercaba la hora, y el General se dirigió á la calle de la Cruz, por donde iria en derechura á la plaza del Ángel, que en esta plaza estaba la casa que era centro de la conspiracion, y no bien habia entrado en la citada calle de la Cruz, detúvole una señora de magnífico aspecto, bien compuesta y aderezada, con su sombrero blanco de última moda, su abrigo de precioso terciopelo, su manguito elegantísimo, y en fin, completamente aliñada con todos los vuelos, encajes, puntillas, lazos, cintas, leontina, pulseras, guardapelo, reloj, y todo lo demas propio del atavío de una jamona de muchísimas pretensiones.

—¡Ramirez!—exclamó la dama.

—¡Virtudes! — dijo el General, estrechando cariñosamente la enguantada mano que la dama sacó del fondo del perfumado manguito.

—¿Y la niña?

—Buena, muy hermosa.

—Ya será una mujercita.

—Una mujer, amiga mia; ya va á cumplir diez y seis años.

—No sabía que estaba V. en Madrid.

—Sí, hija mia, me dejaron á pié, y aquí estoy esperando y procurando que las cosas varien.

—¡Jesus, cuánto gusto tengo en ver á V.!

—Y yo celebro infinitamente encontrar á V. tan buena, tan jóven y tan hermosa.

—¡Jesus, Jesus, qué galante! Ya, amigo mio, no estoy ni buena, ni jóven, ni presentable siquiera desde que murió el pobre Juan.

—¡Pobrecillo! mi querido Martinez. Desde alféreces estuvimos juntos. Era mi mejor amigo.

—Estimaba á V. muchísimo.

—¡Qué celoso era! Tenía delirio por su mujer, pero más feroz que Otelo.

—¡Oh! en cuanto á eso era insufrible.

—Hasta de mí desconfiaba.

—Estaba ciego.

—No, ciego precisamente no, porque ya sabe V. que no le faltaba motivo para desconfiar. Usted me gustaba muchísimo, y me parece que se lo dije á V. alguna vez, á pesar de que Juan estaba siempre ojo avizor. ¿No recuerda V.?

—No, no recuerdo,—contestó la dama con un mohin graciosísimo y con un acento de candor que enamoró al General, tan impresionable como era.

Y siguieron hablando, y tanto hablaron, que al General se le pasó la hora de asistir á la reunion política trascendental de que dependia, en concepto de los conspiradores, la salvacion de la patria.

Un dependiente ínfimo del Municipio puso término á la conversacion del General y la Brigadiera, pues ha de saber el lector que Virtudes era viuda de un brigadier, el brigadier D. Juan Martinez, de

quien fué grande amigo el general Ramirez, tan amigo, que de buenísima gana le habria probado su amistad enamorando á la Brigadiera. Amigos de este linaje, en lo militar y en lo civil, se encuentran en todas partes. Virtudes vió que el manguero de la villa asestaba la de riego en direccion al sitio donde estaba conversando con el General, y apresurada echó á andar hácia la otra acera, procurando poner sus galas fuera del alcance del aluvion, y, ya en sitio seguro, despidióse del General, que estrechaba su mano y no la soltaba, miéntras ella le decia dónde tenía una pobre choza á su disposicion, y él le ofrecia la suya, encareciéndole que fuera á ver á Isabelita, bien que ántes iria la niña á conocer á una señora que era tan amiga de su padre.

Fortuna fué para el General haber encontrado á la viuda. Además de la satisfaccion de reanudar sus amistosas relaciones con una dama tan hermosa y tan discreta, y que siempre habia sido muy de su gusto, logró por tan sencilla manera

verse libre del aprieto en que, miéntras él estaba tan agradablemente entretenido, se vieron sus colegas de conspiracion, que, sorprendidos por la autoridad, fueron llevados á presencia del Jefe del Gobierno, y despues de ser amonestados con un enérgico discurso, que les entró por un oido y les salió por otro, recibieron órden de marchar para diversos puntos lejanos.

Y si no hubiera sido tan indudable y tan conocida la hidalguía del General, habria podido ser sospechosa para sus compañeros de conspiracion su falta de asistencia á la reunion; pero á ninguno le ocurria la más leve duda sobre su conducta, que siempre era la de un perfecto caballero, y de todos recibió afectuosas cartas de despedida, en que le enviaban cordial norabuena por no haberle alcanzado por entónces los rigores del Gobierno.

III.

La viuda.

Virtudes enviudó á los dos años de casada, y se consoló pronto de la inmensa pérdida que habia sufrido, porque el brigadier Martinez, aparte de su apostura y gallardía, con que se llevaba detras los ojos de las mujeres impresionables, era un carácter endemoniado y no se le podia aguantar. Vano, soberbio, celoso, brusco hasta la grosería, no hizo feliz á Virtudes. Volvió ésta al lado de su anciana madre, que tenía su casa en la histórica villa de Manzanáres, y allí vivió siendo la reina del pueblo los años que aquélla estuvo en el mundo; pero cuando la buena señora pasó á mejor vida, la huérfana y viuda

2

no se encontró bien en Manzanáres, donde no le faltaban pretendientes, aunque ingrata para todos por lo bien hallada que se sentia con la libertad de su estado, y formó resolucion de venir á la Corte, sin renunciar por eso á pasar algunas temporadas en el pueblo de su nacimiento. Allí poseia algunas casas, que le rentaban poco, y tierras, que le daban algun fruto cuando no se le comia la aleve langosta, insecto por extremo aficionado á las cosechas de la Mancha.

Vino á Madrid, alquiló un entresuelo muy bonito en una calle céntrica, reanudó sus relaciones con personas principalísimas que habian fecuentado la casa de sus padres, ántes de que éstos se retirasen á la tranquila villa de Manzanáres, y fué recibida y apreciada en todas partes como lo merecia una señora tan distinguida, que llevaba honestísimamente su viudez, sin que nadie hubiera tenido que contar de ella cosa que pudiera en lo más mínimo desfavorecerla.

Vivia Virtudes con su viudedad y el

producto de sus finquitas en Manzanáres, y pronto vió que no eran suficientes una y otro para la vida de Madrid. Y eso que Virtudes nada tenía que gastar en coche ni en teatro, y casi tampoco en comer, porque sus amigas se la disputaban para llevarla en coche á todas partes, y con ellas iba todas las noches á palco á los principales teatros, y todos los dias estaba convidada á comer. Pero sus amigas, que le daban palco y coche y de comer, no podian darle trajes, ó ella no los podia decorosamente recibir, y para trajes no le bastaba con su viudedad y el producto de su hacienda.

Virtudes tenía algunas muy estimables, no sería justo negarlo; pero faltábale la de la modestia, y por consiguiente, era víctima de la moda, ó mejor dicho, de la modista. En manos de ésta, y en las de los apreciables comerciantes de las calles de Espoz y Mina y del Cármen, dejaba su paga de brigadiera viuda y sus rentas. Eso sí, no la habia en Madrid más elegante y con tanto gusto aderezada, y si á

los hombres admiraba su hermosura, á las mujeres sorprendia y desesperaba su atavío. No pensaba ni se ocupaba en otra cosa. Pasaba largas horas de conferencia con la modista, la mejor de Madrid, y por ende la más cara, y más discutia ella sobre la colocacion de un bies, dimension de una túnica, altura del talle y vuelo de la falda, mucho más que nuestros políticos han discutido sobre sus propios méritos y sus grandes faltas. Trajes para casa tenía tantos como dias el año; en el teatro no se le veía dos veces el mismo vestido, y para calle, para visita, para *soirée*, para paseo, para ir á la iglesia, para asistir á los toros, para campo, para viaje, eran innumerables los que poseia. En su casa hubiera visto Flammarion la pluralidad de mundos, y la de perchas, armarios, cofres y arcas de todas formas y tamaños. Con la tela empleada en sus trajes creo que podria haberse hecho una funda muy holgada para el globo terráqueo.

Pero áun no tenía bastante. Como las

exigencias de la moda son contínuas y no acaban nunca, Virtudes empezó á notar que ni la paga de brigadiera, ni los alquileres de sus casas, ni la cosecha que cogia de azafran, de patatas y cebada, ni las vides en término de Manzanáres, sumaban todo lo preciso para sufragar los gastos á que le obligaba su vanidad, cada vez más estimulada por las lisonjas de sus amigos y la envidia de sus amigas. Aquella vanidad desaforada convirtióse en verdadera fiebre, en afan insaciable de lujo con que deslumbrar más aún á los hombres y desesperar á las mujeres.

La pobre Virtudes hipotecó sus fincas, y tuvo dinero, el dinero de la usura, que tan caro cuesta y aprovecha tan poco, y si no empeñó su pension, fué porque su vanidad le impedia dar un paso que no podria ocultarse; pero no tardó en comprender que el camino emprendido conducia derechamente á la ruina, á la miseria; y precisamente cuando en su cerebro se entrechocaban negras ideas, angustiosos temores y tristísimos presentimientos,

cuando empezaba á descubrir el abismo á que le llevaba su manía, entónces fué cuando encontró afortunadamente á su antiguo adorador el general Ramirez.

Cuando el manguero de la villa cortó su conversacion con el General, ya tenía Virtudes formado su plan.

Y siguió su camino la ilustre manchega por la Carrera adelante, majestuosa, gallarda, andando como sólo saben andar estas incomparables mujeres españolas, entornando los ojos cuando la miraban, al pasar, los hombres, que en Madrid miran con mucho descaro á las mujeres hermosas, deteniéndose delante de los escaparates de las joyerías y de los almacenes de muebles, iluminada su mente por un rayo bienhechor de esperanza, que en un instante disipó las tinieblas de sus negros pensamientos.

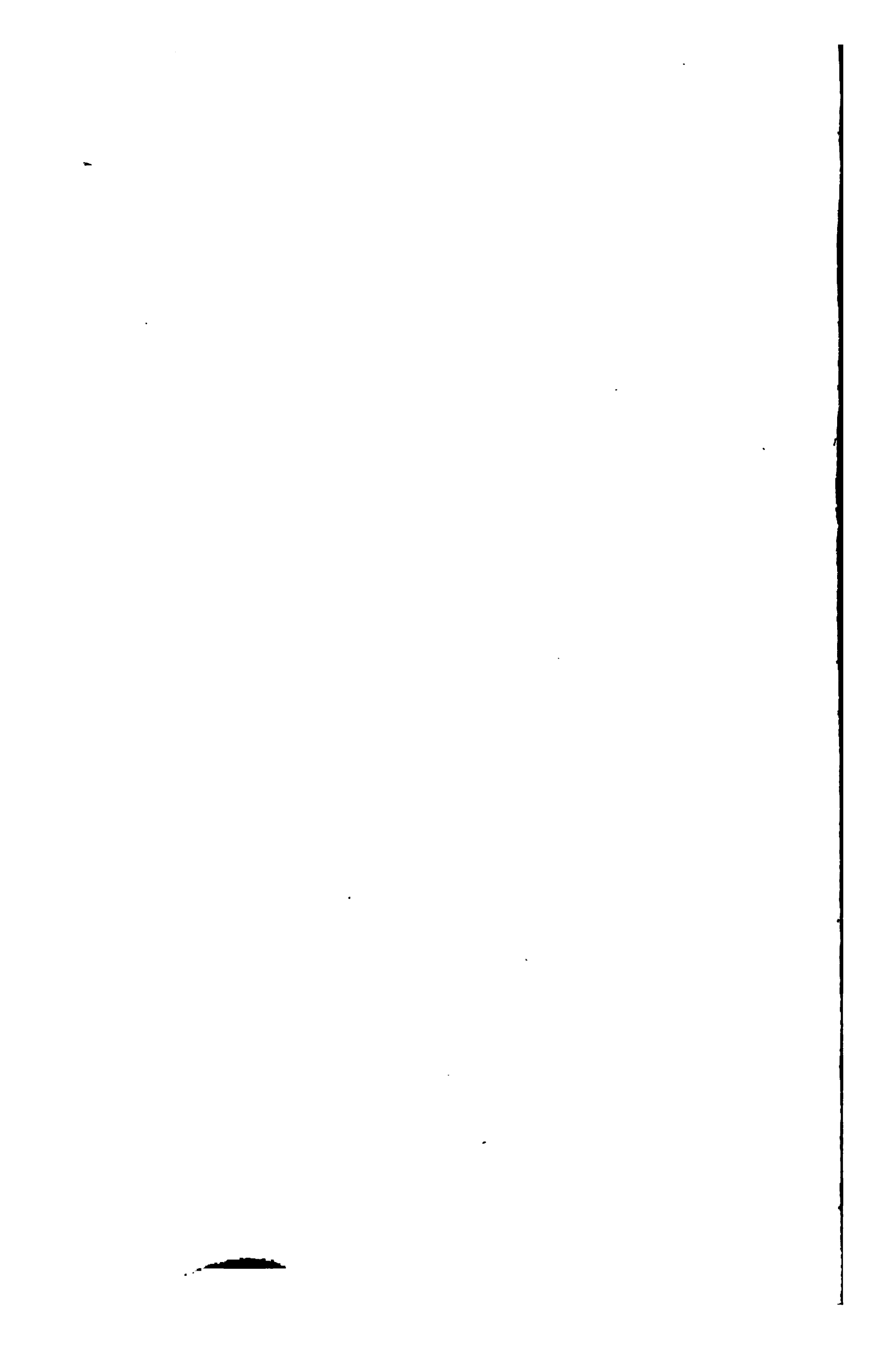
«Yo me caso con el General», se decia.

Este ascenso era su esperanza.

De buena gana hubiera ido el dia siguiente á visitar á la hija del General, pero desistió de esta idea. Prefirió sufrir la im-

paciencia de esperar la deseada visita del General. Era preciso que éste no sospechase nada. Los hombres, en llegando á cierta edad, ó son lo más inocente del mundo, no habiéndoles servido de nada la experiencia, ó dan en suspicaces y recelosos, y no se fian ni de su camisa. Podria ser de éstos el General, y podria creer que visitar Virtudes á la hija era un pretexto para ser otra vez vista y admirada del padre.

Era el General un poco vano, porque habia alcanzado buena fortuna con las mujeres y estaba harto habituado á la victoria. Virtudes lo sabía, y se propuso que el General cayera rendido á sus piés, y hacerse mucho de rogar ántes de consentir en que fuera su dueño, prévia lectura, por supuesto, de la epístola de San Pablo, aunque ya no era esta epístola ninguna novedad para él ni para ella.



IV.

Cómo obtuvo la Brigadiera el ascenso inmediato.

Tres dias despues, tres dias mortales de impaciencia para Virtudes, el General dijo á su hija que se ataviase lo mejor que supiera y pudiera, para ir con él á hacer una visita. La candorosa niña no estaba acostumbrada á visitas. Su padre, engolfado en la política, acompañaba poco á su hija, de quien cuidaba una institutriz cariñosa é inteligente, persona de toda confianza y por todos conceptos estimable. Isabel sintió singular contento porque su padre la llevaba á hacer una visita. Hacía algun tiempo que su aya le dirigia advertencias útiles y le daba preciosos consejos para cuando

se presentase en sociedad, y sin duda ir con su padre á hacer visitas sería uno de los actos preliminares de su presentacion en sociedad. Isabel empezaba á sentir el deseo de penetrar en lo desconocido. Acababa de ser niña y empezaba á ser mujer.

Virtudes recibió con las más expresivas demostraciones de agrado y satisfaccion á la hija del General, colmándola de caricias, elogiando grandemente su hermosura y su talento, y consiguió cautivar la voluntad de la niña, que jamás, desde la muerte de su desdichada madre, habia recibido tan cariñosas pruebas de tierno afecto.

—Hoy me la deja V. aquí,—dijo al General.—Usted se marcha á su Casino, á su tertulia, á su Congreso, á donde usted quiera, y esta noche irá Isabelita á casa, ó si no, la llevaré yo mañana.

Isabel se manifestó muy complacida, y el General asintió cortésmente á cuanto propuso la viuda.

La jovencita pasó el dia más venturoso de su vida.

Virtudes la tuvo entretenida de la manera más agradable. Mostróle su guardaropa, que era un conjunto encantador de primores y preciosidades, un verdadero *museo* de la elegancia y el buen gusto.

Hablaron de mil cosas, demostrando la viuda su talento superior y apoderándose completamente del corazon y de la voluntad de la inexperta niña, encantada con la amenidad de la conversacion y halagada con los encomios que de sus perfecciones hacía aquella mujer tan amable, tan insinuante, tan dulce y tan seductora.

Algunas personas visitaron á Virtudes, y á todas presentó á su tierna amiga, haciendo de ella elogios tan extremados, pero con tal delicadeza y tanta sinceridad, que el amor propio y la vanidad, que áun no se habian revelado en la niña inocente, comenzaron á empañar la diafanidad de sus puros pensamientos.

Ello fué que se identificó por tan singular manera Isabel con la viuda, que ya no pudo pasar un solo dia sin verla. No

habia tenido amiguitas en la infancia, ni amado más que á sus padres, y así, la primera persona extraña que le habló el lenguaje lisonjero y encantador, que tan admirablemente sabía usar Virtudes, se hizo dueña de su corazon y ganó todo el afecto de su alma.

El plan de la viuda marchaba á las mil maravillas.

El General no oia más que elogios de la discrecion, del talento, de la gracia, de la virtud de Virtudes, y estos elogios en boca de su hija tenian para él mucho más valor que si los expresaran otras personas. Y eso sí, no podia negarse lo merecido de tan grandes alabanzas, porque era, en verdad, incomparable la gracia de Virtudes, amenísimo su trato, dulce y adorable su carácter, grata sobre todo encarecimiento su conversacion, y cada dia Isabel descubria en su amiga nuevos encantos, que ponderaba delante de su padre con la fe y el candor de la inocencia.

Llegaron Virtudes é Isabel á ser inseparables.

Un dia dijo el General á su hija:

—Isabelita, ¿sabes que tengo envidia de Virtudes?

—¿Por qué, papá?

—Porque la quieres más que á mí.

—Más que á tí, no, porque eso no puede ser; pero la quiero mucho.

—Vamos, la quieres tanto como á mí, ¿verdad?

—No digo tanto, pero mucho.

—Y estoy pensando, niña mia, que para que yo pueda tenerte á mi lado, para que yo pueda verte y no te separes de tu amiga, va á ser preciso que me case con ella.

—¡Ay, ojalá!—exclamó Isabel con visible contento.

—¿No te pesaria tener madrastra?

—Madre cariñosísima, y no madrastra, sería Virtudes para mí,—repuso la niña, dócil instrumento de la viuda, que todo lo habia calculado y previsto, y ya tenía seguridad de que llegaria momento en que el General, con beneplácito de su hija, solicitaria su mano con vivas instancias.

El General tenía la pretension de ser un hombre astuto, travieso, de mundo, gran conocedor del corazon humano; y en puridad era, en cierto modo, tan inocente y candoroso como su hija.

Un dia acompañó á ésta á casa de Virtudes, resuelto á plantear la cuestion.

—Amiga mia,—dijo á la viuda,—usted me ha secuestrado mi hija; la veo cortos momentos, porque siempre se halla en esta casa. Mi hija prefiere la compañía de usted á la de su padre, y, en fin, vive con usted más que conmigo. Yo celebro infinitamente que se amen VV. tanto, pero que me abandone mi hija no me puede ser agradable. Usted ha hechizado á mi hija, y para que no acabe V. de arrebatármela, he pensado... una cosa muy sencilla, he pensado casarme con V.

—¡Jesus, qué disparate!—exclamó con una carcajada la viuda.

—¡Disparate!—repitió con gran asombro el General, que jamás habia imaginado que pudiera pensar un disparate en ninguna circunstancia de su vida.

—Sí, señor; un disparate,—insistió Virtudes.

—¿Por qué?

—Porque yo estoy fuera de combate.

—Como no se trata de combatir, sino de casarse...

—¡Ay, General! ¿y casarse no es combatir? Recuerdo mucho á Martinez. Mi union con él fué una lucha terrible. ¡Qué hombre tan hermoso y tan odioso! Téngale Dios en la gloria.

—Señora, ¿va V. á compararme con Martinez? Aquel hombre era una fiera del desierto. Yo estoy ya domesticado; lo estoy hace mucho tiempo.

—Pues, amigo mio,—dijo Virtudes, adoptando un tono algo más grave,—tengo hecho firme propósito de no volver á casarme.

—Tambien yo le tengo hecho, y sin embargo... Es un desatino hacer tales propósitos. Cuando yo le hice no veia á usted frecuentemente como ahora. Usted conoce mi carácter, amable Virtudes; pienso una cosa y la realizo, y he

pensado casarme con V., y nos casamos.

—No me determino. Es una honra muy grande para mí que uno de los más bizarros generales me ofrezca su mano; estimo á V. mucho, mucho más que á todas las personas que me favorecen con su amistad; amo á su hija de V. con amor de madre; pero, ¡ay, General! es muy serio eso de casarse. Me acuerdo mucho de Martinez. Usted no sabe lo que yo pasé con Martinez.

—¡Por vida de Martinez!— exclamó el General con impaciencia.

—El matrimonio fué para mí un nudo muy apretado, que si dura más, me ahoga.

—Ahora será un lazo muy suave.

—Caer en el lazo suele ser consecuencia de una imprevision ó de una ligereza. Además, un lazo se aprieta con tanta facilidad... Amigo mio, estoy ya tan bien hallada con esta independencia de la viudez... Seamos amigos, General, amigos nada más.

—Usted lo pensará mejor, lo pensará

usted hoy todo el dia—repuso el General,—y mañana vendré por la respuesta, y no admito otra que la afirmativa,—añadió.

—Lo tengo muy bien pensado ya,—exclamó la viuda con un tono tan sincero y candoroso, que demostraba las buenas condiciones de actriz de aquella hermosa señora.

Jamás llegarán las más eminentes artistas á poder competir en el arte del fingimiento con muchas damas que nunca pisaron la escena.

Bien pensado tenía, en efecto, la taimada apoderarse del General.

—Volveré mañana,—añadió éste,—pero volveré sin Isabel.

—¿Cómo?—preguntó con inquietud Virtudes;—¿intenta V. por ventura privarme de Isabelita? No será, porque si usted no la trae ó no le permite venir, yo iré á casa de V.; supongo que no me negará V. la entrada en su casa.

—Al contrario; si quiero que aquella casa sea la de V.

—Muchas gracias, General.

—Trasládese V. á ella y sea su dueña.

—Papá,—dijo Isabel, que áun no habia interrumpido el diálogo de su padre y su presunta madrastra.—Virtudes consentirá.

—¿Tú lo aseguras?—preguntó á su hija el General.

—Lo aseguro, porque puedo... ¿no es verdad?—continuó Isabel, interrogando á Virtudes y abrazándola,—¿no es verdad, hermana? Mira, no te llamaré mamá, te llamaré hermana, ¿quieres?

—¡Hija mia!—exclamó Virtudes estrechando cariñosísimamente en sus brazos á Isabel.

Y alguna lágrima vertió, conmoviendo profundamente al impresionable General, encantado de la ternura exquisita de la viuda.

Pero con todo esto no cedió en su resolucion, asegurando más de esta suerte su presa.

Y más de un mes pasó, y Virtudes continuó negándose á acceder á los deseos

del General, cada vez más enamorado, por tal manera, que se convirtió en galan tan rendido y asendereado como pudiera serlo un cadete inexperto, y todo el mundo se enteró del amor que le habia acometido, y no dió poco que hablar á la gente de Madrid lo que llamaba todo el mundo la *chifladura* del general Ramirez.

Pero habiendo llegado á sus oidos esta calificacion, que siempre hay amigos indiscretos, y los hombres de gran posicion son los que más tienen de estos amigos, provocó Ramirez á uno de los que la habian propalado, y verificóse un duelo, en el que Ramirez, siempre bravo y generoso, quedó satisfecho con señalar una cuchillada á su adversario sobre una oreja.

—Con este ejemplo verán los demas,—dijo Ramirez,—que estoy dispuesto á cortar las orejas á quien se meta en cosas que á mí solo importan. A éste, por compasion, no le he dejado sin una oreja; pero el que venga despues se queda sin las dos.

Y nadie volvió á murmurar que el general Ramirez estaba *chiflado*.

Y sí lo estaba.

Pero en esta sociedad no se conoce, por ahora, mejor medio de hacerse respetar que el usado por el digno militar.

Despues de aquel lance, Virtudes pronunció el suspirado *sí;* se declaró vencida por el amor y la bizarría de su pretendiente, y el general Ramirez, tan satisfecho, tan ufano como un barbilindo que ha arrancado de casa de sus padres á una hermosísima doncella, se casó con Virtudes y echó la casa por la ventana, como suele decirse, para celebrar tan fausto suceso; y con su mujer y su hija, pasados los primeros dias de la luna de miel, fuése á Paris y á Italia, y en todas partes asombró por su elegancia y su buen gusto la gallarda Generala.

En Nápoles, despues de visitar Pompeya, hallábase Ramirez, cuando supo que en España habian entrado sus amigos en el poder, y recibió aviso del nuevo Gobierno para que apresurase su regreso, á fin de ocupar un puesto importante.

El General no se hizo repetir el aviso.

V.

Aquí entra Lopez.

Ramirez fué feliz.

La mujer le dominó por completo, y él en nada se atrevió á contrariarla. Virtudes hizo cuanto quiso; fué dueña absoluta de la casa, gastó, triunfó, satisfizo las exigencias de su vanidad, sin que nadie le hiciera la más leve observacion, y el mundo continuó considerándola una mujer superior en todo.

Pero la felicidad de Ramirez no fué completa, como no lo es nunca en este mundo. Un accidente, por todo extremo doloroso, vino á herirle en el corazon.

Isabel enfermó.

La pobre perdió el hermoso color de la juventud, perdió la animada expresion de su mirada, la dulce sonrisa de su boca, y comenzó á sentir tristeza, malestar, inapetencia, síntomas todos que á Virtudes y el General parecieron precursores de grave enfermedad.

Viéronla médicos y emprendieron su curacion, pero con poco éxito. Isabel se agravó, y hubo necesidad de llevarla á una poblacion próxima á Madrid. Dijeron los doctores que le convenia el cambio de clima. El General y Virtudes acompañaron á la enfermita, que realmente encontró algun alivio en su nueva residencia; pero este alivio tenía sus intermitencias. Tras un dia bueno, en que parecia Isabel recobrar la animacion, la alegría, el apetito, venía otro de postracion y tristeza.

El General temió que la tísis, esa horrible enfermedad que entrega á la muerte tanta juventud y tanta hermosura, se apoderara de su hija adorada.

Un dia se encerró con el médico que en aquella poblacion asistia á Isabel, un

anciano muy simpático, jovial y alegre, y le dijo:

—Don Agapito, quiero que hablemos sin ambajes ni rodeos; quiero que me diga V. la verdad, toda la verdad acerca del estado de mi hija. Soy padre, y tengo derecho á saber si mi hija puede curarse, ó si Dios me ha condenado al más grande de los infortunios, á perder á mi hija.

—¡Perderla!... ¡Hombre, no faltaba más!...—contestó el médico sonriéndose, como si estuviera hablando de cosa divertida.

—¿No es grave la enfermedad de mi hija?...

—¿Quiere V. callar? Por Dios, mi General, ¡qué ha de ser grave! ¡Vaya, vaya! Hoy está mejor. Que se distraiga, que se nutra, que no se apoque... Diga V., mi General, ¿Isabelita tiene novio?...

—No creo. Yo lo sabria.

—¡Qué demonio! ¿No tiene novio una chica tan guapa?...

—¿Por qué lo dice V.?...

—¡Hombre! lo digo porque es extraño

que una muchacha como un oro, que vale más dinero que pesa y que hará feliz á quien sea su marido, no tenga novio.

—Pero ¿qué quiere V. decir?...

—Mi General, que Isabelita se curará; que en mudando de estado se pondrá buena, y será una mujer hermosísima, fresca, gruesa... Ahí tiene V. la mia, que pesa hoy diez arrobas... Pues cuando nos casamos iba para tísica á marchas forzadas, y ahí la tiene V., que no ha vuelto á tener un dolor de cabeza, y ha echado al mundo siete hijos como siete leones, y todos viven y beben, y Dios sabe los trabajos que hemos pasado para criarlos.

El General quedó pensativo, y el médico siguió haciéndole saber las circunstancias de sus siete hijos, cómo los habia colocado á todos, y cómo habian quedado solos su mujer y él, porque todos los hijos estaban ausentes, unos en España, otros en el extranjero.

—No nos ha quedado, decia el médico, más que la satisfaccion de haberlos colocado bien y la de saber que todos tienen

que comer y son honrados. No pueden aspirar los padres á más grata satisfaccion. Al principio, cuando nos vimos enteramente solos, tuvimos mucha pena mi mujer y yo; pero, mi General, yo, que no soy una lumbrera de la ciencia y que sólo poseo mucha práctica, he aprendido que las penas predisponen horriblemente á todo linaje de enfermedades, y por lo mismo que sé lo que son enfermedades, no las quiero en casa. Así es que dije á Facunda, mi mujer (yo la llamo Fecunda, que es más propio nombre para ella), le dije, digo: «Mira, chica, no nos apenemos: si los muchachos son felices y viven bien léjos de nosotros, alegrémonos con saberlo, y vivamos para saber siempre que lo son. Si estuvieran con nosotros, no experimentaríamos la inmensa alegría que ahora nos produce cada carta suya que recibimos. Dios lo ha dispuesto, y Dios siempre dispone lo que conviene.» Y mi mujer, que es una tonta, pero buena como el pan, y que no tiene más opinion ni más voluntad que la de su marido,

me dijo: «Tienes razon, chico, y desde ahora se acabaron los pujos y los lloriqueos, y hagamos por nosotros, y fuera penas, y Dios nos dé salud para saber que los chicos viven contentos y se portan como Dios manda, y para verlos de cuando en cuando, en pudiendo ser buenamente.»

El General no oia al médico. Preocupado con lo que éste le habia dicho relativamente á la gentil Isabel, no atendia en modo alguno al Galeno, que al fin, como hombre discreto que era, comprendió la natural preocupacion del amantísimo padre y se dispuso á retirarse.

—Mi General, lo dicho, no hay que descuidar á esa señorita—dijo el excelente hombre;—es preciso atenderla amorosamente, lo mismo que el floricultor inteligente cuida una flor delicada, que sin su celo exquisito, sin su observacion constante, abandonada á la inclemencia de los vientos ó á los rayos abrasadores del sol, se marchitaria y moriria. Esto lo diria un poeta muy gallardamente; yo no

soy poeta; soy solamente un médico práctico, rutinario, pero que he estudiado y aprendido en la experiencia mucho más que en los libros. Esa señorita se curará, y yo me holgaré mucho de verla animada, lozana, rebosando salud, del brazo de su marido, y recreándose en las risas y las alegrías de un hermoso niño que le tiende los bracitos desde los de la robusta montañesa que le cria. ¿No le gustará á usted eso, mi General?

—Perdone V.—dijo éste,—pero quiero estar sólo, quiero pensar y resolver lo que hago con esa muchacha.

El médico salió, y el General se quedó discurriendo la manera de conservar la vida de su hija querida.

Isabel estaba aquel dia mejor que otros; habia dormido bien, habia comido más que de ordinario, y se preparaba á salir en coche con Virtudes, que era para ella una hermana cariñosísima.

El General les señaló el camino que habian de seguir, hasta una huerta que pertenecia á un amigo suyo, donde habia

una excelente agua ferruginosa, de la que bebia Isabel.

—Esperadme allí,—dijo á su mujer y á su hija;—allá iré yo luégo á pié, dando un paseo, con Lopez, y despues nos volveremos los cuatro en coche.

Isabel y Virtudes subieron en la carretela, despidiéronse del General con muchos extremos de cariño, y fuéronse á la huerta, que distaba más de media legua.

—¿Que tendrá papá?.....—dijo Isabel á Virtudes,—está muy preocupado.

—¿Qué ha tener?... No teniendo tú completa salud, él y yo tenemos bastante motivo para estar preocupados.

—Vais á hacerme creer que estoy muy grave.

—¡Qué niñada! No lo creas ni un momento; aquí te repones seguramente. Lo afirma D. Agapito, ese médico tan jovial y tan sencillo y modesto que hemos hallado en este pueblo, y que me inspira mucha más confianza que algunos que pasan por eminencias.

Hablaron luégo Virtudes é Isabel de

mil y una cosas durante su paseo hasta la huerta donde habian de esperar al General, y cuando éste llegó, acompañado de Lopez, Virtudes acababa de preguntar á Isabel:

—Dime, niña mia, ¿tú no has amado nunca?...

Por donde se ve que Virtudes sabía tanto como el médico D. Agapito, ó mejor dicho, sabía mucho más que el médico.

Apoyaba el codo sobre la mesa y la frente en la mano, y tenía fija la vista en las nubes que, formando mil caprichosas figuras de monstruos, odaliscas, santos, gigantes, caballos, torres, enanos, elefantes, diablos, estatuas colosales, pasaban allá á lo léjos, descomponiéndose luégo ó cambiándose los caballos en ciervos, los diablos en frailes, las torres en barcos, los elefantes en amorcillos inmensos con alas descomunales.

El General interrumpió el éxtasis de su ayudante.

—Pero, Lopez, ¿qué es eso? ¿Tambien V. está malo? ¿Qué tiene V.? ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Nada, mi General, no es nada; un dolor de cabeza, y nada más.

—¿De véras? ¿Nada más?... Pero está usted pálido, ojeroso...

—Pues no es sino lo que he dicho á usted, mi General.

—Más vale así. Lo siento, porque pensaba que diéramos un paseo hasta la huerta.

—Estoy á las órdenes de V., mi General.

—No, si no se siente V. bien...

—Al contrario, salir ha de convenirme. Puede que se despeje mi cabeza. Acompañaré á V., mi General.

—Mis dos mujeres han ido hácia la huerta, y allí nos esperan para volvernos los cuatro en el coche.

El General llamaba jovialmente á su mujer y su hija sus dos mujeres.

—Isabel—continuó—está hoy mucho mejor.

—¡Ah! ¿sí?...—exclamó Lopez, y se encendió su rostro.

—¿Usted se alegra?—preguntó el General.

—¿Cómo no ha de alegrarme lo que es para V. tan satisfactorio?

—Gracias, Lopez, muchas gracias,—añadió el General, estrechando la mano del Capitan;—ya sé que V. nos quiere bien.

—Soy agradecido,—dijo lacónicamente el Capitan.

Y pocos momentos despues el General y el Ayudante emprendian su paseo como dos buenos amigos.

El capitan Lopez era un gallardo jóven, que aparentaba haber pasado ya de la edad que tenía; un jóven reflexivo, serio, de pocas palabras, valiente hasta la temeridad, como lo habia demostrado peleando á las órdenes del General, á quien salvó la vida en una accion reñidísima, en que Ramirez tuvo que arrojarse bravamente delante de sus soldados contra el enemigo para darles ejemplo de cómo se arrostra la muerte cuando el honor militar lo exige. Desde entónces el General habia cobrado gran afecto á Lopez, y conservábale como ayudante á sus órdenes, tratándole con singular cariño y como si fuera un individuo de su propia familia. Lopez agradecia profundamente la distincion con que le trataba el General, y serviale fielmente, no traspasando jamás los límites del respeto que debia al superior, aunque éste animábale con su benevolencia á usar más franqueza y confianza.

Era Lopez por todos cuantos le conocian muy considerado; pero tachábanle, reconociendo sus buenas prendas, de ser por extremo adusto, arisco, poco expansivo, é insensible á los dulces afectos que son el encanto de los años juveniles. Sus compañeros de armas eran joviales, alegres, traviesos, enamorados en tan alto grado, que solian estarlo á un tiempo de más de una y de más de dos y de tres mujeres; y Lopez, ni gozaba en las alegrías de sus compañeros, ni se permitia ningun linaje de travesuras, ni habia procurado conquistar corazones en las muchas ciudades en que habia vivido. Exacto cumplidor de sus deberes, á ellos se consagraba exclusivamente, y en los ratos de vagar que le dejaba su cargo, al estudio de las buenas obras militares inglesas, alemanas, francesas y españolas. Vivia con poco, y lo demas lo empleaba en libros. Era un jóven irreprochable; pero sus compañeros le llamaban raro y excéntrico, si bien le respetaban y no se atrevian ya á hacerle ningun género de

observaciones sobre su carácter, porque tenía mal genio y sabian que no las sufria con calma.

El General y Lopez emprendieron su paseo y no hablaron largo espacio ni una palabra.

Y Lopez no habria hablado seguramente en toda la tarde si el General no le hubiera preguntado:

—¿Y el dolor de cabeza? ¿pasa?...

—Sí, señor, mi General.

—Estudia V. mucho y duerme poco.

—No, mi General; nunca se estudia demasiado, y no es bueno dormir más de lo preciso.

—¡Hombre! V. es muy singular,—añadió el General.

—Cuando V. lo dice será cierto.

—Yo no he conocido un jóven como usted.

—En efecto, son muchos mis defectos.

—No digo eso, hombre; digo que es usted un hombre originalísimo.

—No, señor, mi General; soy un hombre vulgarísimo, como tantos.

—Usted no va al café.

—No me gusta.

—Usted no juega.

—No sé, ni tengo aficion.

—Usted no tiene ningun galanteo, que yo sepa.

—No, señor.

—A la edad de V. hacía yo el amor á toda mujer de buen ver que encontraba en mi camino. ¿No le gustan á V. las mujeres?

—Muchísimo.

—Pues entónces...

—Pero no me gusta engañarlas.

—Pues ¿dónde hay cosa más...

El General no se atrevió á terminar la expresion de su idea pecaminosa.

—¿No se ha enamorado V. nunca?...

—Sí, señor, mi General.

—Vamos, me alegro, hombre. ¿Y pasó?...

—No, señor.

—Es decir, que está V. enamorado ahora.

—Sí, señor.

—¿Y ella?...

—Ella no sabe nada.

—¡Amor platónico!...

—Amor muy profundo, mi General.

—¿Y cuándo piensa V. decir al objeto de su amor...

—Dios sabe. Puede que nunca.

—Lo dicho, amigo Lopez; es V. un hombre singularísimo.

—Como V. quiera, mi General.

—¿Espera V. que se explique ella?

—No tengo esa pretension.

—Pues, hombre, dígaselo V. con dos mil de á caballo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque soy poca cosa todavía.

—¡Poca cosa un capitan, uno de los capitanes más bravos del ejército español, que ha de llegar á general!

—Me desdeñaria.

—¿A V.? ¡quisiera verlo yo eso! Si le desdeñara á V., creeria que era una mujer insustancial, sin juicio, sin alma, sin

corazon, é indigna, por consiguiente, de que V. la mirase siquiera.

—¡Por Dios, mi General, no me avergüence V. hablando de mí con tal encomio! Nada soy y nada valgo. Por eso no declaro mi amor. Ella es muy rica.

—¿Muy rica? Mejor; así la merece usted, muy rica y muy buena, porque si no es buena, vaya al diablo su riqueza.

—Buena es tambien. Si no lo fuera, yo no la amaria.

—¡Hombre! dígame V. quién es, y yo me encargo de arreglarlo todo.

—¿Usted?

—Yo mismo.

—¡Imposible!

—¿Es que no me lo puede V. decir ó que no podria yo hacer que esa señorita le amase á V.?

—Lo uno y lo otro acaso.

—¡Caramba! excita V. mi curiosidad en gran manera. Pero ¿ha jurado V. no revelar el nombre de la que ama?

—No, señor; no juro, porque si jurase, cumpliria mi juramento, aunque me cos-

tase la vida, y es una gran ligereza jurar para que luégo pese el juramento y se quebrante.

—Entónces me dirá V. quién es esa mujer á quien V. quiere y no se lo dice, porque entiendo que la mujer en que usted haya fijado la atencion debe ser una mujer verdaderamente superior.

—Por hermosa y por buena la quiero yo; pero este amor mio, mi General, no merece ciertamente que V. se preocupe un momento.

—¿Cómo que no?... Lo que interesa á usted, á mí tambien me interesa. ¿Quién es esa mujer?... ¿La conozco yo?... ¿Es alguna de las amiguitas de mi mujer y de mi hija?...

—¿Me manda V. que se lo diga?

—No, hombre, eso no; yo no mando más que lo que puedo mandar. No lo mando, pero lo deseo.

—Para mí un deseo de mi General, trátese de lo que se quiera, es una órden; pero ántes de manifestar á V. quién es la mujer que amo, debo decir que no tengo

la pretension de aspirar hoy á su mano, porque ella es mucho y yo no soy nada.

—¡Vuelta! Buena es, en verdad, la modestia, pero no tanta, amigo Lopez. Yo creo que la hija de un grande de España no sería indigna del bizarro capitan que ha sabido ganar al frente del enemigo la cruz de San Fernando, que la ganó usted mejor que yo, que creo haberla ganado bien.

—Por Dios, mi General.

—No digo más que la verdad; bien sabe V. que no entra en mis hábitos exagerar las cosas. Conque acabemos, sea usted, franco y dígame, en fin, quién es la mujer que V. ama.

—Pues, mi General,—perdóneme V.—es Isabel.

—¡Isabel! ¡Mi hija!—exclamó el General, no enojado, sino sorprendido.—¡Mi hija!—repitió;—¡mi hija es la que usted ama!...

—Sí, mi General. Amo un imposible, ya lo sé, porque ántes que llegue á merecerla habrá pasado mucho tiempo, y ella

no habia de saber nada hasta que pudiera ofrecerla una posicion. Guarde V., pues, mi secreto, que he confiado á V., mi General, cediendo á sus deseos, y olvide usted que se lo he confiado.

—Hombre de Dios, ¿cómo lo he de olvidar?

—Acaso sea conveniente que yo, por más que lo sienta en mi alma, deje de tener el honor de ser ayudante de usted...

—¿Qué se entiende? Usted ¿por quién me toma? ¡Dejar de ser mi ayudante! ¡Hombre, estaria eso bueno!

—Mi General, hay sentimientos que yo no sé expresar en mi carácter rudo, pero que están arraigados fuertemente en mi corazon; uno de esos sentimientos es la gratitud, y V. es el que merece y tiene toda la de mi alma.

—Mi ayudante, sí, señor, será V. mi ayudante, mal que le pese, y será V. más, porque será V. mi hijo.

—¿Qué dice V., mi General?

—Es decir, si ella quiere, porque si

ella no le quiere á V., si no corresponde al amor de V., entónces yo, aunque lo sienta muchísimo, no le tendré á V. de ayudante, y le dejaré en libertad de ir á donde mejor le convenga. En fin, amigo Lopez, sepa V. que es V. una de las pocas personas que encuentro dignas de mi hija; que por mi parte, no sólo no pongo inconveniente alguno, sino que estoy lleno de satisfaccion al saber que hombre como V. ha puesto los ojos en mi hija; pero es preciso que V. hable, que V. diga á mi hija su amoroso pensamiento, que se haga V. amar de ella. Para todo eso está V. autorizado, y en diciendo ella que sí, no hay más que hablar. Y dígalo V. tambien á mi mujer. Virtudes quiere mucho á Isabel, son como dos hermanas, y mi hija hace mucho caso de Virtudes, y en mucho tiene su dictámen.

—Mi General, estoy verdaderamente confundido, y no acierto á expresar mis ideas, ni á pensar siquiera... ¿Cómo habia yo de suponer que V. se contentaba

con un hombre tan insignificante como yo para su hija?

—¡Dale! ¿Cree V. que yo soy un padre ridículo de esos que quieren para sus hijas montones de oro?... No, señor; conozco muchas gentes que tienen muchísimo dinero y viven muy mal; conozco mujeres casadas con hombres ricos, que, en medio de su lujo deslumbrador viven, con muchas penas, y todo el mundo sabe de matrimonios colocados en el pináculo de la fortuna que desconocen por completo lo que es la felicidad doméstica, que viven en el vertiginoso torbellino de los placeres mundanos llenos de afan, de vergüenza y de remordimiento. Amigo Lopez, mi hija es buena, honrada, y debo creer que lo será siempre; pero podria casarse con un hombre indigno, y acaso pudiera un dia, en la desesperacion, llegar á ser una de tantas mujeres señaladas por todo el mundo, que llevan la risa en los labios y la muerte en el corazon. No, no, por Dios; que no se case mi hija con hombre en quien yo no tenga tanta con-

fianza como en mí mismo. Esa confianza la tengo en V., amigo Lopez. Quiera Dios que mi hija ame á V. y que le diga su corazon noble y leal que V. es capaz de hacer su ventura.

El General no cabia en sí de gozo, y Lopez estaba aturdido y no sabía lo que le pasaba. Queria expresar los dulces afectos de su corazon á su generoso jefe, todo bondad para él, y no acertaba con frases que interpretaran su pensamiento.

—Mi General, perdone V.,—dijo,—perdone V. si en este momento no digo á usted todo lo que siente mi corazon. Yo creo que esto es un sueño; no puedo explicarme cómo V., un hombre de la posicion de V... perdone V., no sé lo que digo, y no diré más que vaciedades, no diré nada que sea la expresion de los tiernos sentimientos... Nada, es inútil, no puedo hablar, y ahora siento no haber cultivado más mi inteligencia, no haber procurado adquirir esa facilidad que otros tienen para expresarse... Es tan hermoso poder expresar lo que se siente...

—Amigo Lopez, hay muchos que expresan muy bien y sienten muy mal. Usted siente y siente la verdad, y no finge; pero no la expresa V. con grandes frases: eso es mejor, Lopez, mucho mejor. Domine V. su emocion, que ya vamos llegando, y allí me parece distinguir la sombrilla blanca de mi hija... ¿No distingue V.? Allá abajo, entre aquellos árboles...

—Es verdad, mi General, allí está Isabel.

—Pues serénese V. y cobre ánimo y esperanza.

VII.

Un marido para un remedio.

El General habló aquella misma noche á la Generala de su proyecto de casar á Isabel con Lopez, que tan enamorado estaba de la muchacha. Virtudes oyó atentamente la narracion que su marido le hizo de todos los detalles de su conferencia con Lopez, y los extremados elogios que dedicó al jóven y bizarro ayudante de campo, y como el General queria oir su dictámen, contestó de la manera más natural del mundo:

—Pues si se quieren, á casarlos pronto.

—Él la quiere; ella no sé si le querrá,—observó el General.

—Ella le quiere,—repuso Virtudes.

—¿Sí?... ¡Qué felicidad! ¿Cómo lo sabes?

—Porque Isabel amará al primero que le hable de amor, sobre todo si es Lopez el primero. Le ama ya acaso, pero áun no se ha dado bien cuenta del sentimiento que le inspira Lopez.

—¿No es verdad que mi hija será feliz?

—No me atreveré á asegurar tanto.

—¡Cómo! ¿Temes acaso... ¿Tienes algun motivo para suponer algo que desfavorezca á Lopez?

—No, todo lo contrario ciertamente; pero, hijito mio, ¿quién es capaz de adivinar lo que se oculta en el corazon y en la cabeza de un hombre? Lo que se ve de Lopez es inmejorable; es hombre de talento, valeroso, formal, prudente, discreto, un hombre irreprochable; pero vé tú á leer allá en el impenetrable fondo de su alma. Lopez es un hombre temible.

—¿Qué dices, mujer?

—Temible como todo lo oscuro, como todo lo sombrío.

—Es un hombre de bien.

—Y lo será siempre, de eso estoy segura; pero hay hombres de bien que hacen muy desgraciadas á sus mujeres.

—Yo nada temo; al contrario, Lopez me parece el mejor de los hombres.

—Es posible que tú aciertes.

—¿Los casamos?

—Bien; Isabelita debe casarse, y pues que Lopez dices que la ama...

—¡Qué! ¿dudas que la ame?

—No, no lo dudo; creo firmemente que la ama.

—Entónces... ¿por qué imaginas que pudiera no ser feliz Isabel?

—Mira, hay cosas que las mujeres sentimos y no podemos explicar; son impresiones de que apénas podemos darnos cuenta... en fin, no se hable más de ello. Lopez es un hombre de pundonor, que hará carrera, y tu hija casa bien casándose con él.

—Eso creo yo.

—Pues á casarlos y á procurar que sean felices.

—Lo serán. ¿Isabel le amará?

—Seguramente.

—Yo he autorizado á Lopez á que le manifieste sus sentimientos.

—Pues esperemos. Esta noche haremos de modo que puedan hablar los dos. Tú y yo jugarémos al dominó con muchísimo interes, como si estuviésemos muy empeñados en la partida, y verás cómo Isabel está mañana más animada que estos dias.

En efecto, Isabel supo que Lopez la amaba, y conoció que ella le amaba tambien. Lopez no se lo dijo miéntras el General y Virtudes jugaban al dominó: se lo dijo en un billete, porque Lopez ya expuso él mismo, en su diálogo con el General, que no tenía la facilidad de expresar lo que sentia. Prefirió escribir, y escribió una carta con frases sencillas y sinceras, sin exageraciones, sin rebuscados conceptos, que no podia estampar un hombre tan serio como era Lopez. Decia en su carta que la amaba con amor profundo y verdadero; que procuraria hacerla feliz; que él no queria más ventura en el mun-

do que obtener el cariño de una mujer á quien habia considerado como la más digna de ser amada y la única que él amaria en su vida, y consignaba que si el mismo General no se hubiese mostrado conforme con que declarase á su hija el amor de su corazon, habria tardado mucho en atreverse á tanto; el tiempo que hubiera tardado en considerarse digno de aspirar á la suprema dicha de ser amado por la que su alma habia elegido. Era una carta llena de sinceridad, y veíase bien que quien la habia escrito expresaba franca y fielmente los sentimientos de un corazon noble y apasionado.

—Y sin embargo,—decia Virtudes, hablando con su marido despues que Isabel le enseñó, llena de gozo, la carta de Lopez,—ese hombre no parece un enamorado. Lo está indudablemente, porque, eso sí, es incapaz de mentir; pero en verdad te digo que si yo estuviera en lugar de Isabel, habia de inspirarme temor ese hombre.

—En efecto, Lopez—dijo el General—

tiene un carácter singular; pero yo le tengo bien probado, y en él he hallado ocasion de reconocer todos los más nobles sentimientos. Isabel le ama, ¿no es verdad?

—Ya te dije que sí. Tuvimos ayer en el huerto, miéntras os esperábamos, una conversacion de esas que sólo tienen amigas ó hermanas que se quieren mucho, y comprendí que amaba á Lopez. Hay algo de fascinador en ese carácter de Lopez, que tú calificas de singular y yo de oscuro y sombrío. Algun misterio hay en su vida, algun secreto en lo profundo de su corazon, alguna amargura en su alma.

—¿Lo crees así?

—Positivamente. Y más te diré: el carácter de Lopez es más sombrío desde hace algun tiempo, desde que murió su padre.

—Eres terrible observadora.

—No; soy mujer, y las mujeres solemos ver más que vosotros.

—Es natural que le afectase la muerte de su padre y que tan gran desgracia haya amargado su existencia.

—Sí, en efecto, Lopez habrá sentido perder á su padre, pero esa muerte ha señalado en él una huella muy profunda.

—El natural dolor.

—Sí, el natural dolor y algun otro dolor muy hondo.

—¿Qué motivos tienes para presumir...

—Todo es una presuncion.

—Pues yo nada puedo presumir ¿Qué puede haber sabido Lopez al morir su padre, que haya hecho en él tan profunda impresion?

—¿Quién sabe? ¿Tú has visto su partida de bautismo?

—Sí, muchas veces.

—¿Es hijo de legítimo matrimonio?

—A no dudar; consta en su expediente personal, y yo conocí á su padre y á su madre, una señora muy buena, que murió mucho ántes que su marido, cuando todavía era un chico Lopez.

—¿Y era rico el padre?

—Yo no sé á punto fijo; pero pasaba por tener una regular fortunita.

—Entónces Lopez tendrá la fortuna de su padre.

—No le he preguntado, ni él me ha dicho; pero aunque su padre no le hubiese dejado una peseta, no es hombre Lopez que esté prendado del dinero. Nunca le he podido suponer codicioso.

—No, yo tampoco, porque en ese hombre no se puede, en verdad, suponer nada que no sea noble y digno, y sin embargo, es indudable que tiene lo que se llama sombra, algo misterioso que ejerce en su carácter singular y poderosa influencia.

—Sí, es un hombre original. ¿A quién se le ocurre, estando en casa, viendo á todas horas á mi hija, escribir una carta para declarar su amor?

—Eso ya lo explica él mismo.

—Y ¿qué te ha dicho Isabel?...

—Isabel ha dicho poco, pero en su semblante se ve ya hoy la satisfaccion de ser amada. Ahora ya no hay más remedio que casarlos, porque Isabel, á quien el amor curará de su enfermedad, se

moriria irremisiblemente sin ese amor.

—Sí, sí, no hay que vacilar. Yo quiero su vida y su felicidad.

—Su vida sí, pensó Virtudes, su vida sí la tendrás; pero no sé si le está reservada la felicidad.

Cuatro meses despues el capitan Lopez y la hermosa hija del general Ramirez se unian en matrimonio. Radiante ella de hermosura, y él apuesto y bizarro, formaron la pareja más encantadora; y si ellas, las que conocian á Isabel, aseguraban que ésta no podia ménos de ser muy dichosa con su marido, en quien Dios habia juntado todas las más relevantes prendas, ellos, los que admiraban la singular belleza de la recien casada, decian que Lopez era un hijo mimado de la suerte, porque suerte inmensa era y dicha incomparable ser amado de mujer que por su hermosura, por su virtud y su talento podia ufanarse de no tener rival digna de ella.

El General estaba loco de contento, y era felicísimo con su Virtudes, y contem-

plando dichosa á su hija, y libre enteramente de aquella enfermedad que amenazó su existencia.

Pero,—así suele suceder,—cuando era más grande la ventura del caballeroso y digno General, cuando nada ambicionaba ya, cuando acababa de obtener altos honores, cuando esperaba fundadamente ser llamado pasados breves dias á desempeñar el Ministerio de la Guerra, una imprevision le produjo la traidora enfermedad, que al principio pareció levísima indisposicion, consecuencia de haber salido á la calle poco abrigado en una noche de aire aleve y sutil, y era aguda pulmonía, que en breves horas le llevó al sepúlcro.

El aire del Norte no suele hacer daño al pobre y al desamparado, y mata sin compasion al rico y al venturoso. ¡Ni siquiera pudo el General dictar disposiciones testamentarias! Cuando el escribano, llamado por Lopez, llegó á la casa, ni médico ni escribano podian hacer nada en servicio del enfermo: solamente el

ministro de Dios hacía falta á la cabecera de su lecho, y allí estaba, recomendando á la bondad divina un alma que se desprendia de la deleznable materia.

El General, siempre poco previsor, no se habia cuidado de hacer su testamento hallándose en plena salud, que es cuando han de hacerlo los que tengan algo que dejar en el mundo más que el recuerdo de sus buenas ó malas acciones. Toda su fortuna, que era considerable, pertenecia, pues, á su hija, y la viuda quedaba excluida por la ley de toda ventaja, como que no habia tenido hijos del difunto, y éste no se habia apresurado á asegurar su porvenir, ni la habia dotado al casarse con ella, si bien pensó siempre que á Virtudes debia consagrar una buena parte de su hacienda, pudiendo hacerlo sin detrimento de la que habia de ser para su hija.

Virtudes sintió muchísimo la muerte de su marido, lloró sin consuelo, y cuando pasaron algunos dias, al darse cuenta del horrible golpe con que Dios

habia probado su fortaleza, tembló, comprendiendo que se quedaba tan pobre como ántes de casarse.

Precisamente para asegurar su porvenir habia emprendido la conquista del viudo, obteniendo completa victoria; y sin embargo, satisfecha su vanidad y persuadida de haber realizado su deseo, vió con espanto que todo lo tenia logrado menos lo que principalmente se habia propuesto lograr. Esto les sucede á muchos en este pícaro mundo.

—Tú no te separas nunca de mí,—le dijo Isabel con verdadero cariño.

Pero esto no tranquilizó á Virtudes, que no se hacía ilusiones respecto de la benevolencia que podia esperar de Lopez.

Habia completa incompatibilidad de carácter entre Virtudes y Lopez.

Y ahora permitirá el lector que nos separemos de la viuda y de los jóvenes esposos, por ser llegada la ocasion de que se refiera un incidente interesante, que no huelga seguramente en esta verídica narracion.

VIII.

Un marido feliz infeliz.

Años ántes de los en que ocurrió lo que se ha referido, muchos años ántes, vivia en Madrid un honradísimo comerciante, llamado D. Sandalio Gomez, que trabajando mucho, y con una conducta irreprochable, habia hecho un capital muy regular; mérito grandísimo en quien vino á Madrid sin dinero y sin tener valedores ni amigos ni parientes. Enamoróse aquel hombre de una hermosísima doncella, de familia distinguida, aunque no muy holgada de fortuna, y se casó con ella como Dios manda, amándola cada vez más, cifrando toda su ventura en que su mujer fuera feliz y viera satisfechos todos los

caprichos, y siendo un esclavo sumiso más que marido, con lo cual no hay que decir si sería envidiada la afortunadísima esposa, que, como decian sus amigas, habia hecho una suerte loca.

Buen aire dió por cierto al dinero de D. Sandalio, empleándole en lujos y vanidades, con gran contentamiento del excelente hombre, que se ufanaba de que el producto de su trabajo lo invirtiese su mujer en aquello que mejor quisiera. Mas D. Sandalio, con ser tan dichoso, no lo era todo lo que habia soñado, porque su afan fué siempre tener un hijo, y habian pasado tres años, y no venía el ángel deseado; pero á bien que no perdia la esperanza.

Y entre tanto, gastaba con la mayor bizarría su fortuna, y él, que jamás habia ocupado en el teatro mejor localidad que anfiteatro segundo, tuvo abono á palco en los dos principales, y adquirió amistades, ajenas completamente á los negocios en que asiduamente se ocupaba, y recibió una vez cada semana, y entró, en

fin, en las costumbres del gran mundo, que aunque motejaba de *cursi* á D. Sandalio, no desdeñaba su casa ni su trato, porque D. Sandalio, en opinion general, tenía dinero, y en esta sociedad eso es lo que hay que tener, ó hábilmente aparentar tener, para que se le llene á uno de amigos la casa y para ser bien recibido en todas partes.

D. Sandalio estaba aturdido, y tal era su ofuscacion, que hasta llegó á sentir otro deseo, aparte del de la prole: el de cruzar su pecho con una banda azul ó encarnada ó verde, con una banda que le hiciera excelentísimo señor y comunicase á su mujer la mismísima excelencia. A sus reuniones asistian muchos excelentísimos señores con sus respectivas consortes, y humillábale no igualarse con aquéllos en lo de la excelencia, y le mortificaba que á su mujer, su reina, su diosa, que en su concepto era superior á todas las mujeres del mundo, no le pudiese decir el criado: «*S. E. está servida.*»

Y empezó á pensar D. Sandalio en

cómo haria para lograr aquellos honores que exigia su posicion en el mundo. Pensó ser diputado, y en unas elecciones generales dirigióse, por medio de un manifiesto, al distrito á que pertenecia el pueblo de su naturaleza, pidiendo sufragios, como si fuera un alma en pena, y prometiendo hacer por el distrito los mayores sacrificios, y el inocente y cándido candidato creyó asegurar su eleccion consignando en el documento que no estaba afiliado á ningun partido, que era un hombre independiente, que no tenía compromisos ni afecciones en política, mereciendo por esta declaracion una acogida poco entusiasta, en verdad, porque aquellos electores habian aprendido ya que solamente un diputado muy ministerial ó uno de rabiosa oposicion pueden servir de algo, y que á los independientes se les hace, por lo regular, poquísimo caso, porque son como dicen que era la espada de Bernardo, que ni pinchaba ni cortaba.

Sin que se le explique más compren-

derá el lector discreto que D. Sandalio no obtuvo el éxito apetecido en la eleccion. Un candidato desconocido en el distrito, pero muy conocido y bien relacionado en Madrid con los prohombres de la política, le derrotó gallardamente, costándole esta derrota á D. Sandalio algunos cinco mil duros, que le comieron sus agentes en el distrito; bien que ellos dijeron que los habian gastado en el alboroque con que en los varios pueblos tuvieron que obsequiar á los electores, que despues de obsequiarlos el candidato *natural*, votaron al *cunero*. Este desengaño produjo á D. Sandalio una enfermedad, y no se hubiera consolado nunca si un suceso venturoso no hubiese venido á hacerle olvidar la diputacion á Córtes y las marrullerías y malas artes de los palurdos, que le engañaron como á un chino.

Su mujer estaba en cinta. Creyó el hombre volverse loco de felicidad. Un hermosísimo niño vino meses despues á alegrar aquella casa, y más orgulloso es-

taba D. Sandalio con su hijo que hubiera estado con todas las bandas y condecoraciones del mundo. Ya no fué amor lo que le inspiraba su mujer; fué adoracion, idolatría. Trabajó con más ahinco, desplegó toda la actividad de que era capaz, hizo viajes al extranjero, tomando parte en negocios de consideracion, y todo su afan fué reunir la mayor suma posible de capital para su mujer y para su hijo.

Y así pasaron los años, y D. Sandalio vivió feliz. Pero un dia volvió sombrío á su casa, y desde aquel dia pareció que la felicidad habia concluido para él; desde aquel dia miró con enojo á su mujer y á su hijo, que eran los séres que más habia amado en el mundo, y descuidó sus negocios y se empeñó en ruinosas empresas, y perdió de prisa mucho de lo que poco á poco habia ganado, y su capital fué mermando considerablemente.

Y más adelante, solia encerrarse con su mujer, y despues de largas horas, la esposa aparecia con los ojos encendidos,

quemados por el llanto, y D. Sandalio no podia ocultar su exaltacion.

Era, sin duda, algo horrible lo que pasaba en aquella casa. El hijo de aquel desventurado matrimonio, que ya tenía quince años, estaba en un colegio recibiendo brillante educacion. Un dia don Sandalio envió una carta al director del colegio, que, no bien se enteró de ella, llamó al hijo del comerciante, y le manifestó que éste habia resuelto que no continuase en el colegio, y con sentimiento le trasmitia la órden paterna para que recogiera sus ropas y sus libros y volviese á su casa. Así lo hizo el muchacho, sintiendo tambien salir de un colegio donde se encontraba perfectamente y habia cobrado singular afecto á sus profesores y condiscípulos. Volvió á su domicilio, acompañado de un dependiente del colegio, que llevaba á D. Sandalio la contestacion del director, y con sorpresa vió gran número de personas agrupadas delante de la puerta de la casa de su padre, y acercándose para entrar, contempló una triste escena.

Dos agentes de la autoridad sujetaban á D. Sandalio, que hacía violentísimos esfuerzos para desasirse y les increpaba en términos impropios de un hombre que siempre habia sido apacible y prudente. Abrióse paso el jóven, y corrió á abrazar á su padre, exclamando:—¿Qué es esto, padre mio?—Y aquel fué el momento más terrible, porque D. Sandalio abrió desmesuradamente los ojos con espanto, miró á su hijo, pronunció con ronco acento palabras que no se comprendieron, y cayó, falto de sentido, en brazos de los agentes, que teniéndole sujeto, libráronle acaso de que se rompiera el cráneo en la acera. Aprovechóse aquella circunstancia para subirle á su habitacion, y entónces la desdichada esposa se enteró de lo que habia pasado.

Don Sandalio se habia arrojado por el balcon, siendo recogido en la calle por los agentes y los transeuntes, y dando, al ser preguntado, evidentes señales de enajenacion mental, pues insultó á los dependientes de la autoridad y á los curiosos,

dijo mil disparates y profirió terribles amenazas contra todos los que le hacian alguna observacion en aquel momento ó le dirigian alguna frase de consuelo. Hubo que sujetarle para evitar que se arrojara sobre alguno.

La mujer de D. Sandalio hallábase enferma en un aposento distante del despacho de su marido, y nada habia podido saber. Los balcones de sus habitaciones daban á otra calle. Solícita acudió á su marido, que al cabo de una hora abrió los ojos y miró á los que le rodeaban sin reconocerlos, y no contestó á las preguntas que se le hicieron, como si no se diese cuenta de lo que veia ni entendiera el lenguaje que se le hablaba.

Interrogóle el juez acerca de los motivos que le habian impulsado al suicidio, y no contestó; miró al representante de la justicia con esa mirada triste y temerosa de los dementes; sonrió luégo, y por último, inclinó la cabeza, clavó la vista en el suelo, y en esta actitud permaneció horas enteras, indiferente á los halagos y caricias

de su hijo, á los cuidados de su mujer y á las instancias de los médicos y de los amigos que acudieron á la casa en sabiendo el lance.

Los médicos reconociéronle y convinieron en que D. Sandalio habia perdido la razon.

Y no volvió á recobrarla el infeliz.

Preguntaron á su mujer si podia señalar indicio alguno por donde se pudiera hallar el orígen de la locura del desventurado, pero la mujer nada dijo: sin duda el orígen de aquel tan grande infortunio no podia decirse; no lo podia decir la esposa del pobre que lo sufria.

Acaso no era el loco el más desgraciado, aunque sea la mayor desgracia vivir privado de razon: su mujer era más desgraciada que él. Ella sabía por qué se habia cubierto de eterna sombra el cerebro del desventurado; ella sabía qué agudísimo, incomparable dolor habia herido el corazon del hombre que tanto la amaba, y no lo podia decir; ella sufria mucho más que el loco, que no volvió á caer en

terribles abcesos, que fué cinco años el loco más humilde. La fortuna de D. Sandalio habia quedado reducida á muy poco, á tan poco, que, á los tres años de su enfermedad, la esposa tuvo que malvender sus galas para atender á los gastos de la casa y á los de la carrera de su hijo, que estudiaba medicina, y al comenzar el último año de aquella tristísima existencia, carecia la desdichada de todo recurso. Don Sandalio, que ántes de que se declarase su locura se habia hecho pródigo, tiró materialmente el dinero, que lo mismo era darlo á personas sin más garantía que su palabra, con lo cual dicho se está que no hubo ninguno de los favorecidos que, cuando le vieron privado de razon, se apresurase á reintegrarle cantidades que el demente no habia de reclamar.

Y como ni su mujer ni su hijo estaban enterados en los asuntos del desventurado, ninguna reclamacion pudieron hacer, careciendo de antecedentes y de comprobantes. Y la miseria, con todos

sus horrores, entró en aquella casa, que ántes fué la casa de la prosperidad y de la ventura.

Procuró la pobre madre con su trabajo obtener lo preciso para la vida del demente y de su hijo; pero si el trabajo de la mujer que sabe trabajar es siempre poco productivo, ¿cómo habia de serlo el de la que habia perdido todo hábito de trabajo y sufria la pesadumbre de amarguísimas penas? El hijo infeliz de D. Sandalio quiso ayudar á su madre, y algo consiguió ganar sirviendo de amanuense en una casa de comercio las horas que le dejaba libres el estudio de la Medicina; pero todo era insuficiente, y si se hubiera prolongado más tiempo la existencia del loco, habria sido preciso que la caridad se hubiese hecho cargo de él; pero al terminar el año quinto de la enfermedad, el pobre D. Sandalio se extinguió en brazos de la desolada esposa, sin haber vuelto á reconocerla desde el dia en que la facultad le declaró loco oficialmente, digámoslo así, porque loco estaba ántes de que la fa-

cultad lo declarara, y bien lo sabía su desventurada compañera.

Ésta sobrevivió á su marido cuatro dias. En el mismo jergon en que habia muerto el loco se encontró el cadáver de la que un tiempo fué la más hermosa, la más bizarra y seductora mujer de Madrid. Los médicos que reconocieron su cuerpo certificaron que habia muerto la triste á consecuencia de la rotura de un aneurisma, y á nadie extrañó este fin de una existencia tan penosa y desdichada como habia sido en los últimos cinco años la de la esposa del demente.

El jóven huérfano habria pasado por la horrible amargura de ver conducir el cadáver de su madre querida en la caja de los pobres de la parroquia, y hubiese ignorado siempre en qué lugar de la fosa comun descansaban aquellos tristes despojos, si no hubiera recibido, bajo un sobre, un billete de cuatro mil reales el dia siguiente al del fallecimiento de la viuda de D. Sandalio. Acompañaba al billete un papel, en el que el huérfano leyó estos

renglones: «Para que dé V. decorosa sepultura á su madre, restituye á V. esos cuatro mil reales quien se los debia á su señor padre. Tenga V. fe y esperanza, y sea hombre honrado.»

El huérfano, sabiendo que su padre habia hecho muchos préstamos á no pocas personas sin recoger de las mismas documentos que acreditaran la deuda, creyó firmemente que aquella cantidad tenía esa procedencia, y bendijo al hombre de bien que en tan dolorosos instantes le hacía tan oportuna restitucion. Cumplió la voluntad de su incógnito favorecedor, y el cuerpo de su madre fué decorosamente conducido al campo del reposo y sepultado en sitio preferente. Y despues, no habiendo empleado toda la suma, áun pudo pagar modesto funeral y misas en sufragio de las almas de sus padres, que tan corto tiempo habian tardado en reunirse en el reino de la verdad.

Siguió sus estudios el jóven, viviendo en gran estrechez, pero con la fe y la esperanza que le habia recomendado el

anónimo donante de la suma que se ha citado, tuvo ánimo para sufrir, y ni un momento cedió su espíritu al desaliento, hasta que, mal alimentado y sin abrigo, adquirió en un cruel invierno peligrosa enfermedad, que le puso al borde del sepulcro. Venció la naturaleza vigorosa de los pocos años, y como los pobres no pueden permitirse cómoda convalecencia, Roman, que ya es tiempo de decir el nombre del huérfano, apénas salió de su enfermedad, volvió á dedicarse á su estudio y á sus trabajos de amanuense, bien ajeno de que pocos dias despues habia de cambiar completamente su situacion, y habia de hallarse dueño de una fortuna quien no tenía casi ni lo más preciso para la subsistencia.

Una noche, porque de dia nunca estaba en casa, cuando volvia á la guardilla donde dormia, que en ella le tenian cedido un cuartito los inquilinos de tan miserable vivienda, marido y mujer, tan honrados y buenos como pobres, díjole su patrona:

—Don Roman, mañana tiene V. que estar en casa á las dos.

—¿Para qué?...—preguntó el jóven;—¿tienen ustedes algun banquete y me convidan?

—No, señor, pero es preciso que esté usted aquí á las dos. Van á venir dos personas que con precision necesitan ver á usted.

—¿Dos personas?... Pues yo no puedo estar aquí á las dos. Para esperar á esas personas tendria que dejar de ganar mañana la peseta que me da el bueno de don Simon por escribir las cartas á sus corresponsales. Es un hombre de muy mal genio, y por faltar un dia sería capaz de enviarme noramala y dar á otro mi plaza. Así como así, todos los dias van pretendientes.

—Pues ello es preciso. Son dos caballeros, es decir, un caballero y un cura...

—¡Hombre! tambien el cura será caballero.

—Sí, sí, señor, eso quise decir. El caballero es jóven todavía, aunque no

tanto como V.; viste de luto, es muy buen mozo, con unos ojos hermosísimos, y digo á V. que infunde respeto; serio, grave, un aspecto de hombre de bien y de suposicion. Debe ser un personaje y debe tener mucho talento.

—¿Y el cura?

—El cura parece un buen señor.

—¿Y para qué quieren verme?

—Me han dicho que les espere V. mañana sin falta á las dos, porque han de hablarle de un asunto que le importa mucho. No pueden venir á cosa mala, no, señor; apostaria cualquier cosa, y no tengo nada, á que vienen á hacer á usted algun beneficio.

—¿Han dicho algo por donde V. comprenda que se trata de hacerme favor?

—No, señor; nada han dicho.

—¿Ni sus nombres siquiera?

—Ni sus nombres.

—Me hace V. entrar en curiosidad.

—Por Dios pido á V. que no falte mañana á las dos. Yo les he prometido que estará V. aquí, y V. no va á dejarme más

fea de lo que soy. ¿Con qué cara les digo cuando vengan que no está V. en casa?

—Bien, estaré; pero mañana no gano la peseta y no cómo.

—¡Válgame Dios!

—Ni les pago á VV. el real de cuarto y cama.

—Eso es lo que ménos importa, y en cuanto á comer, quiere decir que echaré yo unos cuantos garbanzos más en el puchero, y un par de patatas, y come usted con nosotros.

—Bien decia yo que mañana tenian ustedes banquete.

—Banquete no, pero buena voluntad sí que la tenemos, y ojalá pudiéramos ofrecer á V. algo bueno. Usted sí que va á tener mañana un alegron.

—¿Sí? Buena falta me hace, pero no lo espero.

—Me lo dice el corazon, y no me engaña nunca.

—Ahora me parece que el corazon no dice á V. la verdad.

—Vamos, que si no fuera cosa de im-

portancia, no tendrian esos señores tanto interes en ver á V. Y como uno de ellos es un cura, se me ha puesto entre ceja y ceja que se trata de una herencia ó cosa por el estilo.

—¿Herencia? ¿De quién?

—¡Toma! ¿quién sabe? A lo mejor, eso le pasa á cualquiera, se muere allá en las Américas un tio que nadie habia oido hablar de él, y le deja á su sobrino, sin conocerle, cinco ó seis millones.

—Pues no echa V. cuentas poco alegres...

—Usted lo verá, y no se ha de tardar mucho.

Y en efecto, acertó la buena mujer.

A las dos del dia siguiente entraban en la guardilla las dos personas que el dia ántes habian ido á buscar á Roman.

—El objeto que aquí nos trae—dijo el caballero de quien tanto elogio hizo la patrona de Roman—está explicado en muy breves palabras. Una persona, cuyo nombre no estamos autorizados á revelar, nos ha comisionado para que entreguemos á

usted este documento, que acredita el depósito de 25.000 duros en el Banco de España á nombre de V., que puede disponer de ellos libremente, como quiera.

El jóven no acertaba á murmurar una frase. Tan grande era su sorpresa.

—No tenga V. escrúpulo alguno—continuó el desconocido—en recibir este documento.

Roman estaba aturdido. Aquélla era una impresion demasiado fuerte.

—Caballero—dijo al fin—yo no sé... Ese dinero es mucho...

—Este dinero es legítimamente de usted.

—Pero ¿quién es quien me da ese dinero?...

—Ya he dicho á V. que no revelarémos su nombre.

—Y VV., que vienen á darme esta inmensa fortuna, esta felicidad que nunca pude soñar, ¿quiénes son? ¿No lo sabré tampoco?

—¡Quiera Dios—dijo el caballero—que en efecto sea este dinero la felicidad

para usted! Suele no ser el dinero la felicidad.

—Otra vez—añadió Roman—he recibido una suma no tan grande, pero que vino oportunamente á evitarme un gran pesar.

—Acaso esa suma que recibió V. tenía igual procedencia que ésta.

—Fué en la triste ocasion de la muerte de mi madre, cuatro dias despues de haber muerto mi padre. Recibí bajo sobre, y con un papel escrito, que siempre conservo, 4.000 reales, destinados á dar decorosa sepultura á la pobre mártir.

Y Roman sacó de su cartera y mostró al desconocido el papel á que se referia.

El caballero leyó lo escrito, y devolvió el papel al jóven, diciéndole:

—En efecto, igual procedencia tenía la pequeña suma que en aquella ocasion envió á V. la persona que hoy envia á usted esta otra. Cumplida nuestra mision, nos despedimos de V. No tengo derecho alguno para dar á V. consejos; pero us-

ted no se enojará seguramente si le digo que deseo no le desvanezca la fortuna; que no abandone V. sus estudios, porque el hombre ha de ser algo, ha de tener una profesion, aunque tenga fortuna, que puede faltarle. Procure V. conservarla y aumentarla honradamente, y sea V. feliz.

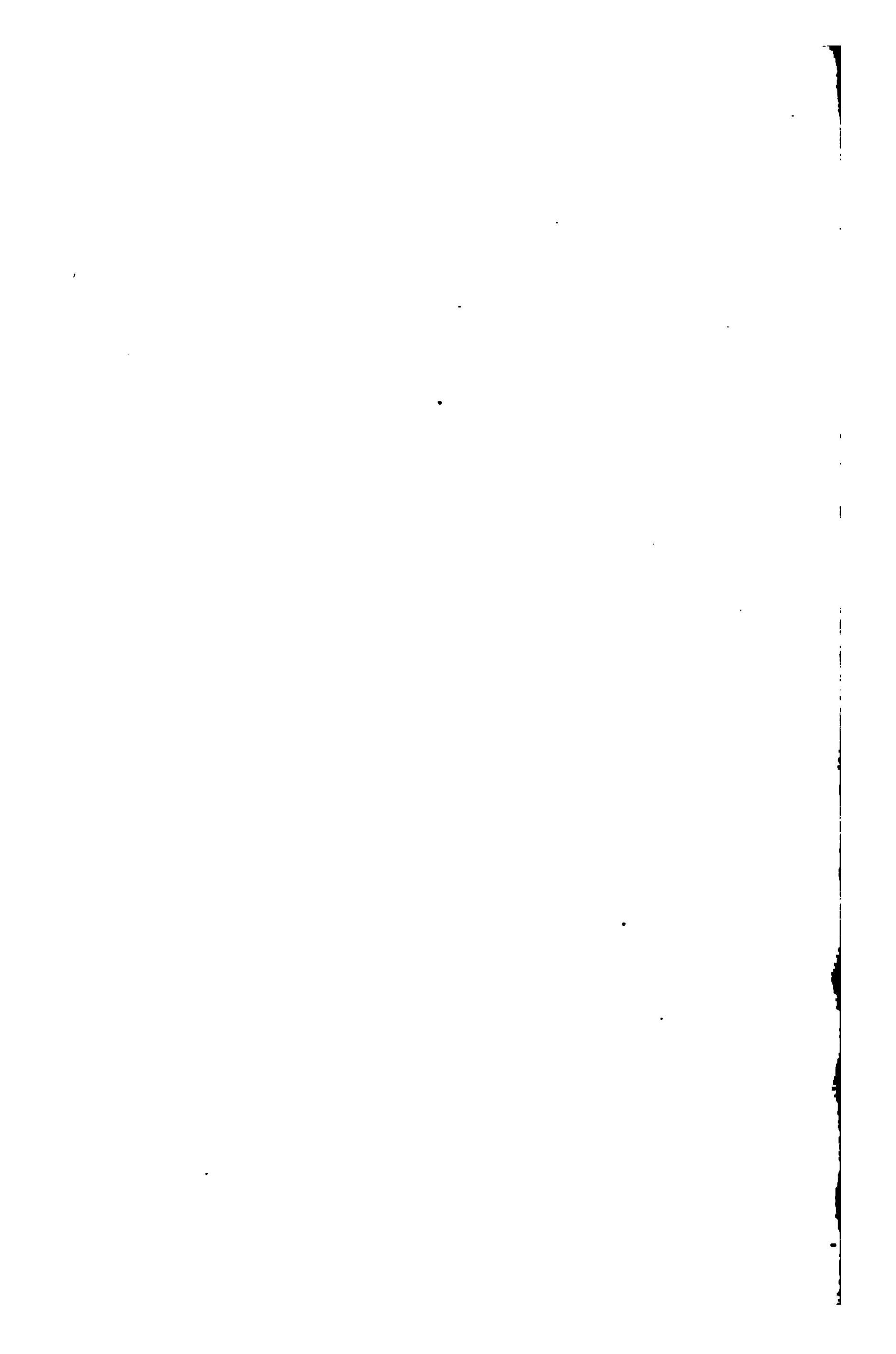
—Caballero,—dijo Roman,—no puedo expresar á V. lo que siento en este instante. Yo prometo á V. ser hombre honrado. Bendiga Dios á quien de esta suerte y por tan singular manera me favorece. Bendiga Dios á las dignas personas que vienen en su nombre á entregarme esta fortuna. Y ahora, por Dios, suplico á ustedes que me digan sus nombres, para que eternamente los grabe la gratitud en mi corazon, ya que no puedo saber el de mi bienhechor.

—Yo soy un humilde sacerdote—dijo el que acompañaba al desconocido;—mi nombre es José García, el nombre de cualquiera.

—Yo me llamo Gomez, ó Fernandez,

ó Martinez, ó Lopez, ó como V. quiera,— dijo el caballero.

Y estrechando con afecto la mano del huérfano, salió de la guardilla, seguido del sacerdote.



IX.

Cómo se rompe la felicidad.

—Señora,—habia dicho el marido de Isabel á Virtudes,—creo interpretar fielmente los sentimientos de mi mujer, diciendo á V. que la casa de nuestro difunto padre es la de V., y en ella puede permanecer cuanto tiempo quiera, ó siempre, con mucho gusto nuestro.

—Gracias, Lopez,—habia contestado secamente la Generala, profundamente herida en su amor propio.

Comprendia que, con el ofrecimiento que le hacía el marido de la hija del General, queria significarle que ya no era suya la casa de su difunto esposo; que si

continuaba en ella sería por tolerancia de sus dueños, y, por consiguiente, desde aquel punto cesaba la autoridad que habia ejercido en vida del malogrado General, siempre sometido á la voluntad de su mujer.

—Yo siento mucho—dijo Lopez á la Generala—que su esposo de V. no haya hecho testamento, porque indudablemente no hubiera dejado de repartir entre V. é Isabel su fortuna, por que era grande y profundo el amor que á V. tenía; pero siendo legalmente de Isabel toda su fortuna, pudiera ella hacer lo que no hizo su padre, porque no pudo, y ceder á V. una buena parte de lo que le corresponde. No me opondré seguramente, si así lo desea Isabel...

—Pero me opondré yo,—observó con altivez la Generala.—Y ruego á V. que no hablemos ya de cosas que me son por todo extremo desagradables. Sé perfectamente lo que V. piensa respecto de mí y lo que tengo que hacer.

Virtudes manifestó á Isabel su propó-

sito de no seguir viviendo en aquella casa; y como era de presumir, Isabel, ligada estrechamente á la mujer de su padre, se opuso resueltamente á separarse de ella. Eran demasiado fuertes los lazos que unian á las dos mujeres, que habian vivido como hermanas cariñosísimas, para que pudiera Isabel romperlos sin dolor profundo de su corazon. Bien lo sabía Virtudes, y con fundamento presentia que en la lucha con Lopez ella habia de triunfar, bien que Lopez era de un carácter enérgico, decidido, y en toda ocasion demostraba la firmeza de su voluntad.

No estaba bien avenido Lopez con los hábitos y costumbres de la Generala, que eran los de Isabel. Preferia la modestia al lujo y la ostentacion; hallábase mejor en su hogar, cuando sus deberes militares le dejaban libre, mejor que en la casa ajena, y la compañía de su mujer y de sus libros la estimaba más que la de personas extrañas en las reuniones y saraos, á que tan aficionadas habian sido Virtudes y la hija del General, y á los que

volverian seguramente, pasado el año de luto por la muerte del pobre Ramirez.

Queria Lopez que su mujer fuera lo que vulgarmente se llama una mujer de su casa; no queria que se derrochara en vanidades la fortuna heredada, que entendia conveniente conservar íntegra para sus hijos, si los tenía, como era de esperar, puesto que ya estaba en cinta Isabel; hastiábale sobremanera oir hablar de modas, y le sublevaba la enormidad de los precios á que vestian á su mujer modistas extranjeras, que podian ser ventajosamente suplidas por modistas españolas, más modestas y tan hábiles como aquéllas; deseaba que su mujer prescindiese de toda cosa frívola y superficial, y comprendiera los altos deberes de esposa y madre, y con ánsia esperaba el nacimiento de su hijo, porque suponia que el supremo amor maternal habia de modificar completamente el carácter de Isabel, hecho á semejanza del de Virtudes, que nunca tuvo hijos, y siempre habia sido egoista y refractaria á los dulcísimos

sentimientos, que son la más encantadora hermosura de la mujer.

Notábase en Isabel un defecto, que era, en concepto de su marido y de toda persona sensata, lamentable por todo extremo. Su educacion religiosa habia sido deficiente, y no digamos que era Isabel incrédula, pero sí podremos decir que era casi indiferente. Su padre, ocupado en sus intrigas políticas, habíase cuidado poco de la educacion religiosa de Isabel, y ésta, solo en vida de su madre, y cuando era una niña, habia aprendido la doctrina cristiana.

Virtudes no habia reparado en esta falta de la educacion de la hija de su marido. No era ella tampoco ferviente devota, ni mucho ménos. Lopez, que tenía arraigadas creencias religiosas, no era, á la verdad, un mojigato, ni hacía alarde innecesario de su devocion; pero, buen católico, en Dios ponia la fe de su corazon, y á Dios elevaba el espíritu en sus diarias oraciones, oraciones que no rezaba con él su esposa, que hacía largos años habia per-

dido la costumbre de rezar. Y Lopez creia, con razon, que la indiferencia religiosa, censurable en un hombre, es verdaderamente gravísimo defecto en una mujer, aunque sea, por lo demas, buena y honrada, como seguramente lo era la suya.

Virtudes reiteró cien veces su propósito de separarse de los esposos; pero otras tantas Isabel se opuso resueltamente, y Lopez, que deseaba evitar á la que iba á ser madre disgustos que pudieran comprometer su salud, unió sus instancias á las de Isabel para que la Generala no realizase su propósito; mas esto no bastaba á Virtudes, ofendida y deseosa de venganza; no le bastaba que Lopez le suplicára; habíase propuesto que el mismo Lopez fuera humildemente á buscarla y á llevarla al lado de Isabel, de quien queria verla léjos.

Un dia Virtudes, que habia vuelto á insistir en su propósito como tantas veces, pareció ceder á las súplicas de Isabel y de Lopez; pero luégo salió de casa, fuése á

la de una de tantas amigas como tenía, y desde allí escribió á Isabel una ternísima carta de despedida, suplicándole al propio tiempo que le enviase sus ropas y todos los objetos de su pertenencia.

Isabel se volvió loca; gimió, lloró, culpó á su marido de verse privada de su mejor amiga, le increpó con singular dureza, y fué tal su exasperacion, que sufrió un accidente, con lo cual el bueno de Lopez ya no supo lo que le pasaba, y él mismo se hizo mil reconvenciones; para calmar á su mujer, á la que pronto iba á dar á luz el deseado vástago, prometió solemnemente ir en persona á buscar á Virtudes y traerla otra vez á casa, de donde no volveria á salir.

Y lo hizo como lo dijo. Fué á buscar á Virtudes; por Dios y por todos los santos le pidió que no abandonara á Isabel; suplicó que le perdonase si en alguna ocasion le habia podido disgustar, y poco le faltó para pedir gracia postrado de rodillas ante la soberbia y altiva viuda del padre de su mujer. Cedió al fin Vir-

tudes, en atencion al estado en que se hallaba Isabel, y protestando que, despues que ésta diese á luz el primogénito, saldria de aquella casa, donde no queria estar.

Calmóse Isabel, recibiendo á Virtudes con grandes demostraciones de alegría, y no hubo novedad en la casa que merezca referirse hasta que llegó el dia del alumbramiento. La pobre Isabel sufrió mucho; su vida estuvo en peligro inminente, y dió á luz un niño muerto.

No hay con qué pueda compararse la desesperacion del amantísimo padre, que tenía puesta su esperanza toda en aquel niño. Era verdaderamente conmovedora su situacion, y temieron las personas que le rodeaban que perdiera la razon ó atentara á su existencia. Esto, no perdiendo Lopez la razon, no podia temerse, porque era profundamente católico, y el suicidio es incompatible con las creencias religiosas. El que cree en Dios no atenta á una existencia que no le pertenece, y al fin halla en su fe toda la fortaleza ne-

cesaria para sobrellevar las penas de la vida. La fe religiosa dió al fin resignacion á Lopez, y conformándose con la voluntad divina, volvió la calma á su espíritu.

Però áun le esperaban duras pruebas. Virtudes continuó ejerciendo influjo decisivo en el ánimo de Isabel, y pronto se vió turbada la paz del matrimonio. La Generala volvió á expresar sus deseos de vivir independiente, y habilísimamente puso de relieve á los ojos de la inexperta esposa los defectos que, en su concepto, tenía Lopez.

—A mí me da miedo ese hombre,— decia á Isabel.—Es tu marido, y Dios me libre de indisponerte con él; por hombre de bien le tengo, y creo firmemente que te ama; pero su carácter tétrico, su austera severidad, sus costumbres, que son, á no dudar, muy buenas y muy santas, no se avienen con mi carácter franco, abierto, expansivo. Antes de casarte, ya dije á tu padre que tu marido tenía sombra; que en su vida habia algun

misterio grave que me daba miedo; pero como te amaba y le amabas, quise que fuera tu marido, que seguramente no lo habria sido si yo me hubiese opuesto, porque tu padre no hacía, bien lo sabes, más que mi voluntad, y solamente consideraba acertado lo que yo pensaba. Tú debes amarle y le amas; haces muy bien, y debes sufrir sus rarezas, y vivir como vives, casi como una pobre, teniendo gran fortuna; pero yo no soy su mujer, y no tengo ninguna obligacion de acomodarme á sus gustos. Es que soy una loca, ya lo sé, indómita y rebelde; pero, ¿qué quieres? ya no estoy en edad de cambiar de carácter; y luégo soy libre, enteramente libre, viuda, sin hijos, sin dinero, y quiero comerme la miseria de mi viudedad como se me antoje, y sin que nadie moteje mis aficiones y censure mis actos. Esto ha de ser, hijita mia; tú te quedas con tu maridito, que te quiere mucho y tú le debes corresponder, y yo me voy á ver gente, á hacer visitas, á frecuentar la sociedad, porque no quiero morirme de

hipocondría viendo el rostro perfecto y grave del Sr. Lopez.

Con este y otros discursos por el propio estilo desesperaba á Isabel la traviesa Generala, y luego aquélla, bajo la impresion de las intencionadas observaciones de su madrastra, no ocultaba su disgusto, y no siempre recibia á su marido con aquel afecto y aquella ternura que toda esposa honrada debe al compañero que ha elegido su corazon.

Isabel, que habia parecido humilde, comenzó á manifestarse altiva; ya no oia en silencio y atenta las siempre cariñosas reflexiones del prudente y amante esposo; ya le replicaba con mal aire, y no era Lopez hombre de tolerar réplicas injustas á razones sensatas y oportunas. De aquí contínuas enojosas disensiones, y así, más tarde, la actitud de Isabel fué francamente de rebelion á la voluntad de su marido.

Virtudes aparentaba sufrir mucho viendo tan desunido un matrimonio que, segun su frase, tan dichoso podia ser; hipócritamente reprendia á Isabel y le

encarecia la obligacion en que estaba de mostrarse en toda circunstancia enteramente sumisa al dueño de su amor, y no murmurar siquiera, aunque alguna vez pudiera ser injusto Lopez.

Un dia que los esposos habian tenido ágria discusion por una nimiedad, Virtudes entró, con su mantilla puesta, en la habitacion en donde se hallaban, y abrazando á Isabel, le dijo con acento conmovido:

—Me voy, Isabelita; no puedo ver en calma lo que aquí pasa. Por tí hice el sacrificio de quedarme aquí; pero ya no estaré un momento más, y es inútil que me busques luégo. Vendré á verte de cuando en cuando, si lo permite tu marido, y tú irás á mi casa, si él lo tolera; pero no me exijas que viva bajo el mismo techo.

Isabel, que estaba en aquel instante sumamente excitada, expresó su inquebrantable propósito de retener en casa á la viuda y no separarse de ella nunca. Lopez, á quien habian irritado grandemente injus-

tas reconvenciones de su mujer, observó que no habia razon alguna para detener y contrariar á la Generala. Insistió ésta; no cedió Isabel; apoyó Lopez como muy conveniente la decision de Virtudes; culpó Isabel á Lopez de que Virtudes tomase la determinacion de abandonarla; protestó Virtudes, negando lo que Isabel decia; Lopez, en el calor de la enojosa contienda, dijo que hacía mucho tiempo que Virtudes debia haberse ido á vivir en otra parte; encaróse Virtudes con él, díjole cosas duras; Lopez observó que no podia olvidar el respeto que se debe á las mujeres, y no contestó á sus inconveniencias; con esto se irritó más la viuda, y le reprochó sinnúmero de rarezas y excentricidades, provocando ya una escena violenta, que hubiera sido escandalosa, si Lopez no hubiese tenido tanto dominio sobre sí mismo. En fin, de inconveniencia en inconveniencia, llegaron Isabel y Virtudes al mayor extremo, é irritadas más y más por la serenidad de Lopez, por sus oportunísimas y discretas

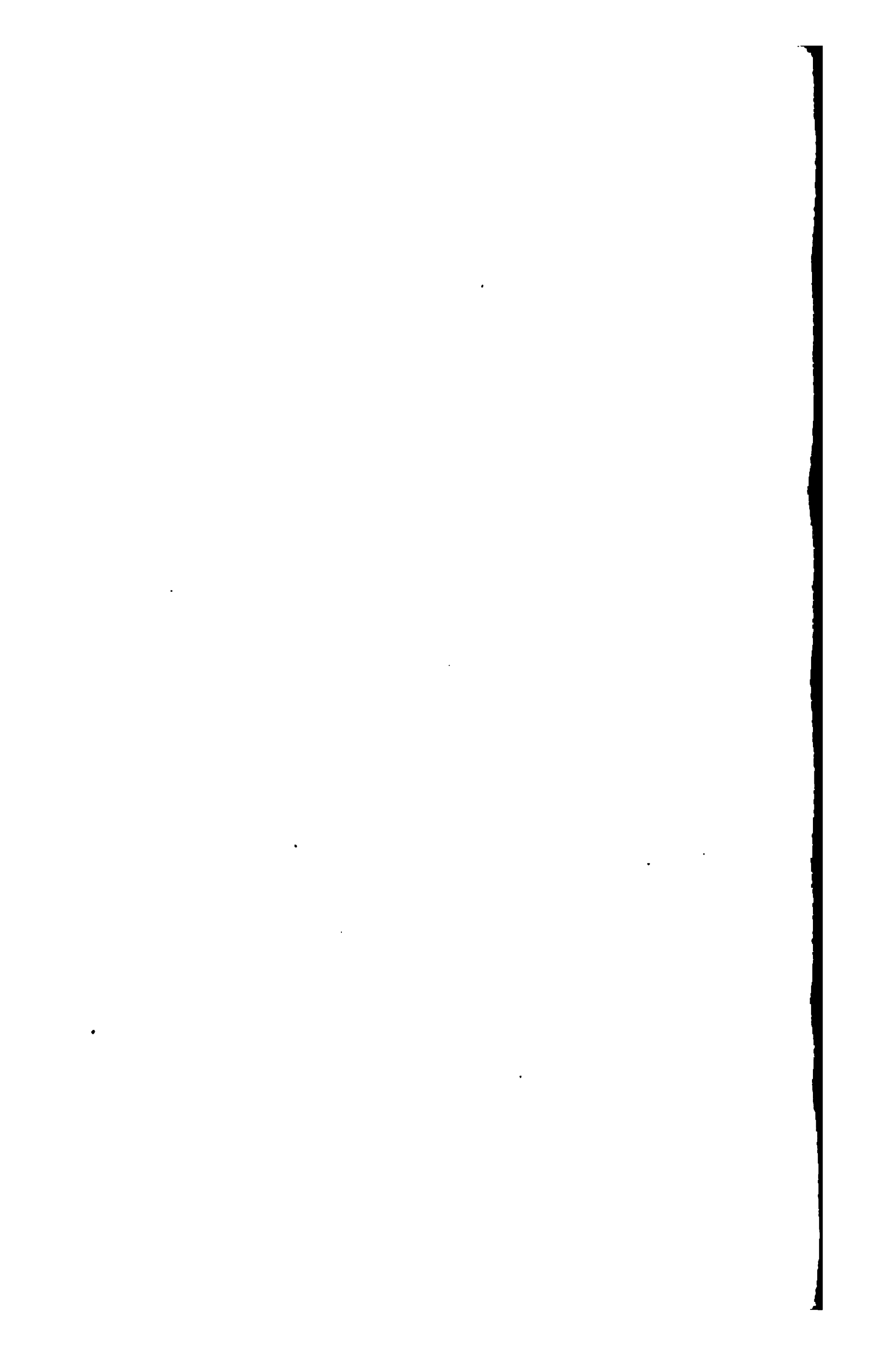
contestaciones á los verdaderos dislates con que las dos mujeres querian excitar su cólera, llegaron hasta acusarle de su pobreza, de haberse casado sin tener fortuna; horrible insulto, que no podia tolerar un hombre tan pundonoroso, tan digno, tan noble como lo era el distinguido ayudante del difunto General.

Lopez, que al oir la grosera injuria afrentosa hizo un movimiento como para lanzarse sobre Isabel, contúvose, miró de alto abajo á las dos mujeres, y en una actitud llena de dignidad, con reposado acento exclamó:

—Isabel, basta ya. No es esta señora quien ha de salir de aquí; yo soy quien ha de salir; yo, que soy pobre y no puedo estar unido á quien me echa en cara su miserable riqueza, una riqueza que abomino y desprecio, y de la que, por suerte, no he hecho ningun uso hasta ahora. No volverás á verme; y si algun dia nos encontramos, no vengas á hablarme, porque yo jamás he de cruzar mi palabra honrada con la tuya. Te amo mucho, te amo

á pesar de tus defectos, te amo con delirio; pero me arrancaria el corazon si pudiera ser tan débil, tan cobarde y tan miserable, que prefiriese mi amor á mi dignidad.

Y salió de la estancia, y poco despues, de la casa.



X.

A Cuba.

Isabel creia que Lopez no iba á hacer lo que habia dicho. La inexperta Isabel no conocia á su marido. Virtudes lo creyó firmemente.

Pasó un dia y otro y otros, y Lopez no volvió.

Cuando salió de su casa dirigióse al Ministerio de la Guerra, se anunció al Ministro, que le conocia y le distinguia mucho, y tranquilo, sereno, como si nada le hubiera ocurrido, pidió á su jefe que le destinara inmediatamente al ejército de la Isla de Cuba, donde por entónces acababa de lanzarse el grito inicuo de

insurreccion, y á donde el Gobierno procuraba enviar numerosas fuerzas.

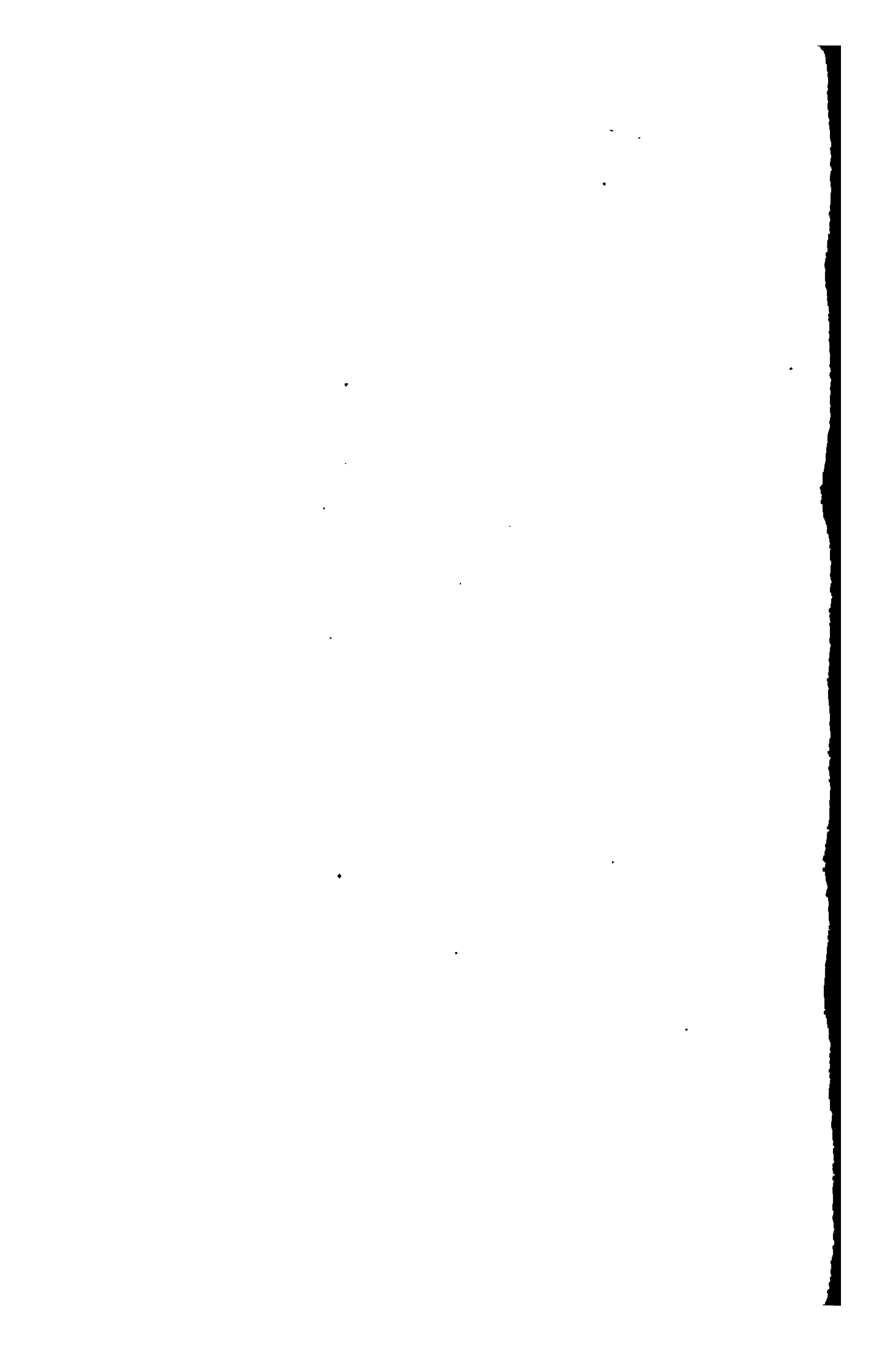
Alguna observacion hizo el Ministro á Lopez, de quien sabía que estaba muy enamorado de la mujer con quien se habia unido; pero el bizarro militar, excusando hablar de su mujer, se manifestó tan resuelto á servir á la patria allí donde mayor peligro habia, que el Ministro le ofreció ocuparse el mismo dia en designarle un puesto en el ejército de Cuba, á fin de que, como deseaba, pudiera embarcarse en el vapor que tres dias despues habia de salir de Santander conduciendo soldados en gran número.

El dia siguiente Lopez tomaba asiento en el tren que iba á salir de la Estacion del Norte, y allí le despedia únicamente un anciano sacerdote. Este le reprendia dulcemente por su resolucion de emprender tan largo viaje, pero Lopez contestaba, tambien dulcemente, al cura que no podia desistir de su propósito. Hablaror mucho durante el tiempo que el tren per maneció dentro de la Estacion; luégo

cuando ya iba á ponerse en marcha, Lopez abrazó con efusion al sacerdote; éste bajó del coche al andén, estrechó una vez más la mano del bizarrísimo militar, y despues le bendijo cuando el tren salió majestuosamente de la Estacion.

Y al mismo tiempo que se retiraban del andén las afligidas madres que habian ido á despedir á sus hijos, humildes soldados, héroes anónimos, que iban, mártires del deber, quizás á perder la vida en la horrible contienda, salió de la Estacion el cura, tambien profundamente conmovido.

—¡Pobre Lopez!—murmuraba;—merecia ser feliz.



XI.

Donde volvemos á hallar al hijo de D. Sandalio.

Isabel lloró, lloró mucho, se desesperó, se hizo mil rencovenciones por haber agraviado tan fea é injustamente á su marido, que era tan bueno, tan honrado, tan digno de ser querido. Pero Virtudes, que tan poderoso ascendiente ejercia sobre la hija de su difunto esposo, tomó á su cargo consolarla y hacerle llevadera su suerte, y casi la convenció de que un hombre verdaderamente amante de su mujer no la abandona como lo habia hecho Lopez. Observaba Isabel que era enorme la magnitud de la afrenta que habia lanzado al rostro de su marido, y Virtudes respondia que Lopez no tenía corazon y que el

amor verdadero nunca es cruel ni vengativo.

Bien sabía ella que convencer á Isabel de que Lopez no la amaba era el medio seguro de que la esposa, herida en su amor propio de mujer, desechara los escrúpulos de su conciencia, que la culpaba de no haber obrado cuerdamente injuriando al que por ningun concepto merecia ser tratado con tan notoria sinrazon.

Virtudes extremó sus cuidados y su cariño; como una madre amantísima, se ocupó en hacer agradables las horas á la esposa abandonada, y ésta, tipo el más perfecto de la debilidad femenil, acabó por secar sus ojos, y por prestarse á acompañar á Virtudes, y por dejarse llevar á donde ésta quiso, que no fué á parte mala, sino á los paseos y á las reuniones y á los teatros. Ya no hubo quien le hiciera observaciones sobre las vanidades mundanas; al contrario, la Generala le habló de su posicion en la sociedad; de la necesidad de presentarse como corres-

pondia á la hija de una persona tan distinguida como fué el General Ramirez, y que tan considerable fortuna le habia dejado.

Y además, era preciso que con su retraimiento, con su alejamiento del gran mundo, no diese lugar á que la malicia supusiera cosa que fuera en detrimento de su honor, atribuyendo la determinacion de Lopez á causas de cierto linaje. Várias amigas suyas tenian tambien en las Antillas á sus maridos; no habia cosa más natural. Los militares tienen que ir á donde se les manda, y eso era lo que todos creerian que habia sucedido á Lopez. Y yendo á lejano país, á tomar parte en una guerra, ninguno llevaba consigo á su mujer á exponerla á los rigores de una atmósfera mortífera.

Como Lopez á nadie habia dicho que huia de su mujer, todos creyeron, en efecto, que el deber militar le habia llevado á Cuba, haciendo un sacrificio á que nunca se niega el que sigue la honrosa carrera de las armas. Nadie sospe-

chó el verdadero motivo de su viaje, y todos se afanaron en rodear de atenciones y cuidados á la esposa, con la buena intencion de que le fuera ménos penosa la soledad y distrajese su pensamiento de los temores y angustias de la ausencia. Así ejercian una meritísima obra de misericordia; la de consolar al triste.

Virtudes é Isabel volvieron á brillar en los salones, como reinas que merecian ser en ellos. Bellas las dos y jóvenes, porque Virtudes cada vez lo parecia más, elegantes como pocas, distinguidas, ricas y hasta ilustradas, eran Isabel y Virtudes el encanto de Madrid. Su palco en el teatro Real era el *rendez-vous* de la *créme* de los hombres á la moda, de los políticos más osados, que son los que alcanzan mayor notoriedad; de los revisteros de salones más halagados y festejados por el *beau monde*, que gusta mucho del suelto y la gacetilla de hiperbólicas lisonjas.

Cuando paseaban en el *landau* por la Castellana ó por el Prado no llevaban al estribo un caballerizo, sino seis ú ocho, y

otros apuestos jinetes les servian de escolta y de batidores. *Las de Ramirez*, que así las llamaban, no acordándose nadie del bueno de Lopez, que allá en la manigua exponia á cada paso su existencia, persiguiendo sin descanso á los rebeldes, vivian la vida más agradable del mundo, sin tiempo hábil para pensar en cosa ajena á las contínuas diversiones y á los placeres de la sociedad más culta y más distinguida.

Y dicho sea en honor de la verdad y de las dos gallardas mujeres, aunque tan engolfadas en el gran mundo y tan libres é independientes, nadie pudo atribuirles cosa contraria al decoro, y los muchos galanes que á Isabel se acercaron tuvieron que confesar, á fuer de hombres de honor, que era buena guardadora del suyo la hija del General.

Uno habia entre todos los admiradores de Isabel, que apénas se le habia acercado, que no le habia hablado de amor, y, sin embargo, Isabel era el objeto de su adoracion. Habíale inspirado pro-

funda y violenta pasion, y meditaba cómo asegurar la conquista de una mujer tan codiciada por todos y que á tantos habia desengañado.

Era el enamorado un hombre de mundo, de agradable y simpática presencia y que poseia gran fortuna. Gastábala bravamente, pero al mismo tiempo la acrecentaba, porque habia llegado de tal suerte á entender el tejemaneje de la Bolsa, que no hacía jugada que no le saliera bien, y así, por tan cómoda manera, cada liquidacion de fin de mes era para él un ingreso de algunos miles de duros. Y por ser afortunado, jugaba distraidamente en algun elegante círculo al *elegante* juego del treinta y cuarenta, y lo más frecuente era que se llevase el dinero de sus amigos. Caballos, coches, hotel, queridas y amigos infinitos, nada le faltaba de cuanto constituye la aparente felicidad de un hombre á la moda favorecido de la fortuna.

Solamente le faltaba inspirar amor, enloquecer á Isabel, hacerse dueño de la

más gallarda hermosura que por entónces admiraba Madrid entero.

Era Roman profundamente observador é intencionado, y tenía una gran perseverancia y notable fuerza de voluntad. Amaba á Isabel porque era una mujer seductora, pero tambien porque era empresa difícil enamorar y rendir á una mujer casada, que con la conciencia de su deber, era fuerte para tener á raya á cien galanes que la acechaban; porque ha llegado á tan deplorable extremo la perversion humana, que más se persigue á las casadas que á las doncellas, y en este Madrid andan á salto de mata los caballeros pretendiendo á toda casada con marido ausente; y no es de extrañar este atrevimiento, porque lo mismo se atreven á las que tienen el marido al lado y vigilante.

Roman habia logrado cierta notoriedad por su buena fortuna con las mujeres; teníanle ellas por hombre temible, capaz de empeñarse en los más apretados lances, osado como él solo y discreto

como pocos. Con estas cualidades, con su apuesta figura, con mucho dinero, y su arrojo para gastarlo, no habia muchos que pudieran competir con él, y todos reconocian su indiscutible superioridad.

Formó su plan el elegante y opulento Roman para abrirse camino por las misteriosas veredas de la voluntad de la hermosa mujer de Lopez, y procuró encontrarse en los sitios donde ella se encontraba, y procuró ser visto, y él, por su parte, ó no la miró siquiera, ó la miró con una indiferencia aparente, que ocultaba una pasion ardiente y un tropel de deseos y un incendio de pensamientos de fuego, como elaborados en un volcan. Pero si no miró con interes á Isabel, se acercó á Virtudes y habló con ella, y pareció tan prendado del talento, de la discrecion, de la gracia y distincion de la Generala, que fué su más asiduo, su más galante, su más amable, su más discreto y fino caballero en las reuniones, y con elogios, alabanzas y lisonjas cautivó la voluntad de Virtudes, que gustaba mucho

de la cortés y distinguida adulacion de sus amigos, entre los cuales puso en preferente lugar á Roman. Acaso llegó á creer que habia hecho la conquista del hombre más admirado y envidiado de Madrid.

No; Roman no le hablaba de amor; le hablaba del exquisito gusto, de la suprema elegancia, de la inimitable gracia, de la singular distincion que en ella admiraba; encarecíale cuánto habia deseado hallar una amiga, una amiga del alma, como ella, á quien confiar todos sus secretos, con quien consultar todas sus acciones, á quien enterar de todos sus proyectos, á quien adorar como á una hermana. Aunque tenía lo que, en sentir de las gentes vulgares, constituye la felicidad, decia Roman á su amiga íntima que sentia un gran vacío en su corazon, codicioso de tiernos y dulces purísimos afectos. Su padre habia vivido loco y no habia podido amar al hijo de su amor; su madre habia vivido cuidando al loco y no habia podido consagrarse á su hijo. Tenía mu-

chos amigos, pero no eran amigos desinteresados. Solamente habia tenido un amigo, y á ése nunca le habia conocido.

—Es un interesante episodio de mi vida—decia á Virtudes—que ya lo sabrá usted, porque V. lo ha de saber todo. Yo prefiero la amistad de V., tan generosa, tan delicada, á la de esos parásitos que me rodean y me empalagan con sus bajas adulaciones, y al mentido amor de esas mujeres que no tienen corazon, que no dicen nada á mi espíritu, que si me vieran de súbito pobre, arruinado, oscurecido, me desconocerian seguramente.

—¿Y esa historia, ese episodio?...—preguntó Virtudes á su amigo.

—Si tiene V. curiosidad, lo sabrá.

—La curiosidad es un defecto, y no quisiera yo que V. hallase ninguno en mí.

—En esta ocasion—observó galantemente el amigo de la Generala—no es defecto; al contrario, la curiosidad de V. demuestra el interes que le inspiro.

—Ciertamente.

—Pues lo contaré en breves términos.

Yo era muy pobre; estudiaba Medicina, y no comia; habitaba en una guardilla. Mi padre murió loco, y mi madre, de un aneurisma, á los cuatro dias de la muerte de mi padre. Habian tenido fortuna grande, pero toda desapareció. Un dia llegó á mi guardilla un hombre jóven todavía, de nobilísimo aspecto, y en nombre de otro, que aquel no me quiso decir cómo se llamaba, me entregó 25.000 duros.

—¡Jesus! ¡Buena visita!

—Quise saber el nombre del donante, y no lo conseguí; quise saber, al ménos, el de la persona que me entregaba aquella suma, y me dijo un apellido vulgar, de esos que todo el mundo tiene, y que seguramente no era el suyo.

—Pero, ese dinero ¿de dónde procedia?

—Segun se expresó el que me le entregó, era una restitucion de cantidad que se le debia á mi padre. Por eso he dicho á V. que el único amigo que yo he tenido ó tengo en el mundo, no le conozco.

—Es singular.

—Toda mi fortuna daria por conocer á un hombre tan honrado.

—Sí; por lo excéntrico, merece ser conocido ese personaje.

—Acaso algun dia se dé á conocer. Ya podria yo devolverle sus 25.000 duros.

—¿Por qué, si los restituyó á usted?...

—Aunque se los devolviera, todavía me quedaria mucho dinero. Estoy condenado á poseer en abundancia lo que ménos estimo, y á carecer de lo que más necesario es para la vida del espíritu y del corazon.

Si Virtudes hubiera sido capaz de enamorarse, habríase, á no dudar, enamorado de Roman.

Virtudes pensaba muchas veces que era una gran lástima ser dos veces viuda y no tener veinte años ménos. «Si no fuera por eso—se decia—no me costaria gran trabajo la conquista de Roman; pero ¿quién se casa con una mujer que ya tuvo dos maridos?...»

XII.

Roman se explica.

Como Roman visitaba frecuentemente á su amiga Virtudes, de quien escuchaba los más sanos consejos, muchas veces tuvo ocasion de ver á Isabel, con quien se manifestó, respetuoso siempre, tan discreto, juicioso y comedido, que Isabel no pudo ménos de notar con agrado la diferencia que existia entre Roman y los aturdidos y emprendedores caballeros que la abrumaban á galanteos, inconveniencias y atrevimientos, pues no suele inspirar el mayor respeto una mujer casada que vive léjos de su marido.

Virtudes, por su parte, hacíase lenguas de las nobilísimas prendas que adornaban

á Roman, y decia muchas veces á Isabel:—Ese, ése sí que será un marido amable, galante, complaciente. ¡Dichosa la que sea su mujer! ¡Qué buen marido para tí, si no estuvieras casada con aquel hombre tan extravagante! ¡Qué marido tan pintiparado para mí, si pudiera disimular, como los años, que ya he tenido dos maridos! Ese es el único hombre que me hubiera podido inspirar una pasion. ¡Qué diferencia de los monos sabios, ó de los tunantes redomados, ó de los insoportables y presumidos hombres de talento que encontramos en la sociedad, y en los que no descubrimos ninguna cualidad que les eleve sobre el nivel de lo conocido y lo vulgar!

La pobre Isabel convenía con Virtudes en todo cuanto ésta decia. Estaba enteramente supeditada á su madrastra, y empezó á mirar, no con interes, pero con atencion á Roman, que no le hablaba de amor, como todos, y que no era un pretendiente importuno y osado, sino un verdadero amigo, que jamás traspasaba

los límites que el respeto impone á todo hombre bien nacido ante una mujer que pertenece legítimamente á otro hombre.

Roman, aunque tan enamorado de Isabel, esperaba la ocasion de asegurar su victoria. Si hubiera expuesto sus sentimientos y sus pretensiones, habria indudablemente recibido la misma contestacion altiva y desdeñosa que los infinitos á quienes ya Isabel habia desahuciado. Callando todavía algun tiempo, Isabel llegaria á fijarse en él, extrañaria que fuera el único que no se habia enamorado de ella, y el amor propio y la astucia y la ocasion le darian el triunfo.

Entre tanto, las gentes, que notaban su asiduidad cerca de las dos señoras, decíanse ya bajito que aquella amistad tan estrecha comenzaba á ser sospechosa. Y así la pobre Isabel, sin darse cuenta de ello en su vertiginosa existencia en medio del gran mundo, en que apénas le quedaba tiempo para pensar qué vestido se pondria hoy, cuál llevaria mañana y de qué forma encargaria los nuevos á la

modista, estaba muy en peligro de ser pronto una mujer perdida en la opinion de las gentes, á pesar de que no habia dejado de ser honrada y digna de general estimacion.

Indignábase Roman cuando personas de su amistad aventuraban una ligera insinuacion acerca de su buena fortuna, y con calor defendia á Isabel, en quien, decia, juntábanse por singular manera todas las virtudes; pero cuanto más calorosamente defendia á Isabel, tanto más se creia á la pobre mal aconsejada esposa en inteligencia con Roman.

Una noche, en un baile que para celebrar un suceso fausto de familia dieron los duques de no sé qué, opulentísimos señores, que así les importaba gastar cincuenta mil duros en un baile, como á mí cinco céntimos en *La Correspondencia*, halló Roman una ocasion por todo extremo propicia para acercarse á Isabel y hablar solo con ella.

Isabel, sofocada por el calor del salon, cuajado de luces y lleno de gente, ha-

bíase entrado en otra habitacion convertida por hábil artista en gruta apacible y deleitosa, por tal manera, que en aquella estancia hubiérase creido cualquiera trasportado á algun lugar encantado de Suiza.

Allí sentóse en un taburete rústico, que era una preciosísima obra de arte, como todo lo que en aquella casa habia, porque su dueño tenía buen gusto y sabía gastar artísticamente su dinero,—cualidad ésta del buen gusto y del amor al arte apreciabilísima y digna de todo encomio en los favorecidos de la fortuna, pues nadie me inspira más lástima que esos ricos que no saben gastar su dinero, que no distinguen un Rembrandt de una copia vulgar, que llenan la casa de mamarrachos, y dan no poco que reir á las personas ilustradas á quienes enseñan sus salones con pretension de que admiren su elegancia y su riqueza.

Roman, que nunca perdia de vista á Isabel, vió dónde entraba, calculó que la gente, entretenida en el baile, la conver-

sacion y el exámen de los lujosos atavíos del bello sexo, le dejaria buen espacio para hablar á solas con Isabel, y allá se fué sin encomendarse á Dios, que hubiera sido inútil y sacrílego tratándose de acometer una empresa nada conforme con los preceptos de la ley divina, ni al diablo tampoco, porque el diablo se le habia sin duda metido en el cuerpo á Roman, cuando tan diabólicas eran sus intenciones respecto de la mujer de Lopez.

—Años hace que deseaba este momento.

Esto dijo Roman, apareciendo como por arte mágica delante de Isabel, y oyéndole ésta, lo comprendió todo, vió el abismo abierto á sus piés, y no pudo reprimir una exclamacion de sorpresa y de terror, que no la oyó nadie más que Roman, porque lo impedia el ruido del salon.

Roman habló á Isabel con la vehemencia de una pasion largo tiempo comprimida, y la pobre mujer, que no habia oido de sus muchos adoradores un len-

guaje tan sincero, tan apasionado, que parecia eco fidelísimo del corazon, quedó confundida, llena de temores y angustias, verdaderamente aterrada.

Clavó los ojos en el suelo; en su oido sonó largo tiempo la música incomparable de aquellas frases de amor tan bien sentido y tan bien expresado, y un temblor nervioso estremeció su cuerpo, y por imposible tengo explicar lo que sintió su alma.

Tras un largo silencio, que Roman aprovechó para devorar con los ojos aquella sin igual hermosura, Isabel, con entrecortado acento, con emocion profunda, bajo, muy bajo, contestó á Roman:

—Roman, soy casada y soy honrada, y siempre quiero ser honrada.

Habia cesado la música en el salon; las parejas se diseminaban por los salones contiguos, y Virtudes apareció en la entrada de la gruta misteriosa. Acababa de bailar un ceremonioso y grave rigodon con un compañero de armas del Ge-

neral, guerrero bastante averiado, á quien reanimaba grandemente la contemplacion de la espléndida hermosura de la viuda de su amigo.

Roman se acercó á la viuda, díjole que acababa de llegar allí buscándola, y acababa de encontrar á Isabel. Virtudes dejó el brazo de su admirador, se asió del de Isabel, y ambas salieron al salon, siguiéndolas Roman y el bizarro militar, que le decia:

—Amigo mio, esa viuda es el mismo demonio. ¿Querrá V. creer que me gusta más que todas las muchachas que veo? Lo que es si yo la llego á conocer ántes que Ramirez, no sería ahora la viuda de mi pobre y malogrado amigo.

—Sería viuda de V.,—observó Roman.

—Eso es verdad, porque de fijo me hubiese muerto de amor por esa mujer. Más vale que sea viuda del otro.

XIII.

El ángel.

Seis años hacía que Lopez habia abandonado á su mujer, ó mejor dicho, habia huido léjos con el ultraje que Isabel le lanzó al rostro.

Fué á la guerra, no á buscar la gloria, á buscar la muerte; y así, con arrojo temerario, acometiendo empresas que apénas podian creer los que eran testigos de su valor, distinguióse desde un principio de tal suerte en la horrible campaña de Cuba, combatiendo allí donde era más fuerte y tenaz la resistencia, más peligroso y desamparado el lugar y más mortífera la atmósfera, que mereció la admiracion y el aplauso de todos sus compañeros de

armas y de sus soldados, orgullosos de la bizarría del valiente y pundonoroso militar.

Tigre, que no hombre, parecia en el combate, y allí donde él se ponia al frente de la tropa, que nunca se puso detrás, con tal ímpetu arremetia contra los enemigos de la patria, que, siguiéndole enardecidos los soldados, hacía horrible destrozo entre aquéllos.

Temíanle y llamábanle *el demonio;* y cuando no eran sorprendidos y sabian que contra ellos venía, todo lo abandonaban y huian medrosos, porque tenian seguridad de no vencerle. Preparáronle bien dispuestas emboscadas, en que otro habria caido seguramente; pero Dios le dispensaba visible proteccion, y las balas que sobre él llovian parecia que una mano poderosa las separaba de su honrado pecho y de su arrogante cabeza, y donde creia el traidor aleve enemigo acabar con *el demonio*, él era el que hallaba el castigo merecido.

¡Pobre Lopez! En medio de sus solda-

dos, en el ardor del combate, en el campamento, en todas partes, no habia más que un nombre y un recuerdo en su pensamiento: Isabel. Lágrimas de sangre lloraba el infeliz, recordando su breve felicidad y la afrenta con que Isabel habia puesto fin á la ventura de su honrado y generoso corazon.

Era cristiano, y no podia atentar á su vida; pero allá iba, á la pelea, con la esperanza de que una bala enemiga le librase de la pesadumbre de la existencia. Despues del combate y de la victoria veíanle sus soldados triste, melancólico, silencioso, y su asistente decia á sus camaradas que su amo lloraba muchas veces.

Con indiferencia recibia las distinciones con que se correspondia á sus grandes servicios, los plácemes de sus superiores y de sus inferiores, y jamás se le vió sonreir siquiera, ni jamás se le conoció cansancio ni fatiga en medio de aquella ruda campaña.

Cada mes recibia una carta por el cor-

reo de la Península, y el dia que la recibia, si no era dia de pelear, encerrábase y pasaba largo tiempo escribiendo otra carta, sin duda en contestacion á la recibida.

Al comenzar el segundo año de su residencia en Cuba fué ascendido á teniente coronel por un hecho de armas que tuvo gran resonancia en el país.

Habíase el enemigo encerrado en una finca cuyo dueño dispensaba evidente proteccion á los insurrectos. Era forzoso apoderarse de aquel hombre ó acabar con él, porque, teniendo gran ascendiente en el país, miéntras estuviera libre, no se vería limpio de insurrectos aquel sitio, que, como punto estratégico, interesaba mucho á las tropas leales.

En aquel paso habian perecido valientes oficiales y soldados, traidoramente asesinados y horriblemente mutilados luégo. A Lopez se encargó por el comandante general la difícil empresa de tomar aquella finca. Lopez aceptó, como siempre, el puesto que se le señalaba, y allí sí

que esperaba morir como habian muerto tantos de sus compañeros.

El combate fué horrible; los soldados de Lopez caian bravamente peleando á pecho descubierto, y quedaban muy pocos en pié. Ya creia llegada Lopez la hora de morir. Pero notó que el fuego que se hacía desde la finca disminuia, y consideró que los defensores huian ó morian.

Dijo cuatro palabras á sus soldados, excitó su valor, les mostró á sus camaradas muertos, y esto bastó para que los pocos que habian quedado, con sed de sangre y con el desprecio de la vida propio del incomparable soldado español, siguiesen á su jefe, arremetiesen á la puerta de la casa, y penetrasen, ciegos de furor, en ella, clavando las bayonetas en los cuerpos que encontraban. Y así abriéronse paso; no habia allí más que muertos, ó heridos, que fueron instantáneamente muertos. Recorrieron los soldados todas las estancias de la casa, y entraron en una lejana, donde oyeron

gemidos. Allí, en un rincon, yacia una persona que, al entrar los soldados, exhaló un doloroso grito.

—¡Tente!—gritó Lopez á un soldado que arremetia ya con la bayoneta al sér humano que allí conservaba aún la vida. —Tente, que es una mujer, y nosotros no matamos mujeres,—añadió Lopez.

Obediente el soldado, quedó inmóvil, y Lopez se acercó á la mujer. Era una hermosa jóven que clavó en él sus ojos, que se apagaban por momentos, y haciendo un esfuerzo supremo, abrió los brazos, tomó de sobre su regazo un ángel y le entregó á Lopez, diciendo con indefinible y penoso acento de suprema angustia:

—¡Mi hija!

Lopez tomó en sus manos la infeliz criatura, que le miró con ojos de espanto, y se abrazó fuertemente á su cuello. Era una niña que tendria á lo más año y medio.

Y con la niña en los brazos, arrodillóse Lopez delante de la madre desventurada, á la que sostuvieron dos soldados.

La interrogó Lopez, pero la mujer ya no podia hablar. Descubrió el pecho, donde tenía una horrible herida de bala, miró á la niña con una expresion de dulzura, que conmovió profundamente á los testigos de aquella desdicha, miró luégo al valiente militar, abrió la boca, y un torrente de sangre cayó sobre el vestidito de la niña y sobre las manos de Lopez, y los soldados pusieron delicadamente en el suelo el cadáver que sostenian en sus brazos.

Lopez buscó un lecho donde colocar á la tierna criatura, y cuando puso la linda cabecita sobre la almohada, besando la purísima frente, exclamó:

—Yo seré tu padre, pobre niña.

Los defensores de la finca habian muerto casi todos, huyendo sólo algunos negros. Entre los muertos estaba el padre de la niña, la única que habia sobrevivido á aquella tremenda catástrofe.

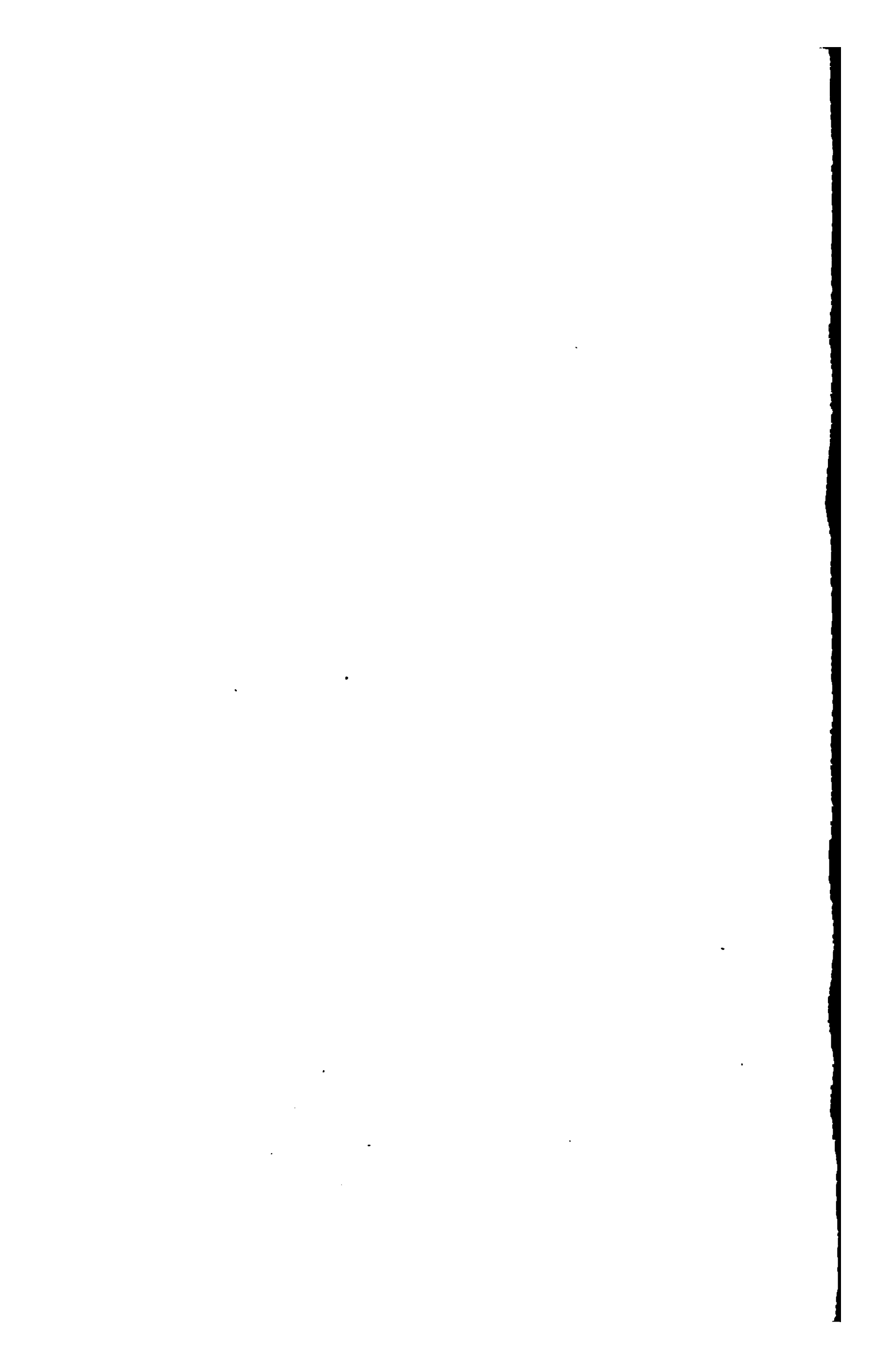
Hechas por Lopez minuciosas indagaciones, adquirió la seguridad de que no quedaba persona alguna de la familia de la niña.

Los muertos fueron enterrados en el campo, sin señal ninguna que indicara el lugar; pero el cadáver de la pobre mujer fué colocado en una sepultura sola, y allí puso Lopez una cruz.

Ocho dias despues, Lopez, con sus soldados, se despedia de aquel lúgubre sitio, despues de haber puesto fuego á la finca para que no volviese á ser utilizada por el enemigo. Y al siniestro resplandor del incendio, delante de los pocos soldados que le habian quedado, iba Lopez á caballo, y en sus brazos llevaba á la desgraciada criaturita, que reclinaba su cabecita, rubia como el oro, en el honrado pecho del bizarrísimo militar.

En el camino recibió órden de presentarse en la capital de la Isla, donde el Capitan general queria abrazar al héroe de la sangrienta y gloriosa jornada, y la recibió con alegría, porque le era preciso asegurar la subsistencia de aquella criatura, á la que no podia llevar consigo sin grave peligro para ella, y seguramente en la Habana podria hallar quien se encar-

gara de conservar la vida del ángel que Dios habia puesto en su camino para consuelo de sus grandes tristezas, de sus profundas penas.



XIV.

Una visita á tiempo.

Pronto iba á hacer cuatro años que Roman habia hablado de su amor á Isabel. Esta habíase defendido valerosamente, y Roman no podia ufanarse de haber logrado oir de labios de la mujer que amaba una sola palabra de amor.

Y sin embargo, era amado.

Persuadido estaba de que era amado, y como habia esperado mucho tiempo la ocasion propicia de hablar de su amor, esperaba la de que Isabel no pudiera ménos de confesarse vencida.

La pobre débil mujer, que tanto tiempo habia resistido, admirábase de la constancia de Roman, y veia en él un hombre

verdaderamente superior, un hombre que no se parecia á ninguno de los que habia conocido.

Sólo otro hombre podia sostener la competencia con Roman, sólo de uno podia ser digno rival: del marido de Isabel.

Roman, con su amor perseverante, con su constancia maravillosa, habia hecho que Isabel, que no habia vuelto á saber de su marido, conservase en su alma y en su corazon el recuerdo de quien tanto la habia amado. Si en medio de las preocupaciones de la vida del mundo elegante adulada, festejada, siempre entretenida y divertida, de sarao en sarao, de teatro en teatro, habia á las veces distraido su ánimo hasta el extremo de olvidar que allá, al otro lado de los mares, se hallaba el compañero de su vida, el padre de su hijo, muerto ántes de nacer; desde que constantemente veia fija en ella la mirada profunda, melancólica, de Roman; desde que habia oido sus apasionadas instancias, sus protestas de amor, sus promesas de felicidad, dichas misteriosamente, con

temor, con inquietud, como se dicen siempre los proyectos de iniquidad y de crímen, el recuerdo de su marido no le abandonaba un momento; que así Dios queria escudarla contra su propia flaqueza.

Isabel hallaba muchas semejanzas entre Lopez y Roman.

El mundo creia firmemente, tiempo hacía, que Roman era el amante de Isabel, y cuando ésta se persuadió de lo que el mundo creia, ya era tarde para lograr que el mundo rectificase su opinion. La misma Virtudes, que vivia con ella, que era testigo de todas sus acciones, empezaba á creer lo mismo.

Y en verdad, Virtudes, que con más experiencia y harto conocimiento del mundo, podia haber hecho observar á Isabel lo peligroso de la intimidad de un hombre como Roman para una mujer casada, no se cuidó de cumplir un deber á que realmente estaba obligada, porque Virtudes, que habia sido orígen de la violenta determinacion de Lopez, queria

ahondar más y más el abismo abierto entre los esposos.

Virtudes entendia no separarse jamás de Isabel: con ella vivia en la opulencia, en la abundancia; disponia de la fortuna que habia dejado Ramirez, y no se avenia á la idea de una reconciliacion entre los esposos, que habia de ser para ella principio de ruina segura. Además, por tan inicua manera vengábase de Lopez, culpable á sus ojos de haberla conocido bien, de haberla estimado poco, de haberla considerado mujer egoista, insustancial, sin alma, sin corazon, poseida del demonio de la vanidad, refractaria á todos los sentimientos de rectitud á que rendia culto el noble y valeroso militar.

Un dia llegó á casa de Isabel un anciano sacerdote, que manifestó deseo de hablar á la señora.

Isabel, suponiendo que se trataria de alguna obra caritativa, pues pertenecia á algunas sociedades benéficas—no por otra cosa sino porque otras señoras formaban parte de ellas, y por no ser mé-

nos que las demas para pagar lo que se le pidiera—pero sin acordarse por eso mucho de los pobres, no hizo esperar al sacerdote y le recibió.

Era un viejecito humilde, y por eso más respetable, de dulce fisonomía, inteligente y bondadosa, con los cabellos blancos, la mirada atractiva, la actitud digna y modesta.

—Señora,—dijo á Isabel, sentándose enfrente de la hermosa mujer,—ruego á usted me prometa perdonarme si lo que le voy á decir puede disgustarle.

—¿Cómo?—preguntó inquieta Isabel.

—Para lograr que V. sea indulgente conmigo creo que me bastará decir á usted una cosa: soy el único amigo de Lopez...

—¡De mi marido!—exclamó Isabel mirando con afecto al Cura.—¡Oh! con mucho gusto oiré á V. si viene V. en su nombre.

—No, no vengo en su nombre, aunque le invoco para obtener la benevolencia de V., y doy muchas gracias á Dios

por haberme inspirado el pensamiento de venir aquí, porque la mirada de V. al oir el nombre de su marido, la emocion que en V. he visto, el interes que ha despertado en V. ese nombre, me prueban, señora mia, que he venido muy á tiempo.

—¿Qué dice V.?

—¡Ah, señora! Soy un anciano, soy un sacerdote; no me guia otro móvil que el afecto que tengo al valiente militar que tanto amaba á V., que tanto la ama; estoy seguro de ello: en gracia de todo esto, no ofenda á V. mi palabra sincera y cariñosa; no se enoje V. de que venga á decirle que el mundo lanza contra usted una acusacion terrible, una acusacion que, ántes de entrar aquí, dudaba que fuera cierta; pero que, mirando y oyendo á V., aseguro ya que es una infame calumnia.

—¡Oh! Sí, una calumnia,—exclamó Isabel, comprendiéndolo todo.

—No, Roman Gomez no es el amante de usted.

—No; lo juro por la memoria de mi buena madre.

—Pero la apariencia da lugar á esa calumnia, y es preciso que Roman no vuelva á ver á V., porque si V. hasta ahora ha logrado conservar el honor que le confió el hombre más honrado del mundo, acaso la perseverancia de ese aleve amante, su astucia, una asechanza infame, la misma opinion del mundo, la fatalidad, en fin, podrian conjurarse contra usted.

—¡Oh! Estoy segura de mí,—exclamó Isabel.

—¿Quién lo está en el mundo, señora?

—¿Tan amigo es V. de mi marido...?

—Tan amigo, que le amo como si fuera mi hijo. Sólo á mí anunció su resolucion de abandonar á V., y harto le aconsejé para que no la llevase á efecto. Pero era inútil: hombre es que no hay humano poder que tuerza su voluntad; es un defecto, un solo defecto, que tiene el que reune en su alma todas las virtudes. Allá se fué con su pena y su amar-

gura, y allá está siendo el asombro de todos por su indomable valor y por su austera virtud.

—¿Usted sabe de él?...Yo nada.

—Yo sé de él, y sé que en el sagrado de su corazon conserva inextinguible la llama de aquel amor que juró á V. en el altar.

—¿Me ama y no me ha perdonado?...—dijo con amargura Isabel.

—Si V. hubiera pedido su perdon, no le habria negado quien en su pecho atesora todos los sentimientos generosos. Aun tengo esperanza de que, protegiendo Dios á mi digno amigo, ha de volver á la Península y ha de volver á su hogar.

—¡Oh, yo no lo espero! Volverá, pero no volverá á esta casa.

—Todo será que V. quiera.

—Yo sí. Dispuesta estoy á pedir perdon de aquel agravio que le hirió tan profundamente.

—Pues eso basta.

—¡Ah! Yo quiero que V. me aconseje,

que V. me diga qué debo hacer. A todo estoy resuelta.

—¿A todo?...

—Sí.

—Pues consulte V. con su confesor,— observó con humildad el sacerdote.—El confesor de V., á quien, sin duda, habrá usted dicho su situacion y á quien dirá usted sus propósitos, le indicará el verdadero camino de salvacion. Yo aconsejo á usted como amigo; él aconsejará á V. con la autoridad que V. le ha reconocido al elegirle su director espiritual.

Isabel bajó los ojos; el carmin del rubor encendió sus mejillas, y cuando levantó la mirada la fijó suplicante en el dulce y apacible semblante del sacerdote.

—¡Padre mio!—exclamó despues de un momento.—¿Quiere V. ser mi confesor?

—Mi obligacion es—dijo el Cura— serlo de quien de mí lo solicita. A las seis de la mañana voy todos los dias al oratorio de la calle de Cañizares, y entro en

el confesonario despues de la misa. Vaya usted cuando quiera.

—¡Oh! iré.

El Cura se levantó, diciendo á la mujer de Lopez:

—Veo que hice bien en venir, y voy muy contento, porque la mujer de mi amigo, del hombre más bueno que conozco, es todavía digna de su amor, y áun ha de serlo más; lo espero firmemente.

—Mañana iré á la iglesia que V. me ha indicado,—dijo Isabel.—Usted me inspira tanta confianza como respeto.

—Allí estaré seguramente, si Dios no dispone de mí de aquí á las seis de la mañana.

XV.

Dónde Virtudes empieza á padecer.

Cuatro dias despues del en que el respetable sacerdote visitó á Isabel, ésta tuvo con Virtudes una larga conferencia, en la que le manifestó su propósito de salir de Madrid inmediatamente. Habia Isabel resuelto lo que Virtudes no llegó á imaginar nunca; habia resuelto dirigirse á Cuba á reunirse con su marido.

—¡Imposible!—exclamó Virtudes.—Tú no puedes hacer lo que me dices.

—¿Por qué?

—Porque juraste á tu padre, que así lo deseaba, no cruzar nunca el mar. Tu pobre madre murió desastrosamente en el mar, y era la constante preocupacion de

tu padre que jamás te expusieras á sufrir igual suerte. Tambien hizo jurar á tu marido que nunca te obligaria á embarcarte. Tú no irás á faltar á tu juramento.

—Quien puede—contestó Isabel á la observacion de Virtudes—me ha autorizado, porque de otra manera no cumpliria mi obligacion. Voy á cruzar el mar; esta prueba ha de bastar á mi marido para comprender y estimar mi arrepentimiento.

—Es una locura, y yo no puedo consentir...

—¡Ah! Ya tengo voluntad propia; ya la he recobrado, gracias á Dios.

—Parece que lo dices como reconvencion.

—No; si á álguien debo reconvenir es á mí misma solamente. Te ruego que llames á mi administrador á fin de que me facilite medios para mi viaje y ponga en órden mis asuntos. Como tú no me acompañarás, te ruego que de mi fortuna tomes lo que te parezca. Mi padre, si hubiese podido testar, habria consagrado á

su mujer una buena parte de ella, y yo no hago en eso más que cumplir la voluntad de mi padre.

Yo nada quiero,—dijo con altivez la viuda

—Yo no puedo consentir eso. Mi administrador tendrá á tu disposicion una cantidad mensual igual á la que mi padre te habia señalado para tus gastos.

—¡Oh! ¿Qué diria tu marido?

—Mi marido me devolvió íntegra mi fortuna al marcharse, ya lo sabes, autorizándome á disponer de ella á mi antojo, y no ha de pedirme cuentas. No queria él mi fortuna; no queria más que una mujer buena y leal.

—Tú, buena has sido y buena eres.

—No, no lo he sido; pero quiero serlo, si áun lo puedo ser.

—¿Quién te aconseja?

—Quien me quiere bien. ¡Ojalá ántes me hubiera aconsejado!

En vano quiso Virtudes que Isabel desistiera de su intento. Fijó su marcha para dos dias despues, exigiendo á Vir-

tudes que á nadie dijera el punto á que se dirigia.

—Y sobre todo,—añadió,—que nada sepa Roman.

—¿Huyes de él?— preguntó Virtudes.

—No; voy á reunirme con mi marido. Estoy segura de que mi marido creerá que su mujer es digna de él, luégo que le haya pedido perdon; él no creerá, como los falsos amigos que aquí me rodean, que he faltado á mis deberes. Mujer que ha faltado á sus deberes huye de su marido, no va á buscarle.

Virtudes comprendió que habia perdido todo ascendiente sobre Isabel, y que era inútil insistir en procurar disuadirla.

Se limitó á manifestar la inmensa pesadumbre que le causaba separarse de la hija de su marido, á quien decia amaba como la habria amado su madre misma, y se propuso no abandonarla hasta que se embarcara en el vapor.

Con todas las cualidades de una consumada actriz, Virtudes hizo creer á Isabel en su desinteresado cariño, y hasta

llegó ésta á arrepentirse de haber supuesto que solamente el egoismo, el interes, eran el móvil de las acciones de la viuda. Consintió, pues, Isabel con gratitud en que Virtudes la acompañase hasta Santander, donde debia embarcarse.

Arreglados todos los asuntos relacionados con la cuantiosa hacienda de la hija del General, hecho su testamento por si perecia en el mar, como su desgraciada madre, dejando consignada su voluntad de que la mayor parte de su fortuna la heredase su marido, otra parte Virtudes y otra los pobres, Isabel, con su madrastra, salió sigilosamente de su casa, sin que la apariencia pudiera hacer suponer, ni áun á sus criados, que se trataba de un largo viaje, sino de una corta ausencia, y el dia siguiente llegaban las dos señoras á Santander y se hacian conducir á una de las fondas de aquella ciudad, acompañadas de dos doncellas de la confianza de Isabel.

El vapor salia tres dias despues. El Gobierno habia dispuesto detener la sa-

lida del correo para remitir importantes documentos á la isla.

Mucho contrarió esta detencion á Isabel, que, áun á pesar de su resolucion, temia las instancias de Virtudes, y anhelaba encontrarse en el buque, allí donde ya no oiria más que la voz severa de su deber.

Lo que tanto contrariaba á Isabel animó á la viuda, que áun contaba con dos dias para apelar á todos los medios á fin de impedir el viaje; bien que ya le parecia punto ménos que imposible lograr su intento.

No desmayaba, sin embargo, conociendo la debilidad de carácter de Isabel, y cuánta influencia ejercian sobre ella los halagos, las caricias y las lágrimas. Sólo viéndola sobre la cubierta del barco, y el barco en movimiento, se persuadiria de que ya no era revocable la resolucion de la hija de su marido.

Y sucedió que al entrar, de paso para las habitaciones que las dos iban á ocupar, en el salon central de la fonda, en el

que habia algunas personas paseando, ó leyendo periódicos, ó conversando, Virtudes se fijó en un caballero que allí estaba, el que, viéndose objeto de la atencion de aquella señora, la miró tambien fijamente y la reconoció, es decir, reconociéronse los dos al tiempo mismo, y exclamaron:

—¡Martinez!

—¡Virtudes!

—¡Usted aquí!

—¡Qué sorpresa!

—¡Despues de tanto tiempo!...

—¡Cuánto celebro hallarle!

—Este caballero—dijo Virtudes á Isabel—es mi hermano político, hermano de Martinez, mi primer esposo, que esté en gloria.

Saludó el caballero cortésmente á Isabel, y Virtudes añadió, dirigiéndose á Martinez:

—Esta señora es mi querida hija política, mi hija mejor dicho, porque lo mismo que madre la quiero, hija del general Ramirez, mi segundo esposo, tambien difunto por desgracia nuestra.

Nueva cortesía de Martinez.

—¿Vive V. aquí ahora?...—preguntó la viuda á Martinez.

—Hace dos meses que vine de Cuba, y mañana saldré para Madrid. He servido allí seis años de médico en el ejército.

—¡Ah!—exclamó Isabel.—¿Ha servido usted en el ejército?...

—Sí, señora; tengo esa honra.

—Isabelita querrá preguntar á V. por su marido, que está en Cuba.

—Es posible que le conozca.

—Ahora—dijo Virtudes—no nos detenemos, porque vamos á nuestra habitacion á descansar un momento y á dejar este traje de camino; pero luégo tendremos el gusto de recibir á V., y podrá dar á Isabelita las noticias que sepa de su marido.

—¡Oh! con mucho gusto,—repuso Martinez.—Despues pasaré á ponerme enteramente á disposicion de ustedes. Entre tanto, veré el correo de la Habana; llegó vapor esta mañana, y pronto se repartirá la correspondencia.

Y haciendo una reverencia á Isabel y estrechando la mano de Virtudes, dejó á las dos señoras seguir á la dueña de la fonda, que las conducia á las habitaciones. La fondista, luégo que les hubo encarecido la comodidad de las habitaciones y sus hermosas vistas, y les hubo dicho á qué hora se almorzaba y se comia, se retiró haciendo mil cortesías.

Y al dirigirse la dueña de la fonda por el pasillo adelante, encontró al fondista, su marido, que le dijo:

—¿Sabes, Paca, que me carga ese huésped que ha venido en el vapor?

—Y ¿por qué?

—Porque trae consigo un arca de Noé; un perro, un mirlo, una cotorra, un corderito, un loro. Nos van á poner la habitacion perdida.

—¿Y qué hemos de hacer?... Le haces que pague un ojo.

—Oye, oye cómo chillan la cotorra y el loro.

—¡Tambien es capricho viajar con tantos animales!

—Dice que son el encanto de su niña, y que por eso los trae.

—¡Qué lastima de azotes á la niña!

—Es una niña baldada.

—Sí, ya la he visto en un carrito.

—De ahí no se mueve.

—Y ¿van de paso?

—Sí; á Madrid, dentro de dos ó tres dias.

—Pues, nada, que pague el capricho.

—¡Ya lo creo que le pagará!

Y el fondista y su mujer fuéronse en distinta direccion; la mujer, al despacho, á hacer apuntaciones en sus libros de contabilidad, y el marido, á la cocina, á inspeccionar los trabajos del cocinero, trabajos muy importantes, porque la fonda estaba casi llena de huéspedes: como que habia llegado vapor de la Habana.

XVI.

Donde se encuentran Lopez y Roman.

Dos horas despues de llegar Isabel y su madrastra á la fonda, entraba en ésta un caballero seguido de su criado, y pedia una habitacion.

—¿Han llegado hoy—preguntó á la dueña del establecimiento—dos señoras en el correo de Madrid?...

—Sí, señor,—le contestó.

—Bellas las dos, una jóven y otra de más edad, ¿no es esò?

—Sí, señor; en el número 14 están.

—Gracias,—contestó el caballero.

Y siguió al dependiente que le guiaba á la habitacion.

Entrando poco despues en el despacho

de la dueña de la fonda, otro de los dependientes dijo á su ama:

—Señora, ese señor debe ser de campanillas, porque él solo ha venido en un tren especial de Madrid.

—¿Qué dice usted?

—Lo que V. oye. Acabo de ver al conductor que ha venido con el tren, y dice que ese caballero llegó anoche á la Estacion de Madrid, pidió un tren especial, costase lo que costase, y que lo ménos, lo ménos pagó mil duros por el capricho.

—Buen provecho le haga. Quien lo tiene lo gasta.

—Voy á subir á ver si quiere algo, que le limpie la ropa, que le lleve algun recado, porque ese hombre debe ser de los que dan media onza de propina si se les sirve un vaso de agua. Ya quedan pocos de éstos.

—No, no suba V. ahora, que estará descansando. Luégo subirá el amo.

En opinion de la fondista, huésped de tal importancia y de tanto rumbo debia

ser servido por el mismo amo de la casa.

El lector ha adivinado ya quién era el viajero.

Roman, que hacía dias no lograba ser recibido por Isabel, habia sospechado ya que alguna inesperada circunstancia motivada ésta actitud, y habia encargado á persona de su entera confianza y de notoria habilidad y discrecion que siguiera los pasos de su amada. Así habia sabido que Isabel acudia al oratorio de la calle de Cañizares, y habia confesado en esta iglesia; así logró averiguar que iba á hacer un viaje corto, y luégo, que el viaje era más largo.

No bien el que espiaba á la mujer de Lopez fué á decirle que ésta y Virtudes habian salido en el tren expreso para Santander, Roman mandó disponer su equipaje, fué á la Estacion, pagó cuanto habia que pagar, y á Santander se dirigió, sintiendo mucho no poder conseguir, por impedirlo absolutamente el servicio de trenes, llegar ántes que las dos señoras, pues hubiera sido para su amor propio suma-

mente satisfactorio pasar delante del tren que conducia á la hermosa fugitiva y recibirla cortésmente en la estacion de Santander.

Para Roman era evidente que Isabel, considerándose débil y sin fuerzas para resistir á su amor, habia recurrido á confesar su culpa y á recibir consejos que le fortalecieran y evitaran su caida.

Y sin duda, pensaba Roman, el consejero de Isabel, no teniendo la más ventajosa idea de la firmeza de una mujer enamorada, habrá creido óptimo remedio, para conjurar el peligro, encarecer á su penitente la absoluta necesidad de huir del lugar y de la ocasion de perdicion y de refugiarse al lado del marido, que no podria ménos de ser sensible á prueba tan evidente de cariño, porque Roman supuso desde luégo que Isabel se dirigia á la Habana.

Pero no se embarcaria sin verle ántes, sin oir sus quejas, sin que él hiciera todo lo humanamente posible para impedir su partida, porque estaba Roman resuelto á

todo, tan resuelto, que si Isabel partia para Cuba, él tambien se embarcaria en el mismo vapor.

No era Roman hombre de quien pudiera esperarse que se resignara fácilmente á renunciar á un triunfo que durante tan largo tiempo habia perseguido y que habia llegado á creer seguro.

Poco le importaba esperar, habiendo ya esperado tanto; poco le importaba tener que vencer obstáculos y contrariedades de todo linaje. Al contrario, enardecíanle más los obstáculos, y más y más le empeñaban en aquella empresa gloriosa, pues glorioso consideraba triunfar de la virtud de la mujer más hermosa, de la más codiciada por todos, de la que á todos habia resistido, y sobre todo, habia valientemente resistido á quien, como él, entendia ser irresistible y estaba acostumbrado á obtener entre las damas señaladas victorias.

Roman, no bien hubo mudado de traje, salió de su habitacion. Iba á anunciar su visita á Virtudes, y por la galería de la

fonda se dirigia, cuando de pronto se detuvo y lanzó una exclamacion de sorpresa. En direccion opuesta venía un caballero, que tambien se mostró sorprendido al ver á Roman.

—Caballero,—dijo éste,—creo reconocer en V. una persona á quien sólo otra vez he visto en mi vida, pero cuya fisonomía quedó para siempre grabada en mi memoria y en mi corazon. ¡Oh, no hay duda! Aunque han pasado años, y algun cambio advierto en la fisonomía de usted, no me equivoco; V. es el hombre que un dia llegó á la guardilla donde yo me guarecia, en la calle del Humilladero, en Madrid.

—En efecto, yo soy,—dijo el caballero;— no sé mentir.

—¡Oh! ¡Cuánto celebro volver á ver á usted, al hombre generoso que fué á darme la vida.

—La vida no, caballero; la fortuna, que no es lo mismo.

—Perdone V. si le entretengo; ¿vive usted en esta fonda?

—Sí, señor; de paso para Madrid. Esta es mi habitacion.

Y señaló una puerta inmediata.

—Si quiere V. honrarla,—añadió el caballero,—tendré mucho gusto.

—¡Oh, sí, señor! Hablarémos. ¡Tengo tanto que hablar con V., he deseado tanto volver á verá V. y ser su amigo!...—dijo Roman.

—Pues pase V. adelante.

Ambos entraron en una elegante sala, y un perro y un cordero salieron á acariciar á su amo. Éste les devolvió ligeramente la caricia, y les dijo:

—¡Ea! ¡Ea! Id con la niña, pobrecitos.

Y los animales, que sin duda estaban acostumbrados á comprender lo que su amo les decia cuando les echaba de su lado, fuéronse á la otra habitacion.

—¿Tiene V. una niña?—preguntó Roman.

—Una desgraciada criatura, que es mi encanto y mi pena. La pobre está paralítica.

—¡Pobrecita!—exclamó Roman.

—¡Padre!—dijo desde dentro una vocecita como la de un ángel.

Y el caballero, disculpándose con Roman por dejarle solo un momento, se fué, segun dijo, á dar un beso á la niña.

Pronto volvió, y señalando una butaca á Roman, se sentó en otra.

—Ahora hablemos—dijo—cuanto usted quiera.

—¿Será ya tiempo de que yo sepa quién fué el hombre honrado que se desprendió de una fortuna en favor mio?

—No, señor,—contestó el caballero,—no es tiempo. Ya dije á V. que era una restitucion la que hacía.

—¡Qué pena para mí no saber el nombre de aquel hombre que dió tan sublime ejemplo de abnegacion y de generosidad!

—Cumplió su deber nada más, y cumplir el deber no es mérito; aunque tal está el mundo, que á las veces se considera insigne accion lo que no es más que estrecha obligacion. Si con eso alivió algun grave peso que tenía sobre la conciencia, ganó mucho con hacer lo que hizo.

¿Y V. ha seguido la carrera de Medicina?

—No, señor.

—Es lástima. Un médico puede hacer mucho bien, y más si como V. tiene una base de fortuna, es decir, que no se ve precisado á cifrar la subsistencia exclusivamente en su profesion.

—No era grande mi aficion á la medicina,—observó Roman, queriendo justificar el abandono de la carrera.

—¡Ah! entónces,—repuso jovialmente el caballero,—más vale que haya V. desistido, porque un médico sin aficion á esa ciencia es un gran peligro para la humanidad doliente. Pero V. se ocupará en algo seguramente, que es lo principal, porque yo no comprendo el hombre ocioso.

—Sí, señor, me dedico á negocios bursátiles,—dijo Roman con cierta timidez.

—¡Ah! sí; yo no entiendo de esos negocios, pero creo que son muy buenos para los duchos en ellos.

—Me precio de serlo bastante.

—Es decir, que tiene V. buena suerte; que ha aumentado V. su caudal.

—Sí, señor, mucho, tanto que podria holgadamente devolver aquellos 25.000 duros. Y se me quitaria un gran peso de encima, porque á veces pienso en ese extraño suceso de mi vida, y me abruma el dinero como si fuese mal adquirido.

—¡Oh! no tenga V. el menor escrúpulo. Ese dinero es de V. legítimamente. ¿Y se ha casado V.? ¿Ha formado ya una familia? ¿Tiene V. hijos?...

—Permanezco soltero.

—¡Hombre! es raro que no haya usted advertido la falta de una esposa, de un sér querido á quien hacer partícipe de sus venturas. Esa fortuna, que V. aumenta por tan fácil y dichosa manera, impone á usted la obligacion de prepararla nuevos dueños, hijos queridos á quienes tan poco cuesta á V. dar la felicidad.

—Tiene V. razon, sin duda; pero áun no he pensado en casarme, porque áun no estoy cansado de la vida de soltero. He tenido buena fortuna con las mujeres, la tengo todavía, y no sé si el matrimonio sería para mí bastante compensacion

de las venturas á que tendria que renunciar si habia de cumplir los deberes de mi nuevo estado. Además—con V. he de usar toda franqueza, y aunque tan pocas veces nos hemos visto, á mis ojos tiene usted sobrados títulos para merecer toda mi confianza,—sólo hay una mujer por quien yo haria el sacrificio de perder mi libertad é independencia de soltero, y esa mujer es casada.

—¡Casada!—exclamó el caballero, y su rostro tomó un aire de severidad que sorprendió no poco á Roman.

—¡Casada, sí, señor,—repitió éste.

—¡Ah! Señor D. Roman,—dijo gravemente el caballero,—perdone V. si no puedo disimular el disgusto con que oigo á V. decir que ha puesto sus ojos en una mujer casada. Yo ruego á V. encarecidamente que los separe de ella y respete la santidad del matrimonio. Los hombres que se empeñan en esas abominables empresas contra la virtud de mujeres casadas, y contra la honra y el reposo de maridos honrados, se horrorizarian de sí

mismos, si pudieran ántes de comenzar su obra de iniquidad, contemplar el horrible cuadro de incomparables desventuras que son consecuencia de un amor adúltero, amor maldito que inspira el ángel del mal, y que Dios, tán misericordioso, castiga siempre como el más nefando delito. Amigo mio,—añadió con verdadera emocion,—si tanto me considera V. como me ha significado, por seguro tengo que ha de acceder V. á mi ruego y ha de abandonar esa aventura, si la que ha inspirado á V. tan criminal pasion no es ya una mujer perdida irremisiblemente.

—¡Oh! no, mujer honrada es, y valerosamente ha desoido mi ruego; pero me ama, estoy seguro de ello.

—Es honrada, ha resistido, y V. cree que le ama. Razon más para que V., que la ha envenenado con un amor maldito, procure que recobre su alma conturbada la paz que gozaba seguramente ántes de que V. vertiese en su corazon gota á gota ese tósigo que enloquece la mente y enerva la conciencia de las mujeres casa-

das que se pierden. Cese V., por Dios, en tan inicua empresa; dé V. á esa mujer ejemplo de fortaleza huyendo de ella, y libre ella de la mortífera influencia de esa pasion alevosa, volverá á sentir los murmullos de su conciencia, volverá á gozar la paz bendecida, que sólo se encuentra en el cumplimiento del deber, y V. habrá hecho una gran accion, la más grande, que es vencerse á sí mismo, y luégo, pasando el tiempo, se dará V. el parabien.

—Respeto mucho el consejo de V.; estimo y admiro en V.—dijo Roman— un hombre verdaderamente superior, y envidio ciertamente su austera virtud y la elevacion de sus pensamientos; pero no me atrevo á prometer á V. que seré capaz del sacrificio que me excita á hacer. Conozco que es grave falta la mia; pero ¿no podrá ser una circunstancia atenuante la de haber hallado á esa mujer en mi camino sola, abandonada de su marido? Y si ella hubiera sucumbido á mi pasion, ¿no sería tambien ese aban-

dono injusto en que la tiene su marido una disculpa de su conducta?

—No; en ningun caso tiene disculpa la mujer casada que cede á criminal pasion, y no calificaré como lo merece el proceder de un hombre que se aprovecha de esas circunstancias que V. ha señalado para triunfar de la virtud de una mujer que, desde que se unió en el altar con su esposo, ya no se pertenece miéntras éste exista. Y el marido de la que V. persigue ¿qué motivos tuvo para abandonar á su mujer?

—Ninguno.

—Fué un miserable, si la abandonó sin motivo.

—Es decir, un motivo fútil, á lo que tengo entendido. Él es un hombre díscolo, déspota, feroz... Habia entre ella y él incompatibilidad de carácter, y un dia anunció á su mujer que se ausentaba, y marchó á Cuba, en su calidad de militar. Es, por lo poco que de él he oido hablar, porque le abomino y me indigna oir su nombre, un sér desprovisto de todo senti-

miento generoso, un hombre frio como el hielo, de corazon duro, bueno para pelear allá con los negros feroces de la manigua, pero no para vivir al lado de una mujer tierna, delicada, sensible...

El caballero se levantó de la butaca y clavó una mirada tan profunda en Roman, que éste no la pudo sostener.

—Prosiga V.,—dijo aquél, dominándose,—prosiga V. haciendo el retrato de ese marido. ¿Quién ha facilitado á V. el conocimiento de los rasgos de carácter de ese hombre, bueno sólo para habérselas con los feroces negros de la manigua? ¿Ha sido su mujer?

—No,—dijo Roman, sorprendido aún de la actitud que habia tomado su interlocutor,—no ha sido ella, porque ella, por el contrario, cuando recuerda á su marido, que le recuerda mucho, habla de él con grande encomio, y llega, en su indulgencia, á disculparle, ¡qué digo á disculparle!, le justifica completamente, y asegura que si fué duro el castigo que le impuso alejándose de ella, no puede mé-

nos de confesar que obró con razon. Por eso, porque el recuerdo de ese hombre es el escudo de la virtud de esa mujer, por eso he llegado yo á aborrecer á ese hombre sin conocerle, y á desear su muerte. Si ese hombre hubiera caido en poder de aquellos rebeldes enemigos de mi patria, confieso mi pecado, y no me disculpo, habríame gozado como un miserable en su muerte.

—¡Sí, como un miserable!—repitió el caballero, cuyos ojos relampagueaban, mirando á Roman.

—¡Caballero! — dijo éste, poniéndose en pié tambien.

Miráronse los dos hombres. Quien hubiera entrado en el aposento en aquel instante y hubiera contemplado su actitud, habria creido que se provocaban.

—Siéntese V.,—dijo el caballero, despues de un momento, frio y severo, como al empezar Roman á contar sus amores,—y prosigamos.

Roman, dominado por aquel hombre, se sentó maquinalmente.

—Yo conozco—prosiguió—á la persona de quien me habla usted, la persona á quien usted aborrece. Vengo de Cuba, donde esa persona ha estado cumpliendo su deber.

—¿Usted le conoce?—murmuró Roman.

—Sí, es el brigadier Lopez. Cuando salió de la Península no era más que capitan; pero allí, peleando con los feroces negros y con los blancos enemigos de su patria, ha logrado esos adelantos en su carrera.

—No he negado que sea un valiente. Fama tiene bien adquirida de serlo.

—No lo es más ni ménos que todos los bravos soldados del ejército español. ¿Pero V. le aborrece?

—¡Oh! sí, porque es el obstáculo para que yo logre la mujer que adoro; porque esa mujer me amaria si su marido no existiese; porque esa mujer ha huido de mí para refugiarse en brazos de su marido. Esa mujer está aquí, ha llegado hoy mismo, ántes que yo, y su intento, estoy

seguro, es embarcarse para la Habana.

—¿Dice V. que está aquí?... Un poco tarde es para su resolucion; pero buena es su resolucion, en verdad.

—¿Por qué?...

—Ya lo sabrá V. Ahora voy á contar á V. otra historia, en apoyo de mi opinion acerca de los hombres burladores de las mujeres casadas y de las esposas que olvidan, cegadas por liviana repugnante pasion, los deberes á que se obligan en presencia de Dios. Acaso despues aborrecerá usted ménos á esa fiera que se llama en el ejército español el brigadier Lopez.

—Escucho atento.

—Conocí yo á un hombre muy bueno, muy honrado, muy trabajador, un hombre que, sin ser un sabio, era un hombre inteligente, digno de toda estimacion y de ser feliz, y que lo era, en efecto, casado con una hermosísima mujer, que no soñaba capricho que no realizase su marido, mirándose en ella, en ella contemplando toda la ventura que habia ansiado

en este mundo. No tuvieron hijos en los primeros años de su enlace, y esta pena era la única de aquel matrimonio modelo y envidia de la gente. Al fin, un hijo vino á colmar de felicidad al marido, al marido más que á la mujer, y no porque ésta no tuviera en su alma bien arraigado ese sentimiento del amor maternal, que es la gloria de la mujer, sino porque en la felicidad de su marido no habia la más leve sombra, y en la de la esposa y madre la habia tan negra, tan negra como en la noche la boca de un profundo abismo en medio de un campo nevado. Despues de Dios, á aquel inocente hermoso niño, toda su esperanza, adoró el venturoso padre, que ya no pensó más que en su hijo, el amor de sus amores, todo su bien, todo su porvenir, y con incesante afan consagró todos los momentos de su vida á la tierna criaturita, criada con más regalo que el heredero de un trono poderoso, y con tal esmero servida por el amantísimo padre, que hasta daba éste ocasion con su extremada solicitud á

que donosamente le bromearan sus amigos, y no habia, por cierto, cosa que más le contentara que aquellos donaires con que ponderaban su amor paternal.

Tenía aquel hombre entre sus amigos un alevoso enemigo, envidioso de su fortuna; queria vengarse de él, porque siendo envidioso, atormentábale por todo extremo el bien ajeno: era el malvado dueño de un secreto, y constante en su idea de venganza, cautelosa, astuta, infamemente fué introduciendo en el pecho honrado y dichoso del pobre padre el mortal veneno de la duda. Abierta la herida, se complació el miserable en ir desgarrándola poco á poco, hasta que, cuando ya vió que sólo faltaba un golpe para matar á su víctima, ó cansado ya de manejar el instrumento de tormento, dióle el golpe presentándole prueba evidente, prueba escrita por la mano de la esposa infeliz, de que aquel hijo tan adorado era fruto de adulterio.

—¡Horrible historia!—exclamó Roman, que escuchaba absorto la narracion.

—Es más horrible, señor mio,— dijo el desconocido con acento grave.— Aquel hombre, tan bueno, tan dulce, tan blando y cariñoso, se trasformó completamente: la esposa tan querida fué aborrecida y maltratada; la fortuna tan afanosamente reunida fué arrojada á puñados, y luégo el desventurado perdió la razon...

Roman, por cuya frente corria sudor de muerte, se puso en pié, y miró al desconocido con una mirada de tigre.

—¿Qué es eso, señor mio?—le dijo el caballero.

—Esa historia que V. cuenta la sé yo— dijo Roman—desde el punto en que el desdichado padre perdió la razon. Despues...

—Si la sabe V., no hay para qué repetirla; pero sí he decirle que la madre, con una vida de terribles sufrimientos, de penosa angustia, de constante sacrificio al lado del pobre loco, alcanzó, sin duda, de la misericordia divina el perdon de su falta, y en el reino de la verdad unidas

el brigadier Lopez, esa fiera que tú deseabas que se quedara insepulto en la Manigua, y Dios te ha traido hoy á sus brazos para que le ames como se ama á un hermano.

Largo espacio permanecieron abrazados Lopez y Roman, y abundantes lágrimas vertieron, lágrimas que dieron consuelo á Roman, abriendo su corazon á los más dulces afectos, y su alma á los más nobles sentimientos.

XVII.

El mayor dolor y la mayor alegría.

Y en tanto que, como el lector ha visto, se reconocian los dos hermanos, en la habitacion que ocupaban Isabel y Virtudes tenía lugar una escena muy diferente.

El médico Martinez, cuñado de Virtudes, que, al hallar á ésta en la fonda, habia prometido pasar á ofrecer sus respetos á las dos señoras, cumplió su promesa, y entró compungido, triste, como si alguna mala nueva llevase ó alguna desgracia le ocurriera. Él mismo se apresuró á explicar su actitud.

—Señora,—dijo,—hace poco estaba muy ajeno de que hoy tendria un gran pesar, una profunda pena. Vengo por-

que prometí venir á saludar á ustedes, pero no estoy realmente para presentarme á persona alguna, no pudiendo ocultar el dolor que siento, la pena que me abruma.

—¡Jesus!—exclamó Virtudes.—¿Qué le sucede á usted? ¿Alguna desgracia de familia?

—Yo no tengo familia, pero tenía un amigo que era como mi hermano, y acabo de recibir carta de la Habana en que me anuncian su muerte.

—¿Ha muerto de fiebre amarilla?—preguntó Virtudes.

—No; ha muerto en una ligera escaramuza, á consecuencia de un balazo.

—¡Jesus!—exclamó Isabel.

—¿Era militar?—preguntó Virtudes.—¿Médico militar como usted?

—No, señora; coronel, el más valiente soldado del ejército español, el coronel Lopez.

—¡Dios mio!—gritó Isabel.

—¿Qué dice usted?—dijo Virtudes.—El coronel Lopez es el esposo de Isabel.

—¡Oh! yo ignoraba...—se apresuró á decir el Médico.

Isabel levantó la cabeza, miró con altivez á Virtudes y al Médico, y exclamó:

—¡Qué odiosa farsa!...

—¿Qué dices?

—Señora, ¿qué quiere V. decir?...

Así preguntaron con sorpresa Virtudes y su cuñado.

—Sin duda la invencion es tuya—añadió Isabel, reconviniendo á Virtudes;—has creido que este era el medio seguro de evitar mi viaje á Cuba, y te has puesto de acuerdo con este señor, que se ha prestado á ayudarte en esta escena. Mas no, no soy tan inocente. He resuelto ir á Cuba, é iré, mal que te pese.

El Médico estaba asombrado de oir á Isabel. Quiso decir algo, pero Isabel le impuso silencio.

—Basta, señor mio,—le dijo.—No he de creer nada de lo que V. diga.

—Isabel,—observó Virtudes,—no me ofendo por lo que has supuesto de mí, pero te aseguro que sin fundamento me

culpas. Hace años que no veia yo á Martinez, y aquí no me he separado de tí un momento.

—Señora, —añadió el Médico,—yo protesto que es cierto que acabo de recibir esta carta de la Habana.

Y sacándola del bolsillo, la mostró á Isabel.

—Y estaba muy ajeno de saber—continuó diciendo—que el coronel Lopez, mi amigo del alma, era esposo de usted. Sabía que estaba su señora en la Península; pero él nunca hablaba de ella.

—Vuelve en tí—insistió Virtudes—y no me creas capaz de forjar una mentira semejante. Mucho he perdido de tu afecto, cuando tan mala me supones.

Las razones del Médico y de Virtudes hicieron dudar á Isabel y pensar que era, en efecto, increible que se hubiese apelado á tan indigna superchería para impedir su proyectado viaje.

—¡Dios mio!—exclamó.—¿Será cierto?... ¿No habrá permitido la divina Providencia que yo cumpla mi deber?

¡Oh! ¿Habrá querido por mi falta condenarme á remordimiento eterno?...—Ruego á V. que me lea esa carta,—añadió, señalando la que el Médico tenía en la mano.

Martinez leyó lo siguiente:

«Querido amigo: Una triste noticia voy á darte, que ha de causarte profunda pena, como á mí y á todos los que nos honrábamos con la amistad del coronel Lopez. Este valiente soldado, modelo de caballeros y ejemplo y admiracion del ejército, ha muerto hace ocho dias en mis brazos. En una escaramuza sin importancia fué herido de bala en el vientre; y, conducido á la Habana, en vano hemos procurado salvar su vida. La bala no se le pudo extraer en el primer momento, y ya era tarde cuando le trajeron aquí. Murió como un valiente, resignado y tranquilo. El Capitan general estuvo á visitarle, y con él parece que habló de su mujer, de quien estaba separado años hace. Por este correo escribe el General á la viuda, que está en Madrid, anuncián-

dole la desgraciada muerte de nuestro pobre amigo, que en paz descanse. Mejor suerte merecia hombre de su valor y de su virtud.»

Hasta aquí llegó el Médico, que no podia dominar su emocion. Isabel sollozaba, y la misma Virtudes, tan egoista é indiferente y tan poco devota de Lopez, estaba conmovida.

Rompió Isabel á llorar, ocultando el rostro entre las manos y pronunciando frases entrecortadas. El Médico, que á duras penas se habia contenido, dejó correr tambien el llanto de sus ojos, y Virtudes, abrazando á Isabel, procuraba en vano consolarla.

El golpe era demasiado fuerte para la pobre esposa, que habia soñado recobrar la felicidad en brazos del esposo amante, que, seguramente, la perdonaria cuando la viera llegar humilde y arrepentida. Su confesor del oratorio de la calle de Cañizares se lo habia asegurado, le habia prometido el perdon del agraviado esposo, y como aquel bondadoso anciano no podia

engañarla, ella se dicidió á hacer tan largo viaje, llena de fe y segura de su felicidad.

Toda esperanza se habia desvanecido en un momento, y en la mente de la atribulada mujer chocábanse, enloqueciéndola, las más tristes, las más desconsoladoras ideas.

Hacíase mil reconvenciones, horrorizábase de su duro corazon, de su alma insensible, de su crueldad, de su perversion; juzgábase perdida para siempre, condenada á vivir de todo el mundo despreciada; proponíase dar toda su fortuna á los pobres, y recluirse en un convento, si á una mujer tan mala se le permitia vivir en una santa casa; maldecia su vanidad, su miserable amor propio, la debilidad de su carácter, y abominaba del mundo y sus engaños.

—Quita,—decia á Virtudes,—déjame sola con mi dolor, con mi remordimiento. Tú has vencido, tú, mi consejera, la que me ha mantenido en esta horrible ceguedad en que he vivido, la que me ha

guiado por el camino más llano y más florido al abismo de mi perdicion. Ya estarás contenta, ya no existe el hombre á quien aborrecias porque era bueno, porque te conocia, porque no queria que yo oyese tus consejos é hiciera mias tus ideas. Regocíjate, no finjas tristeza, que no me harás creer que sientes su muerte; tú, que fuiste causa de nuestra separacion, no tienes ahora sino motivos para regocijarte, porque la separacion ya es eterna; Dios se ha llevado consigo al bueno, y me deja en el mundo para que llore mi bien perdido, para que viva sin consuelo, para que sufra todo lo que merezco. Él con los ángeles vivirá eternamente en la gloria, y yo aquí, en este miserable mundo, viviré llevando el infierno dentro de mí. Déjame, por Dios; ten esa caridad, déjame con mi pena, que estaré mejor que contigo; no me digas frases mentidas de consuelo, porque no hay ya consuelo para mí, y si le hubiera, no sería de tí de quien pudiera recibirle.

Virtudes oia con paciencia á Isabel,

que luégo, con acento de humildad, le decia:

—Perdóname, estoy loca; hago mal en culparte, siendo yo sola culpable, porque pude tener voluntad, energía; pude ser buena esposa, humilde, tolerante, lo que es una buena esposa, y no lo fuí, y ni á tí ni á nadie debo hacer responsable de mis faltas. ¡Pobre esposo mio! ¡Qué habrá pensado de mí! En sus últimos momentos se habrá acordado de mí, me habrá perdonado, y ahora mismo acaso pide á Dios que me mire con ojos de piedad, porque él era el hombre más bueno, más noble, más generoso.

—Sí, señora, lo era,—dijo el Médico.

—¡Oh, hábleme V. de él, dígame usted cómo le conoció, cómo vivia.

—Señora, le conocí en la campaña. Vivia modestísimamente, y cumpliendo siempre sus deberes con un celo, con una abnegacion, con un valor superiores á todo encarecimiento.

—¿Y no hablaba de mí nunca?...

—Nunca.

—¿Nunca se quejó, en el seno de la amistad y la confianza, de la conducta de su mujer?

—No, señora.

—¡Oh! yo quiero ir á Cuba; iré, estoy decidida, iré; quiero ir á postrarme sobre la losa de su sepulcro.

—Isabel, por Dios,—se atrevió á murmurar Virtudes.

—No hay remedio, nada tengo que me interese en Madrid; en Cuba, donde quedan los restos de mi marido, quedarán tambien los mios.

—Señora, cálmese V.,—dijo el Médico,—esa excitacion puede ser á V. fatal; va V. á comprometer su salud. Reflexione V. que en el estado en que se halla no podrá emprender ese viaje. Enfermará V. en la travesía. Tiene V. fiebre, señora; acuéstese, y pida V. á Dios resignacion y conformidad. Convendria que esta señora—añadió dirigiéndose á Virtudes—tomase siquiera un poco de agua con azahar...

—Sí, sí,—dijo Virtudes.

Y se levantó para pedir lo que Martinez indicaba.

Isabel parecia postrada. Fija la vista en el suelo, y absorta en sus tristes pensamientos, callaba y no atendia á lo que decian las dos personas que la acompañaban.

Virtudes, impaciente porque no venía el sirviente á quien habia llamado, abrió la puerta del recibimiento que precedia á la habitacion y daba á la galería, y dió un grito de sorpresa, porque se encontró de manos á boca con el mismísimo Roman.

—¡Roman!—exclamó.—¿Qué viene usted á buscar aquí? ¡Váyase V., por Dios!

—Señora,—dijo Roman con grave y solemne acento,—es preciso que vea á Isabel.

—¡Imposible en este momento! ¡Isabel se volveria loca! Ahora sí que creeria que todo era una infame superchería. No puede ser, Roman, váyase usted.

—Señora, insisto en que he de verla,

y aseguro que mi visita será agradable á Isabel.

—Está V. loco, Roman. La visita de usted no haria más que aumentar la desesperacion de la pobre Isabel, que acaba de recibir un horrible golpe, una funesta noticia. Temo que la pobre pierda la razon. Vuélvase V. á Madrid, Roman, y respete V. el dolor de Isabel.

—No puedo, señora, prescindir de ver á Isabel; vengo á pedirle perdon, vengo á hablarle de una persona cuyo nombre es sagrado para ella. Necesito hablar con Isabel, y hablarla á solas.

—Ya he dicho que es imposible, y me retiro, porque estoy haciendo falta al lado de Isabel. Perdone V. si no le complazco, y si ni siquiera digo á Isabel que V. ha venido á Santander, porque no quiero agravar la situacion de mi pobre hija, que llora una gran desgracia.

Virtudes queria cerrar la puerta; Roman insistia en llegar hasta Isabel.

—Un momento, señora, ¿qué desgracia es la que sufre Isabel?—preguntó Roman.

—Una desgracia, sí, señor; ha muerto en la Habana su marido,—contestó Virtudes, é insistió en cerrar la puerta.

—¡Cómo!—exclamó Roman, lleno de sorpresa.

—De un balazo,—contestó Virtudes; y logró cerrar la puerta, dejando fuera á Roman.

Pero éste, que acababa de hablar con el que Virtudes suponia muerto de un balazo en Cuba, insistió más que nunca en entrar, y comenzó á dar golpes á la puerta.

Nuevamente volvió Virtudes con enojo á abrirla, y con severidad iba á hablar á Roman; pero éste no le dió tiempo, pues en viendo la puerta franca, entróse sin hacer caso de Virtudes, y penetró en la salita, donde en una butaca se hallaba Isabel sollozando y gimiendo, sin hacer caso de las frases consoladoras que le dirigia el médico Martinez.

—Isabel! ¡Isabel!— dijo Roman.

Estremecióse Isabel, oyendo aquella voz, levantó la cabeza, fijó la mirada con ira en Roman, y poniéndose en pié, en

una actitud digna é imponente, señalando la puerta, dijo:

—Salga V. de aquí. Sólo este insulto me faltaba. Salga V. de aquí.

—Isabel—murmuró Roman, humilde,—no es en este momento mi presencia aquí un agravio á usted. Ruego á V. que me oiga. Sé, acabo de saber por Virtudes que ha sido V. engañada...

—¿Cómo?—preguntó Isabel con ansiedad.

—¿Qué dice V.?—dijo Virtudes.

—Engañada, sí,—repitió Roman,—porque su esposo de V. el brigadier Lopez no ha muerto.

—¡Dios mio!—exclamó Isabel.—¿Qué es esto?... Hable V., Roman, si no es que viene usted á burlarse de mí.

—Juro que digo la verdad,—repuso Roman.

—¡Oh, si fuera cierto!...

Virtudes no sabía lo que le pasaba.

—El Sr. Martinez, mi cuñado,—dijo Virtudes,—nos ha leido una carta que anuncia la muerte de Lopez.

—Sí, señor,—dijo Martinez,—aquí está la carta, que es de persona incapaz de decir una falsedad. Tome V., caballero,—añadió,—vea V. la carta en que se me anuncia la desgraciada muerte de mi querido amigo el coronel Lopez.

—Perdone V., caballero; el esposo de Isabel era coronel hace un mes; pero hoy es brigadier, y no ha muerto; por fortuna vive y está aquí, muy cerca de nosotros. Otro es, sin duda, el coronel Lopez que usted estimaba y cuya muerte deplora.

—¡Oh!—exclamó Isabel,—lo creo, lo creo; lo que dice Roman es la verdad. ¡Gracias, Dios mio!

Y cayó de rodillas la pobre mujer, que poco ántes se creia castigada por la mano de la Divina Providencia.

—Pero ¿dónde, dónde está el esposo mio, el dueño de mi alma?... Quiero ir á postrarme á sus piés, á implorar su perdon.

—Señora,—dijo Roman,—en este mismo piso, en el núm. 16 está el brigadier

Lopez. Vaya usted, vaya usted sola y nada tema.

—¿Temer yo?... ¿A mi marido?... ¡Oh! no, no le temo.

Y salió de la estancia, seguida de Roman, que le indicó la habitacion de Lopez, en la que penetró Isabel resuelta, y no hallando en la primera sala á su marido, entró en la inmediata.

Allí estaba Lopez, teniendo en sus brazos á la niña paralítica, á quien colmaba de caricias y decia las más dulces frases de amor paternal.

Isabel creyó que habia entrado en una habitacion que no era la de su marido, y se dirigió á la puerta, murmurando una frase de disculpa.

—Me han engañado,—dijo,—no es aquí.

—¿A quién busca V., señora?—preguntó Lopez.

Isabel se detuvo. Aquella era la voz de su marido.

—Busco,—dijo, pudiendo apénas sostenerse,—busco á mi marido, á mi mari-

do; pero V., caballero, V. tiene una niña en sus brazos, y mi marido sólo ha tenido un hijo, y no vivió, por desgracia mia.

Y el llanto ahogaba á la pobre mujer.

—Pues ahora,—dijo pausadamente el Brigadier,—ahora tiene una niña, esta niña adorada, que ha sido seis años su único consuelo en el mundo; á ella debe haber amado la vida que aborrecia; á ella debe dulcísimos momentos, los más tiernos afectos, las más puras caricias: ella ha modificado su carácter sombrío y melancólico; ella le ha hecho ser benévolo, indulgente; y, sin ser su padre, por ella ha conocido los hermosos, los grandes sentimientos de la paternidad.

—¡Ah!—exclamó Isabel, prorumpiendo en un grito de suprema alegría;—¡no eres tú su padre!...

Y se postró á los piés de su marido, y le pidió perdon una y mil veces, y luégo besó sus manos, y levantándose, colmó de caricias á la niña, que la miraba con asombro.

—No soy su padre,—dijo gravemente el Brigadier,—pero no tiene otro la pobrecita, ni nadie más que yo en el mundo.

—¡Niña mia, ángel del cielo, pide á tu padre que perdone á la que quiere ser tu madre!

—Te perdono, Isabel,—dijo el Brigadier;—te perdono, y todo lo olvido. Sé que has conservado tu honra; sé que has luchado y has vencido; sé que has reconocido la injusticia con que injuriaste á tu marido, y te perdono. Hoy es dia de perdonar. ¡Tambien Roman me ha pedido que le perdone, y le he estrechado en mis brazos como á un hermano!

—¿A Roman?

—Sí, ya sé que era mi rival; todo me lo ha referido. Tú le debes amar tambien como se ama á un hermano. ¿Virtudes ha venido contigo?

—Quiso acompañarme hasta dejarme á bordo del barco en que me proponia ir á buscarte.

—Mira cómo Dios premia los buenos propósitos.

—¡Dios, sí, Dios ha sido!—murmuró Isabel.

—Pues dí á Virtudes que, puesto que ha cumplido su deseo de venir á acompañarte hasta que emprendieras el camino en busca de tu marido, puede dar por terminada su mision. Da á esa mujer cuanto quieras de tu fortuna; pero que no la vuelva yo á ver ni ella vuelva á aconsejarte. Tu fortuna entera puedes darle, si no prefieres repartirla entre ella y los pobres, porque sólo una condicion te impongo para ser tu esposo: que seas pobre. Yo tengo para que vivamos holgadamente, y como tu fortuna fué la causa de que un dia me reprocharas mi pobreza, abomino tu fortuna.

—Sea como quieras. ¡Triste y menguada fortuna, que me ha costado ocho años de felicidad! ¡Bendito este dia en que mi corazon ha sentido el dolor más agudo y la más pura alegría!

CONCLUSION.

Lopez refirió á Isabel cómo habia tomado á su cargo la pobre niña, que vino luégo á quedar paralítica; pero le habian asegurado que podria curarse, y Lopez lo esperaba.

Roman no quiso que Isabel ignorase los lazos que le unian á Lopez. Supo Isabel la triste historia que Lopez habia referido á Roman, y puso espanto y terror en su alma la consideracion de las terribles consecuencias de la infidelidad de una mujer casada.

—Olvidemos todos esa historia,—dijo Lopez.—El sepulcro guarda el secreto, que sólo nosotros y el confesor de nues-

tro padre conocemos. ¡Cuántos otros sepulcros guardarán secretos semejantes!...

Roman se ha curado de su afan de perseguir mujeres; ha sentado la cabeza; de tal suerte la ha sentado, que es venturoso marido de una riquísima heredera de uno de los primeros capitalistas.

Murmuróse algo entre la gente maldiciente, viéndole venir acompañando á Isabel y al marido, y muy amigo de éste; pero Roman se puso serio con algunos amigos imprudentes, y por su honor aseguró que jamás habia sido de Isabel más que amigo leal, como lo era de su marido, y cuando Roman invoca su honor, siempre es creido.

Virtudes, la pobre Virtudes, que se volvió á Madrid acompañada de Martinez, su cuñado, y sin lograr siquiera saludar á Lopez, como pretendió, tiene dinero y nada le falta, gracias á Isabel, que repartió su fortuna entre ella y los pobres; pero está inconsolable. Un terrible ataque de viruela maligna, de que por milagro salvó la vida, la ha dejado feísi-

ma, desconocida y sin consuelo ni esperanza.

Dos años va á hacer que volvió Lopez á la Península.

La pobre niña paralítica no se ha curado.

Todo cuanto se hizo para curarla, todo en vano.

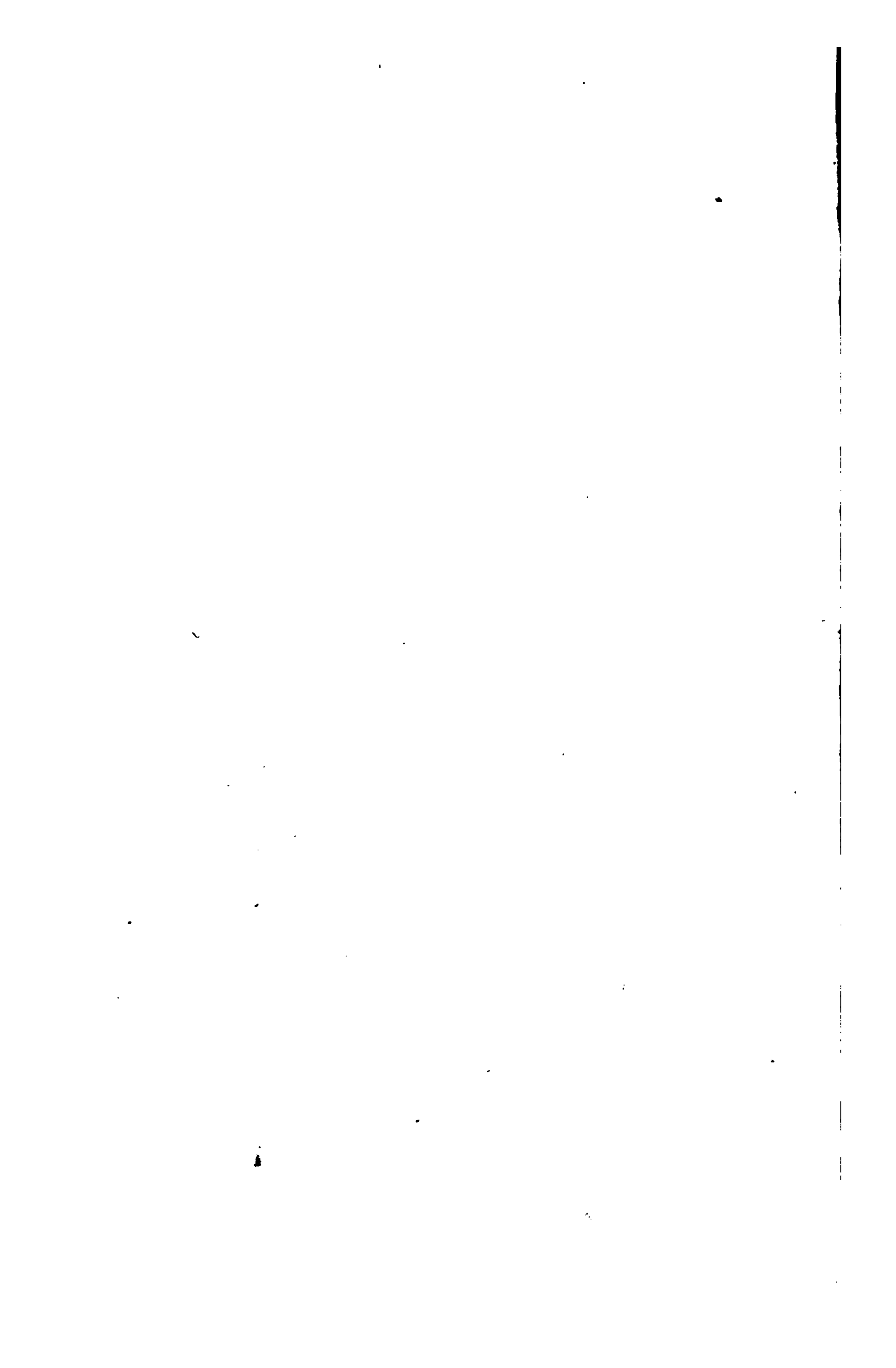
Cuatro dias despues de dar á luz Isabel una hermosísima niña, con toda felicidad, la desgraciada paralítica dobló la cabecita rubia y quedó dormida en el Señor.

El ángel habia cumplido su mision en la tierra. Miéntras su salvador habia sido desgraciado, permaneció en el mundo para prestarle la ventura que le faltaba; pero ya que su bienhechor tenía felicidad propia, ¿qué habia de hacer el ángel de su guarda?

Volar al cielo.

FIN.

ÍNDICE.



OBRAS DEL MISMO AUTOR.

NOVELAS.

BRÍGIDA. — LA DONCELLA DEL PISO SEGUNDO. — LA MALDITA VANIDAD. — LAS MADRES. — DOCE MARIDOS. — MANO DE ÁNGEL. (Cada una un tomo. Agotada la edicion de las tres primeras).

EL HIJO DEL SACRISTAN. — EL RIGOR DE LAS DESDICHAS. (Dos tomos cada una).

CUADROS DE COSTUMBRES.

CARICATURAS Y RETRATOS. — COSAS DE MADRID. — GALERÍA DE MATRIMONIOS. — VIAJE CÓMICO Á LA EXPOSICION DE PARIS. — ROMANCES POPULARES. (Todas agotadas). — LAS TIENDAS.

OBRAS VARÍAS DE VENTA EN ESTA CASA.

	Ptas. Cs.
Hidalgo (Ventura). — UNA COQUETA, novela. — Un tomo....	3
Alarcon. — EL NIÑO DE LA BOLA. — Tercera edicion.......	4
Franco (P. Juan José), de la Compañía de Jesus. — *Seis novelas*. traducidas por D. José M. Carulla.—Tomo único.— UN MANUSCRITO DE FAMILIA. — BENJAMINA. — LA TRENZA DE AURORA. — LA CONSPIRADORA. — PAN Y QUESO — DEL INFIERNO AL PARAÍSO. — Un volúmen en 4.º....................	4
Guerrero (Teodoro). — LAS HUELLAS DEL CRÍMEN, novela cubana. — Un volúmen................................	1,50
Montepin (J. de). — EL FIACRE NÚM. 13. — Primera y segunda parte. — Tres tomos en 8.º........................	4,50
Enrique R. de Saavedra (Duque de Rivas). — HISTORIAS NOVELESCAS. — EL SUEÑO DE LA VIDA. — MORIR SIN DIOS. — LA DICHA EN EL ORO. — EL PADRE ANSELMO. — Un volúmen en 8.º..	2,50
Flores (Antonio). — AYER, HOY Y MAÑANA, cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899.	
Manzzoni. — LOS NOVIOS, historia milanesa del siglo XVI — Traduccion de D. Juan Nicasio Gallego...............	3
Ortega Munilla (J). — EL SALTERIO......................	3,50



